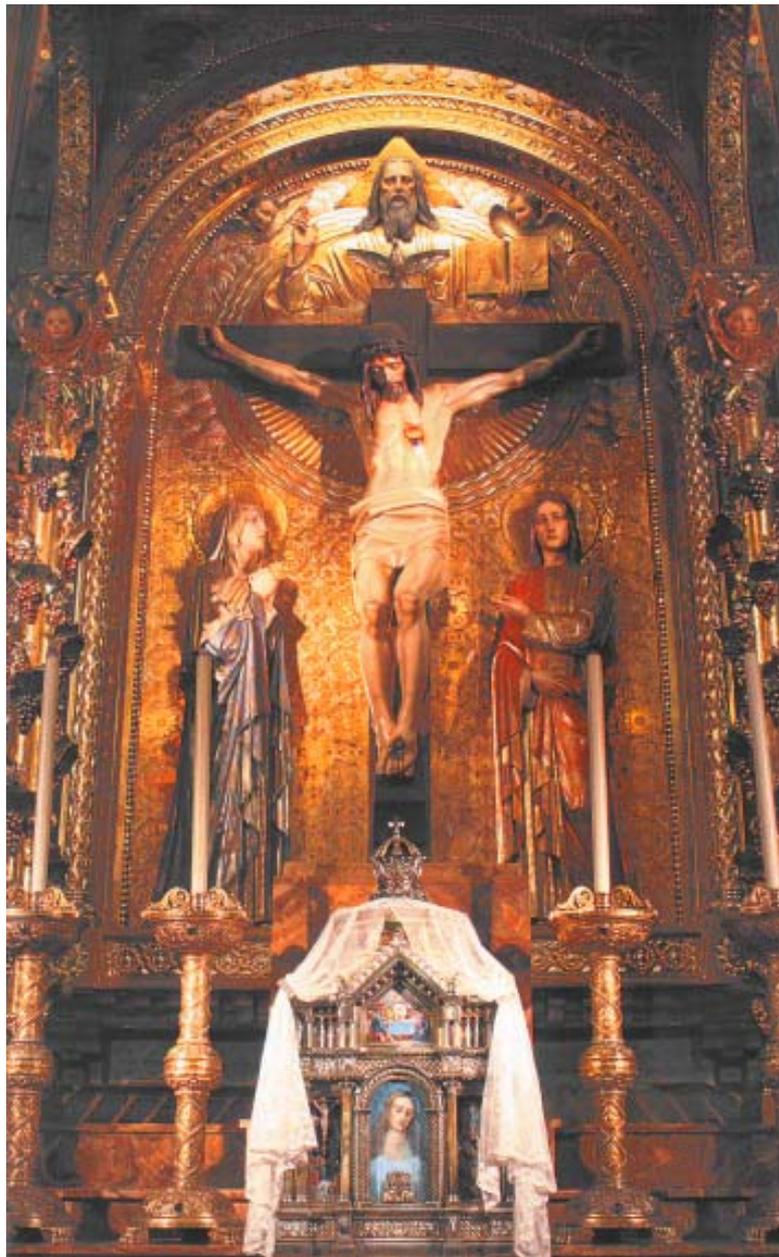


CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LXIV- Núm. 910
Mayo 2007

COR IESU, FONDS VITAE



«El costado traspasado del Redentor es la fuente a la que debemos acercarnos para alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más a fondo su amor.» (Benedicto XVI)

Sumario

Pensamientos y ocurrencias <i>Ramón Orlandis, S.I.</i>	5
Aspectos pedagógicos de una renovada devoción al Corazón de Cristo <i>Francisco Canals Vidal</i>	8
Las apariciones a santa Margarita y el magisterio de la Iglesia <i>José M^a Petit Sullá</i>	14
«Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones». Carta de santa Margarita a la hermana Juana Magdalena Joly	17
¡El descubrimiento de que Dios tiene corazón! <i>Luis Creus Vidal</i>	18
Santa Teresa de Lisieux y la devoción al Sagrado Corazón en nuestro tiempo <i>José Fz. de Retana, S.I.</i>	22
El Corazón de Jesús, escuela del cristiano <i>Juan Pablo II</i>	28
«... al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar». <i>Juan XXIII</i>	29
Actas del II Concilio de Tarragona (1738) solicitando al papa Clemente XIII la extensión para España del culto eclesiástico del Sagrado Corazón	30
Los providentes designios de Dios al revelar a los hombres la devoción al Sagrado Corazón de Jesús <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	32
Consagración y reparación en el magisterio pontificio <i>Francisco Canals Vidal</i>	36
Los Ejercicios de san Ignacio, la devoción al Corazón de Jesús y la idea de Cristo Rey <i>Francisco J. Quintana, S.I.</i>	39
La revelación del Corazón de Jesús en nuestro tiempo <i>José Torras y Bages</i>	42
El Corazón de Jesús, fuente de amor y de unidad familiar <i>Monseñor Eduardo Gagnon</i>	44
El Corazón de Jesús, fuente de vida de la Iglesia. <i>Enrique Ramière</i>	48
Venga el reino de Amor así en la tierra como en el cielo <i>Enrique Ramière</i>	50
El Corazón de Jesús es la ley de Dios viva. <i>José Torras y Bages</i>	51
«Lo somni de sant Joan», de Jacinto Verdaguer	53

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

Este número de CRISTIANDAD que dedicamos al Congreso sobre el Sagrado Corazón con motivo del cincuentenario de la encíclica *Haurietis aquas*, de Pío XII, tiene un carácter extraordinario: salvo los artículos «Los providentes designios de Dios al revelar a los hombres la devoción al Sagrado Corazón de Jesús», de José-Javier Echave-Sustaeta (pág. 32), y «Consagración y reparación en el magisterio pontificio», de Francisco Canals Vidal (pág. 36), que han sido escritos expresamente para esta ocasión, y el artículo que sirve de presentación, el resto ya había sido publicado en nuestra revista a lo largo de sus más de sesenta años de historia. Al hacerlo así no nos ha movido ni la comodidad ni el aparente deseo de hacer «arqueología»; hemos querido ofrecer al Congreso, y a nuestros lectores, el mensaje del amor del Corazón de Cristo tal como lo transmitió a Schola Cordis Iesu y a CRISTIANDAD nuestro fundador al padre Ramón Orlandis, S.I., y que desde estas páginas se ha ido explicitando. Por esta razón, para que los artículos se aprecien por su contenido, y no en función de la fecha en que fueron escritos, por una vez no detallamos al final de cada uno de ellos su origen, que, no obstante, reseñamos a continuación:

—«Pensamientos y ocurrencias», Ramón Orlandis, S.I. (pág. 5). Este texto, escrito en 1934, fue ciclostilado en 1942 y publicado por primera vez en CRISTIANDAD en junio de 1955 (núm. 269).

—«Aspectos pedagógicos de una renovada devoción al Corazón de Cristo», Francisco Canals Vidal (pág. 8): se trata de una conferencia que el autor pronunció en la Semana de Teología y Pastoral de Valladolid (30 de septiembre-4 de octubre de 1975), publicada en CRISTIANDAD, núm. 544, junio de 1976.

—«Las apariciones a santa Margarita y el magisterio de la Iglesia», José M^a Petit Sullá (pág. 14): CRISTIANDAD, núm.887-888, junio-julio de 2005.

—«Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones». Carta de santa Margarita a la hermana Juana Magdalena Joly (pág. 17): CRISTIANDAD, núm. 525, noviembre de 1974.

—«¡El descubrimiento de que Dios tiene corazón!», Luis Creus Vidal (pág. 18): CRISTIANDAD, núm. 549, noviembre de 1976.

—«Santa Teresa de Lisieux y la devoción al Sagrado Corazón en nuestro tiempo», José Fz. de Retana, S.I. (pág. 22): CRISTIANDAD, núm. 639-642, junio-septiembre de 1984.

—«El Corazón de Jesús, escuela del cristiano», Juan Pablo II (pág. 28): CRISTIANDAD, núm. 614-615, mayo-junio de 1982.

—«... al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar», Juan XXIII (pág. 29): CRISTIANDAD, núm. 382, diciembre de 1962.

—«Actas del II Concilio de Tarragona (1738) solicitando al papa Clemente XIII la extensión para España del culto eclesiástico del Sagrado Corazón» (pág. 30): CRISTIANDAD, núm. 508, junio-julio de 1973.

—«Los Ejercicios de san Ignacio, la devoción al Corazón de Jesús y la idea de Cristo Rey», Francisco J. Quintana, S.I. (pág. 39): CRISTIANDAD, núm. 835-836, enero-febrero de 2001.

—«La revelación del Corazón de Jesús en nuestro tiempo», José Torras y Bages (pág. 42): CRISTIANDAD, núm. 614-615, mayo-junio 1982.

—«El Corazón de Jesús, fuente de amor y de unidad familiar», Monseñor Eduardo Gagnon (pág. 44): CRISTIANDAD, núm. 667-669, octubre-diciembre de 1986.

—«El Corazón de Jesús, fuente de vida de la Iglesia», Enrique Ramière (pág. 48): CRISTIANDAD, núm. 118, 15 de febrero de 1949.

—«Venga el reino de Amor así en la tierra como en el cielo», Enrique Ramière (pág. 50): CRISTIANDAD, núm. 118, 15 de febrero de 1949.

—«El Corazón de Jesús es la ley de Dios viva». José Torras y Bages (pág. 51): CRISTIANDAD, núm. 149, 1 de junio de 1950.

—«Lo somni de sant Joan», de Jacinto Verdaguer (pág. 53) CRISTIANDAD, núm. 700-702, julio-septiembre de 1989.

Ilustración de la portada: retablo del altar mayor de la capilla de Balmesiana (Barcelona)

«El Corazón de Jesús, fuente de vida»

CON motivo de la celebración del Congreso Internacional sobre el Corazón de Jesús «Cor Iesu, Fons Vitae», que tendrá lugar en Barcelona los próximos 1, 2 y 3 de junio, CRISTIANDAD se ha considerado gozosamente obligada a hacerse eco de tan importante acontecimiento eclesial. Para ello ha querido dedicar un número monográfico a tratar del tema del congreso: la devoción al Corazón de Jesús. El modo que los redactores han considerado más adecuado es reproduciendo aquellos artículos más emblemáticos publicados en CRISTIANDAD, desde el año 1944 en que apareció la Revista, junto con algunos trabajos escritos para esta ocasión.

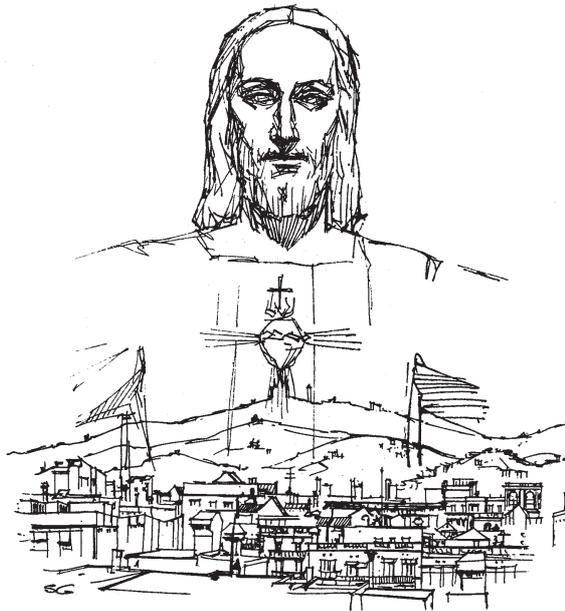
Muchos años perseverando y con voluntad de ser fieles a la vocación que los fundadores de la Revista recibieron gracias al magisterio espiritual del padre Ramón Orlandis. El propósito central de la revista está expresado ya en su número de prueba con estas palabras: «Cristiandad no vacilará en invitar a sus lectores a penetrar cada vez más en la devoción a este divino Corazón “en cuyo amor hemos creído”; y a luchar fortalecidos por Él, por la dilatación de su reinado sobre los individuos y sobre las sociedades». Esta es la vocación expresada en cada número mediante su lema: «Al reino de Cristo por la devoción a los Corazones de Jesús y María». La posibilidad de perseverar en esta misma vocación fue cuestionada desde el primer momento por personas que veían difícil mantener una publicación que no pretendía ser una revista piadosa propiamente dicha, y que sin dejar de hacerse eco de temas estrictamente piadosos pretendía invitar a sus lectores a reflexionar sobre todos los aspectos de la sociedad civil desde el punto de vista cristiano con un objetivo bien manifiesto, «mostrar a sus lectores esta consoladora verdad: que sólo en el Reinado social de Jesucristo, eficaz promesa de su Divino Corazón, encontrará la sociedad el remedio a los gravísimos males que le afligen y amenazan». Les parecía a sus detractores que el tema elegido como tema central de la revista o bien dejaría de tener vi-

gencia o bien se agotaría pronto. Han pasado ya más de sesenta años y continuamos con la convicción de que el tema es de permanente actualidad y de inagotable fecundidad. Este tipo de comentarios críticos hacia la Revista los han sentido casi todos los apóstoles del Corazón de Jesús. El mismo padre Ramière al fundar la revista del *Messenger du Coeur de Jésus* dio origen a comentarios semejantes realizados por

personas bien intencionadas, de ser una iniciativa de poco alcance eclesial y que era una lástima desaprovechar con esta iniciativa el gran empuje apostólico de su fundador. La misma realidad de los hechos han desmentido este tipo de juicios. Aquella «revistilla piadosa» llegó a ser la revista eclesial con el mayor número de lectores y editada en el mayor número de idiomas. Hoy, a pesar de todo, continúa siendo una realidad apostólica importante en muchas diócesis del mundo.

Estas reflexiones sobre la actualidad y fecundidad apostólica de la devoción al Corazón de Jesús están sugeridas por el próximo Congreso sobre la devoción al Corazón de Jesús que se celebrará próximamente en Barcelona. De nuevo la jerarquía eclesial, teólogos, profesores, sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos con sus familias se reunirán en torno al Corazón de Jesús. Se reflexionará en las diferentes ponencias y comunicaciones sobre aquellos temas que superan siempre a cualquier entendimiento humano y por lo mismo son una invitación a profundizar más y más para una mejor inteligencia de ellos, se rezará para que esta devoción siga extendiéndose en la Iglesia y para que los hombres del mundo de hoy descubran en sus corazones que Dios les ha amado con su Corazón divino y humano. Finalmente las familias, en un lugar tan apropiado como es el Templo del Tibidabo, se consagrarán al Corazón de Jesús confiándole todos sus gozos, dificultades y problemas, pidiendo para que reine en sus familias y en la sociedad.

La importancia de este congreso queda de manifiesto al ponerlo en continuidad con la profunda y temprana devoción al Corazón de Jesús que ha ca-



racterizado las diócesis de Cataluña. Solamente tres datos que ilustran esta afirmación. En 1738, poco más de sesenta años después de la primera aparición a santa Margarita M.^a de Alacoque, con motivo del II Concilio de la provincia eclesiástica tarraconesa, se solicitó al papa Clemente XII la extensión de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón de Jesús a las distintas diócesis españolas. La solicitud aprobada decía así: «Beatísimo Padre: Reunidos en pleno sínodo, según costumbre, y deseosos de cumplir con la solicitud pastoral, que nos manda no solamente velar sobre la custodia de nuestra grey, sino también salir a la defensa y cuidar del acrecentamiento de la honra de Dios, rogamos con el mayor encarecimiento a Vuestra Santidad se digne hacer extensivo a estos reinos de las Españas el culto eclesiástico del oficio y misa del Santísimo Corazón de N. S. Jesucristo, persuadidos como estamos que nada podría con mejor eficacia contribuir a la mayor gloria de Dios y salud de las almas... Bueno es, por lo tanto, y razón será que nuestros corazones, heridos con las heridas de tanto amor y atraídos, arrastrados por los estrechos lazos de tanta caridad, se presten a honrar de todas las maneras este dulcísimo Corazón, y a venerarlo con nuevas y exquisitas invenciones ya que las suyas también él hizo notorias a los pueblos, para más y más obligar a nuestros corazones e inflamarlos de su llama divina... Hallen eco en vuestra audiencia, y cima en vuestra auencia los fervorosos deseos de los pueblos, que asaz se explican con tantos altares erigidos y con tantas fiestas en los más de los lugares, o casi doquiera, solemnizadas en honor del Corazón sagrado». Es de subrayar que esta petición se realiza más de cien años antes que el papa Pío IX la instaurase como fiesta obligatoria para toda la Iglesia (1856).

El segundo hecho que refleja este arraigo de la devoción al Corazón de Jesús en Cataluña también tiene lugar en Tarragona. El año 1881 se organizó un «Certamen nacional de homenaje de las ciencias, letras y artes españolas al Sacratísimo Corazón de Jesús». No es el momento de hacer una reseña de aquel acto que tuvo un gran eco eclesiástico, pero quisiéramos recordar alguno de los trabajos premiados en aquel certamen. En primer lugar, el de Torras i Bages que presentó con el título «Discurso sobre la influencia social que la devoción al Corazón de Jesús está destinada a ejercer en los tiempos modernos».

La segunda obra es la conocida obra poética de mosén Cinto Verdaguer «Lo somni de Sant Joan». El lector encontrará en este número unos fragmentos seleccionados de estas dos obras.

Finalmente es obligado citar, por la trascendencia que tuvo, el I Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón que tuvo lugar en Barcelona en octubre de 1961 y que tuvo como principal

sede el Tibidabo. Con tal motivo nuestra revista dedicó dos números monográficos, preparando y haciéndose eco de la celebración del congreso. En un artículo del padre Schwendimann, S.J., director delegado del Apostolado de la Oración, comentando el contenido del Congreso podemos leer: «La objeción que quizá con mayor frecuencia se suele hacer hoy, es que el tiempo de la devoción al Sagrado Corazón ha pasado ya. Fue dada a la Iglesia para los siglos XVIII y XIX y en ellos llenó su misión; hoy son otras formas de religiosidad las que han pasado a primer término. La Iglesia piensa de distinta forma. En el culto al Sagrado Corazón de Jesús, ella ve, por el contrario, un regalo que el Señor ha hecho a su Iglesia precisamente para nuestro tiempo. La época del culto al Corazón de Jesús no ha pasado, sino que ahora es su momento, el momento en que debe traer a la Iglesia y a la humanidad fuerza, consuelo y salvación.

»La erección de un gran monumento nacional de expiación sobre una gran urbe y la organización de un congreso internacional para el estudio de la teología del Corazón de Jesús, son una convincente respuesta a la mencionada objeción. Demuestran que no es el momento de alejar el Corazón de Cristo, sino de ponerlo con toda firmeza ante los ojos de los hombres y señalarles la fuente de nuestra salvación. Las masas de creyentes que desde lejos y desde cerca llegaron para tomar parte en las celebraciones, no deben hacernos olvidar las masas aún mayores que no comprenden todavía el Corazón del Señor y se sustraen a su influencia. Incluir las también a ellas y así extender entre todos los hombres el Reino del Amor de Cristo, es otra gran tarea a cuya realización están llamados a colaborar todos los cristianos.

»Uno de los muchos méritos del padre Ramière fue reconocer la fuerza renovadora para el mundo del culto al Sagrado Corazón de Jesús, esperando, por tanto, de la devoción al Sagrado Corazón, la renovación de la humanidad en Cristo. No quiso un culto al Sagrado Corazón que se agote tan sólo en piadosos afectos, sino un culto que tome en serio las ideas de la consagración y la expiación. Quiso una consagración que esté hondamente cimentada en el amor de Cristo, que impulse al apostolado y lo ofrezca todo para extender en el mundo el amor y la justicia de Cristo y para forjar la victoria por medio del trabajo, del apostolado, la oración y el sacrificio. Quiso una expiación que trate de vencer el desorden en la propia vida y en la vida social, que quiera contener la fuerza del pecado y abrir el camino para el amor de Cristo.»

Con el deseo de que el actual Congreso también contribuya a realizar lo que el padre Schwendimann afirmaba en su artículo queremos dejar constancia de nuestra gratitud y elogio a sus organizadores.

Pensamientos y ocurrencias

RAMÓN ORLANDIS, S.I.

HACE cosa de diez años, se me fue presentando al pensamiento como un esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella *legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso* de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús.

Estas almas, por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y, conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempo, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos.

Verdadera inteligencia de la devoción al Corazón de Jesús

PARA mejor comprender lo que entendía yo por devoción sincera al Corazón de Jesús, convendrá indicar tres etapas por las cuales, desde que esta devoción se hizo pública y universal, se ha

ido, a mi parecer, providencialmente desarrollando.

La primera la marcan las revelaciones de Paray-le-Monial; la segunda, los escritos y obras del padre Enrique Ramière; la tercera, la difusión de los escritos y la propagación de la devoción de santa Teresita del Niño Jesús.



Santa Margarita ve el Corazón de Jesús entre llamas, a un lado la Virgen María, al otro san Francisco de Sales y san Claudio la Colombière

1) La primera etapa es la de Paray; es la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias, de santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un especial culto y devoción, que se tenga y se tribute a su corazón de hombre y a su corazón de Dios; es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitud y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con olvido, desvíos, menosprecios e injurias, y no quieren recibir los beneficios y gracias que Él anhela concederles; pero, además, es una verdadera profecía de

que Él reinará en el mundo a pesar de sus enemigos y esto porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su Amor.

Esta primera manifestación es, por cierto, atractiva, alentadora y llena de amor; pero en los escritos de santa Margarita María aparece como sobre un fondo de austeridad y aparente dureza; es una revelación de Dios en su *Santidad de Amor* y en su *Santidad de Justicia*, que mal entendida puede dar ocasión a que las almas débiles y enfermedades de nuestros días se arredren y queden dudosas y perplejas.

2) La segunda etapa, considero yo que la marcan los escritos y las empresas del padre Enrique Ramière (del santo padre Ramière, como le llamaba el padre Gignhac). Los escritos: *Apostolado de la Oración, Esperanzas de la Iglesia, Reinado social de Jesucristo, Divinización del cristiano, etc.*; las empresas: Apostolado de la Oración y Liga del Corazón de Jesús, Mensajeros del Sagrado Corazón, consagración individual y social al Corazón de Jesús. La entronización difundida por los padres de los Sagrados Corazones, según declaración apostólica, no se distingue sustancialmente de la consagración propagada por el padre Ramière.

Todos los escritos y todas las obras del padre Ramière no son sino un desarrollo de lo que ya en germen se contenía en los escritos de santa Margarita María; pero el padre Ramière, buen conocedor de las dificultades y peligros de nuestros tiempos, lleno por una parte de celo y de caridad verdadera y por otra del sentimiento de la impotencia de los esfuerzos humanos; pertrechado con una buena provisión de ciencia teológica y social, y sin duda dirigido y llevado del Espíritu de Dios, propone todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural. Este sistema puede reducirse a pocas verdades fundamentales y aun cifrarse en dos principios, que son: el primero, el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y *divinización*; el segundo: el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su amor.

Lógica consecuencia de lo dicho es que todo el esfuerzo del padre Ramière, así en sus escritos como en sus empresas, vaya ordenado a acercar a los hombres a Cristo y a su Corazón sagrado por la oración humilde y fervorosa y por la consagración o entrega sincera, consciente y amorosa de sí y de sus cosas; y esto se empeña en que lo hagan no sólo como individuos, sino también como miembros de la familia y de la sociedad a que pertenezcan, para que en ellas reine Cristo. El padre Ramière, profundo sociólogo, ve al mundo abocado a una catástrofe que tiene por humanamente inevitable; pero cree firmemente que Dios la puede evitar y aún para el caso que Dios la permitiera,

estima como prenda segura de la subsiguiente espléndida restauración, la devoción al Sagrado Corazón y las promesas a ella vinculadas.

Nótese que en la doctrina del padre Ramière es sustancial la relación íntima que descubre entre la devoción al Corazón de Jesús, tesoro y fuente man-

nantial de todas las gracias, y la devoción a la Persona divina del Espíritu Santo, Gracia increada, como dicen los teólogos, Don primordial e infinito de Dios, que recibimos en la justificación y en la santificación. Esta relación que abiertamente hace resaltar el padre Ramière, la vemos ya insinuada en las revelaciones de Paray.

También es muy de considerar en la doctrina espiritual y social del padre Ramière, la intervención que atribuye en la obra de la santificación de las almas y en la realización de los planes salvadores de Jesús a su Madre y Madre nuestra María Santísima. La presenta de una manera precisa como medianera entre Dios y los hombres en la dispensación de la gracia.



Enrique Ramière, S.I.

3) En la forma que tiene santa Margarita María de proponer la devoción al Corazón de Jesús y aún en su mismo estilo, hay un no sé qué de heroísmo y austeridad, que bien podría ser que arredrara a no pocas almas enfermizas y pusilánimes de nuestros días.

En los libros del padre Ramière se encierra una tal luz y profundidad de doctrina, que bien pudiera no estar al alcance de no pocas inteligencias débiles, de no pocos espíritus anémicos y apocados.

A estas almas pobres y débiles, miopes y enfermizas, quiere que llegue también su llamamiento misericordioso el bondadoso Corazón de Jesús, que invita a su banquete a los ciegos, cojos, etc., y les sana como Médico divino. Como mensajera de sus misericordias inefables con estas almas débiles y pequeñas envía el misericordioso Jesús a santa Teresita, para que reciban aliento, luz y confianza los pobres enfermos de espíritu, tal vez menospreciados o desahuciados de sus maestros y médicos.

Todo el fondo de santa austeridad y severidad de santa Margarita María, toda la elevación y profundidad de doctrina, de anhelos de esperanzas del padre Enrique Ramière, podrá descubrir en los breves y fragmentarios escritos de la Santita de Lisieux quien lea una y otra vez sus palabras, humilde y amo-

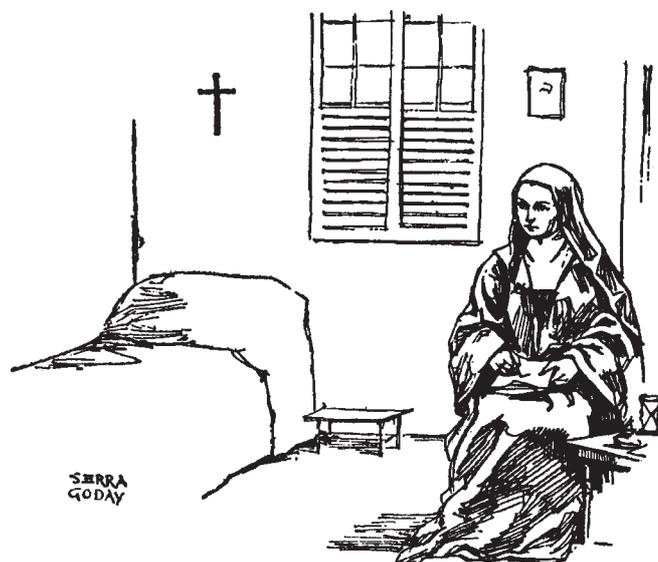
rosamente. Mas, reparte ella sus enseñanzas y exhortaciones como envueltas y empapadas en su sonrisa angelical, que es de tal sencillez y agrado, que parece un reflejo viviente y sensible de la ternura del Corazón de Jesús para con los pequeñuelos. Por otra parte, sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea, que no pueda hallar allí su alimento acomodado, luz que le guíe y no le ciegue. Y así son incontables las almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles para subir por el *ascensor* de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de *la infancia espiritual*, sembrado de rosas con espinas, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso de Dios. Santa Teresita no sermonea incessantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda. Pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía el Amor, lo siente, lo ve y lo gusta.

Las almas tibias y sutilmente sensuales cogerán quizás de las enseñanzas de la Santa sólo las flores con que las cubre y así distarán mucho de su espíritu, pensando que lo conocen y poseen; pero las almas débiles y humilladas, no; éstas encontrarán en las palabras de la Santa lo que antes tal vez buscaban en balde, el remedio de sus males: el Amor misericordioso del Corazón de Jesús.

Allí conocerán con nueva luz a María, Madre de Gracia y de Misericordia; allí de una manera singular al Espíritu de Dios, al *Espíritu de Amor*, como

suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, Padre. De esta manera el alma se embeberá en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús.

Por lo dicho se entenderá cómo concebía yo el



Santa Teresa del Niño Jesús en su celda

espíritu y la formación de los que formaran *la legión*. Penetrados íntimamente del valor espiritual y social de las Revelaciones de Paray, no vacilarían un punto en aceptar como principal medio de su propia santificación y también de su apostolado el cumplimiento interno y externo, fervoroso y exacto, de los encargos y peticiones que en ellas hace el Sagrado Corazón ni en esforzarse en vivir del espíritu que las anima, ni en poner siempre ante los ojos el ideal sublime que las impulsa y dirige. Encariñados con

las gracias y luces que Dios ha derramado en santa Teresita y en sus escritos, y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, imitarían su manera de practicar y propagar el espíritu verdadero de la devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas.

Por fin, no contentándose en cuanto les fuera dado, perezosamente, con la fe del carbonero, procurarían comprender humilde y amorosamente, con el padre Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la trabazón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc., y otros puntos puestos en claro en los escritos del Padre y según estos conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción.



Aspectos pedagógicos de una renovada devoción al Corazón de Cristo

FRANCISCO CANALS VIDAL

El culto al Corazón de Jesús, don divino

ME propongo reflexionar sobre los criterios para la renovación del culto al Corazón de Jesús que nos son ofrecidos por el espíritu y sentir de la Iglesia.

En el Concilio V de Letrán, en tiempos en que se hablaba mucho sobre reforma de la Iglesia, un hombre ilustre, Egidio Canisio de Viterbo, sentó un principio magistral, verdaderamente evangélico: Los hombres tienen que ser renovados por las cosas sagradas, y no son las cosas sagradas las que tienen que ser cambiadas por los hombres. No vamos a tomar aquí la devoción al Corazón de Jesús como algo puesto a nuestra disposición para ser manipulado a nuestro arbitrio según opiniones humanas; hemos de entender que el culto al Corazón de Jesús se nos ofrece siendo lo que la Iglesia entiende que es, lo que se nos ha sido dado por divina donación, y nos exige y apremia para que nos renovemos según la voluntad de Dios que se nos revela en el espíritu del Concilio.

Hecha esta precisión, hay que añadir además otra para evitar equívocos. Porque a veces hay malentendidos sobre el sentido de la renovación conciliar. Aludo a las actitudes deletéreas con las que se habla como si el Concilio Vaticano II hubiese hecho nacer cierta «Iglesia nueva», que sería distinto de la de los siglos anteriores. Es una visión profundamente deformada, que olvida precisamente la orientación dada por el papa Juan XXIII, que al comenzar el Concilio habló de la fidelidad fiel y serena a los veinte concilios ecuménicos anteriores. Y hay que decir esto porque una renovada devoción al Corazón de Cristo es algo totalmente contrario a la cancelación del culto al Corazón de Jesús que históricamente se ha dado en la Iglesia, germinando desde los siglos patrísticos, floreciendo ya en la Edad Media, y madurando en una forma específica y concreta a partir de las revelaciones de Paray-le-Monial, cuyo centenario celebramos.

Paray-le-Monial y el Magisterio

TENGO la convicción de que, antes y después del Concilio Vaticano II, una devoción al Corazón de Jesús que pretendiese no tener conexión alguna con el carisma de santa Margarita

María Alacoque, que abandonase e ignorase las revelaciones de Paray, perdería su fuerza y su sentido. Claro está, como nos enseñó Pío XII en la *Haurietis aquas*, que no nos apoyamos, como en su fundamento primero, en tales revelaciones, como si por ellas llegásemos al culto al Corazón de Jesucristo. Es el Evangelio y la Iglesia lo que nos lleva a santa Margarita y al mensaje que le fue comunicado para el bien del Pueblo de Dios. No son las revelaciones de Paray-le-Monial las que nos señalan a Cristo, sino que es Cristo viviente en su Iglesia que se muestra en ella en las revelaciones que patentizan como signo misterioso y providencial su Corazón como símbolo de amor.

Nos ocupamos pues de la devoción al Corazón de Jesús, tal como la entiende el magisterio de la Iglesia, tal como está expresada en la liturgia, tal como la vive el sentir y las costumbres del pueblo cristiano. Y teniendo esto en cuenta, me ocuparé de presentar algunos aspectos en los que este culto al Corazón de Jesús, con el especial matiz e intención de exigencia de renovación de la vida cristiana que nos propone el Concilio Vaticano II, puede ser en sí mismo una luminosa y poderosa pedagogía de la fe, puede servir a la educación del pueblo cristiano en lo más profundo del misterio de Cristo.

El Corazón de Jesús, evangelización del amor de Dios

QUIERO decir también que, para que el culto al Corazón de Jesús ejerza esta función suya de pedagogía de la fe, tenemos que entenderlo hoy, por fidelidad a la Iglesia, según la renovación de espíritu que el Concilio Vaticano nos enseña. Yo no podría ahora desarrollar un estudio sobre el Concilio Vaticano, que sería forzosamente fragmentario, y que no es propiamente el tema de mi conferencia. Quiero decir sólo una cosa: me parece que precisamente lo que el espíritu del Concilio Vaticano II nos exige para vivir el culto al Corazón de Jesús como síntesis de toda la religión, es fundamentalmente esto: un esfuerzo más consciente para una comprensión esencial de la misma, una comprensión teocéntrica, que entienda el teocentrismo desde el amor de Dios, que se vierte sobre los hombres para asumir misericordiosamente

la causa de la humanidad, para sanarla, regenerarla y elevarla a la participación por la gracia de la naturaleza divina. Es en definitiva una vuelta más consciente y profunda a las fuentes, al Evangelio, a las epístolas apostólicas, en las que encontraremos en realidad el verdadero sentido del mensaje que Cristo hizo sentir a su santa discípula en Paray-le-Monial.

Y al hablar de esta pedagogía de la fe, por una renovada devoción al Corazón de Jesucristo, voy a referirme al anuncio de este evangelio del amor de Dios a los hombres, dirigido a los hombres de nuestro tiempo. Tendremos que ocuparnos, para ello, de algunos aspectos radicales de la problemática de la humanidad contemporánea. No se trata tampoco de hacer un desarrollo completo que sería inabarcable, sino de darnos cuenta de algunas cosas que puedan conducir a que meditemos ante Dios sobre las indigencias, las necesidades y las posibilidades de los hombres de hoy sobre nuestras propias indigencias, necesidades y posibilidades.

El drama del humanismo ateo

SE ha caracterizado el drama del humanismo ateo en que, habiendo buscado afirmar la muerte de Dios para que el hombre viva, ha concluido por lo mismo en la muerte del hombre. La divinización del hombre constituido como dios para sí mismo, que niega todo lo que sea superior a lo humano y, por decirlo con las propias palabras del Apóstol, rehúsa adorar todo lo que lleva el nombre de dios o recibe culto, hasta llegar a la adoración del hombre mismo, considerado como lo supremo, se ha ejercido en el mundo contemporáneo mediante el ideal de las redenciones inmanentes. Es una característica de la «modernidad», de la humanidad occidental apóstata del cristianismo —lo que llamamos hoy Occidente no es sino la Cristiandad occidental secularizada y descristianizada, y que ha absorbido en sí culturalmente las otras sociedades hasta alcanzar una expansión planetaria— la idea de la exclusión, apoyada en un inmanentismo filosófico, de la necesidad de que el hombre sea redimido por Dios. El Occidente comenzó a vivir esta negación desde el humanismo renacentista, y más expresamente en las fases sucesivas de la Ilustración, la Revolución francesa, el socialismo y el comunismo. Al excluir la redención divina, los herederos, apóstatas, de la tradición cristiana han situado en el centro de sus actitudes éticas, culturales y políticas, el ideal de una redención por esfuerzos inmanentes: la supresión de la nobleza y el entronizamiento de la burguesía; o bien la lucha contra la burguesía para establecer la dictadura del proletariado; el imperio

milenario de la raza aria del nazismo, etcétera. Mitos como el del ciudadano libre, el proletario emancipado, el Estado educador y providente, han sustituido la teología de la redención. Se han apoderado para ello, dilapidando la herencia cristiana, en muchas motivaciones recibidas a través de ella; dando al mal la apariencia de bien, sin la que carecería de toda fuerza y atractivo, han llevado al mundo, en sus estamentos dirigentes, a lo que se ha llamado «la finitud constituyente». Es decir, es como si el hombre se hubiese constituido en soberano desde esta misma finitud, recusando cualquier idea de infinito, cualquier idea de trascendencia, para llevar a cabo la más radical revolución: no ya la del burgués contra el noble; o del proletario contra el burgués; o la del joven contra el adulto; sino la revolución «anticristiana» en el sentido más profundo del término, es decir, en el espíritu del Anticristo tal como lo define el apóstol Pablo en la carta a los tesalonicenses, que es la revolución de lo finito contra lo infinito, la revolución de lo humano contra lo divino.

La miseria del hombre enfrentado a Dios

AHORA bien, Pablo VI, hablando al Concilio Vaticano II, dijo que en este concilio, contemporáneamente a su desarrollo, se había podido ver el enfrentamiento a la religión cristiana, que es la de Dios que se hace hombre, de la «religión» del hombre que se hace a sí mismo dios.

Al hablar así el Papa no entiende estas dos «religiones» como dos opciones posibles puestas en el mismo plano, sino que caracteriza simplemente la dimensión de enfrentamiento del hombre contemporáneo al cristianismo como algo que se mueve en el ámbito y horizonte de la misma posibilidad y exigencia de religión que es inherente a la naturaleza humana. El hombre no puede recusar lo divino sin atribuirse en definitiva a sí mismo el carácter de lo supremo y absoluto. De aquí la afirmación, en orden a la negación de la eternidad, de nuevos mitos de redención inmanente a la historia y al tiempo; el hombre sustituye así el Dios verdadero, viviente y personal, por algún ídolo metafísico, cultural, histórico, patriótico.

Pablo VI llama a esto la religión del hombre que se hace dios, y si lo entendemos en su sentido profundo y auténtico deberemos ver en sus palabras una alusión explícita a aquel espíritu anticristiano de que habla el apóstol Pablo y al que antes hemos aludido. Pero allí mismo dijo Paulo VI algo que parece, en un primer momento, sorprendente y desconcertante: dijo que la Iglesia, en lugar de tomar en este enfrentamiento una actitud de choque y hostilidad, ha adoptado una actitud de dispensación misericordiosa

sobre las necesidades del mundo de hoy. La sorpresa y el desconcierto que tal vez nos produzcan sus palabras podrá ser superada si caemos en la cuenta de que, al hacerlo así la Iglesia, estima como indignas y necesidades aquello mismo en lo que la soberbia de la humanidad contemporánea se complacería con autosuficiencia, hasta considerarse como quien tiene ya la plenitud y de nada necesita.

No se trata de una concesión a los ideales anticristianos. Mientras la redención del hombre por el hombre excluye el sentimiento del pecado, impide la conciencia de la propia indignidad y miseria, y excluye el admitir la necesidad de ayuda, hasta rechazar en todos los órdenes cualquier superioridad que se incline benefactoramente —advirtamos la fuerza despectiva y rebelde con que se utilizan hoy términos como los de «paternalismo», etc., con cerrada hostilidad a todo lo superior— haciendo así al hombre incapaz de adoración, arrepentimiento y gratitud hacia la paternidad de Dios; la Iglesia propone a la misma humanidad tentada de este endiosamiento, una asunción maternal de sus necesidades. Podríamos decir que Dios ha querido que se hiciese sentir a la humanidad de hoy hasta qué punto merece misericordia precisamente por la inconsciencia de su miseria, que es en el fondo lo máximamente miserable. Ciertamente todo orgullo de quien no se siente necesitado de ayuda es algo muy digno de lástima; el pecador que no se sabe pecador es el más miserable y el indigente que no siente su indignidad es doblemente pobre.

El anuncio de la misericordia

NOSOTROS tenemos que hablar a un mundo que ha vivido ideales pacifistas en continuas tensiones y guerras mundiales, y que ha vivido ideales de desarrollo en situaciones de crisis en que las utopías cuando están a punto de ser realizadas llevan a situaciones absurdas e insolubles. Tenemos que hablar a un mundo ensoberbecido y descristianizado, en el que por haberse enfriado la caridad, abunda la iniquidad, y que no quisiera oír hablar de pecado, de redención, de reparación, de donación generosa de Dios, de amor misericordioso.

Nosotros tenemos que hablarle de todo esto, y tenemos que hablarle de una manera que exigiría de nosotros ferviente caridad, celo y humildad profunda para sentir también en nosotros mismos las mismas dificultades que siente nuestro prójimo. Tendríamos que hablarle de modo que, por la eficacia misteriosa de la gracia de Dios, este mensaje del amor misericordioso fuese capaz de llegar al hombre contemporáneo.

En este sentido solo el carisma del Espíritu Santo, las inspiraciones de la gracia a los apóstoles del Corazón de Jesús y el fervor de su caridad, podrán encontrar en cada momento los caminos. Pero tenemos el magisterio eclesiástico, unas directivas y unas líneas sobre lo que es el culto y la devoción al Corazón de Jesús, y en aquel magisterio encontramos la afirmación de la Iglesia de que este culto es el remedio providencial para las necesidades de la humanidad contemporánea. Lo primero que se nos exige a nosotros es que aceptemos esto, que tengamos la valentía de creerlo, de decidimos a ponerlo en práctica, de esforzamos en comprenderlo de tal manera que aquella congruencia que Dios ha querido poner en la devoción al Corazón de Jesús en orden a la salvación del hombre moderno se ejerza efectivamente en nuestro apostolado. Quiero desarrollar sólo unas líneas de sugerencias sobre esto, para centrar de alguna manera nuestra reflexión sobre el culto al Corazón de Jesús como pedagogía de la fe para el hombre de hoy.

La rebelión contra la mirada de Dios providente

UNO de los argumentos del contemporáneo ateísmo y antiteísmo presenta como absurda la idea de Dios, y no sólo por cuanto niega que tenga sentido la afirmación de algo entitativo y sustantivo que sea a la vez sujeto para sí, sino porque además adopta una actitud en que se postula precisamente que Dios debe ser negado. No se trata sólo de remover la afirmación del ser infinitamente perfecto, omnipotente y omnisciente, se trata de proclamar que Dios no es porque es algo que no debe ser, que sería malo para el hombre que fuese. Quien nos mira, nos convierte en objeto y nos cosifica, para la mirada del prójimo carecemos de libertad. Si nos creemos ante la mirada eterna de Dios, cree Sartre que somos por ella aplastados. Y a partir de aquí se llega a la blasfemia y rebeldía de considerar a Dios providente como un «inspector» supremo, el que vigila el universo, y que el hombre ha de sentir como un intolerable monstruo que no debe de existir.

Se trata de una tentación proterva y satánica por la que no podríamos dejarnos llevar en modo alguno, aunque tuviésemos la desgraciada posibilidad de comprenderla. Es un sofisma soberbio y amargo, cuya trágica refutación la vive también el hombre contemporáneo en su existencia cotidiana. Porque esta humanidad de hoy que dice no querer ser vigilada, no querer ser inspeccionada, y que se revela ante la mirada del prójimo ha encontrado su castigo en su propio esfuerzo de redención inmanente por la

organización y la tecnología. Podríamos decir que el hombre de hoy es casi continuamente inspeccionado, y muy raras veces contemplado personalmente por su prójimo.

La soledad del hombre contemporáneo

EL Estado «es la providencia del hombre», decía Feuerbach. Esta providencia antropocéntrica planifica, registra y elabora estadísticas, pero el resultado de sus proyectos se traduce en una creciente soledad para cada uno de los hombres. En un mensaje de Navidad notó Pío XII que la tiranía de la organización sobre el hombre moderno ha tenido como resultado su despersonalización. He pensado a veces que quien tuviese talento literario para ello podría escribir una novela que se titulase «El hombre a quien nadie miró». Su protagonista vendría a ser tipo ejemplar de los hombres de nuestro tiempo en muchos momentos y situaciones de la vida. Porque el mismo progreso técnico, higiénico, o el aumento de medios e instrumentos al servicio de una planificación educativa, puede conducir y de hecho conduce a una desproporción trágica entre la abundancia de datos registrados en el plano médico, pedagógico, de aptitudes y factores de inteligencia por medio de pruebas psicotécnicas, etc., y las posibilidades reales de atención y diálogo personal. Por extraño que pueda parecer, hay que afirmar que a lo largo de toda una vida puede un hombre de hoy hallarse muy raramente con alguna persona que lo mire a la cara.

Ustedes habrán visto la experiencia cuando la misma organización burocrática o técnica distancia al hombre del hombre. A pretexto de objetividad y de racionalización, el hombre individual y personal se queda solo. Esta soledad del hombre, perdido en lo público, reducido a un elemento de consideración tecnológica, puede servir de punto de partida para una reflexión que muestre la actualidad psicológica del mensaje del Corazón de Jesús.

¿Qué ocurriría a un hombre a quien nadie hubiese nunca mirado? No hay que contestar la pregunta, que solo propongo para sugerir una reflexión que es una refutación vital, de la blasfema actitud del existencialismo ateo. Si somos sinceros y humildes, reconoceremos que no es aplastante para el hombre, sino consolador y «fundante» el sentirse ante la mirada paterna de Dios, que es Amor. Al hombre de hoy, en tantos casos solo, aplastado por la política, por la lucha ideológica, por las crecientes necesidades y apremios impuestos por el imperativo del desarrollo económico, y al que cada vez es más difícil el gusto de la vida cotidiana y familiar; a este hombre se le puede proponer el mensaje



«El regreso del hijo pródigo», de Rembrandt, que ejemplifica la mirada amorosa de un padre.

de Dios viviente y personal; de Dios viviente y personal que se ha hecho hombre por amor al hombre; el Evangelio anuncia que Dios tanto ha amado a los hombres que les ha dado a su Hijo, y que lo ha dado en el hacerse en todo semejante a nosotros.

Dios hecho hombre por nosotros

HEMOS de darnos cuenta de lo que decía san Juan a los cristianos de su tiempo: «¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, que niega al Padre y al Hijo. Todo espíritu que confiese que Jesús ha venido en carne es del espíritu de Dios; todo espíritu que deshace a Jesús no es de Dios». Desde los primeros tiempos de la Iglesia, una multitud de herejías combatieron contra lo más esencial del misterio cristiano, contra la encarnación y contra la dispensación misericordiosa de la gracia de Dios por Cristo, y lo hicieron separando a Jesús, de Nazaret, del Verbo de Dios. Esta separación, esta negación de que Jesús es el Cristo, que tuvo entonces unas expresiones que utilizaron elementos de determinadas filosofías, tiene en nuestros días también otras expresiones. Quienes reducen el Jesús históri-

co a un puro hombre, en el que se expresó o «encarnó» la palabra de Dios; quienes difunden las nuevas cristologías antropológicas, podrán tener apariencia de cristianismo, pero deshacen con espíritu anticristiano la economía redentora. Jesucristo es el Hijo de Dios nacido eternamente del Padre, y nacido en el tiempo, de María Virgen por nosotros los hombres y para nuestra salvación.

Si alguien cree que al hombre contemporáneo no le es congruente el creer en el amor eterno de Dios, en la mirada paternal de Dios providente, que ha asumido todas sus dimensiones humanas para regeneradas y elevarlas, y para redimir sus pecados y miserias; si alguien cree que no puede llegarle al corazón el mensaje de que Dios mismo le ama «con corazón de hombre» según expresión del Concilio Vaticano II; podrá parecerle que el culto al Corazón de Cristo es algo que no puede ser propuesto al hombre de nuestro tiempo. Pero quien sea capaz de comprender aquello pensará que la dificultad y la hostilidad suscitadas a la devoción al Corazón de Jesús tienen su razón esencial —no hablo de cosa accidentales o anecdóticas— en la protervia en la resistencia al Espíritu Santo de quien da coces contra el aguijón, o en la falta de convicción y de fe del Apóstol que ha de proponer el mensaje. La situación del hombre de hoy está más bien mostrando, no sólo la necesidad y la urgencia, sino también la congruencia profunda para las necesidades de la humanidad contemporánea del mensaje del amor de Dios sensibilizado humana y corporalmente en el Corazón de Cristo.

Para redimirnos a nosotros los hombres

REFLEXIONEMOS también por unos momentos en otro aspecto de esta misma cuestión. A una humanidad que parece haber tomado más que nunca conciencia de lo humano, a una humanidad, humanista como nunca en la historia, la Iglesia le propone insistentemente algo que no es nuevo, sino que es plenamente intrínseco al misterio cristiano: que la gracia redentora no es enviada al hombre para destruir su naturaleza, sino para sanarla, restaurarla y elevarla. Le propone un mensaje que ya los Santos Padres tuvieron que defender desde los primeros siglos; que Cristo se hizo en todo semejante a nosotros excepto en el pecado, precisamente porque venía a redimir la naturaleza humana en todas sus dimensiones. «Lo que no es asumido no es redimido» decía san Dámaso argumentando contra quienes negaban la integridad de la naturaleza humana en Cristo. Y como dice la epístola a los hebreos no asumió Dios a un ángel, sino a un descendiente de Abraham.

La síntesis de la religión y de la vida

AL insistir en este aspecto de salvaguardia, de elevación que no destruye lo humano sino que lo custodia, destacamos un aspecto de la economía de la redención que hace congruente el Evangelio a las necesidades del hombre de hoy. Nadie podría escandalizarse fundadamente de esto. Lo que si hay que decir también es que a veces se entiende mal esta exigencia de la realización de los valores humanos por el cristiano; quiere decir que se entiende mal en concreto, es decir, que lo entiende mal cada uno para sí mismo en su vida personal. Puede ser una tentación peligrosa, que distraiga a los religiosos, a los sacerdotes y a los seglares cristianos, la de suponer que tienen que realizar todas sus posibilidades. El mismo cumplimiento de una tarea humana exige ya muchas renunciaciones, incluso en el orden natural; no se puede alegar por lo mismo el principio de que la gracia no destruye la naturaleza para suponer que un religioso contemplativo no verse llamado a renunciar, por fidelidad a su estado, al despliegue de las cualidades humanas que hubiera tenido en el orden cultural o artístico de haber vivido en el mundo. San Pablo nos recordaba que los que corren en el estadio se abstienen de muchas cosas en orden a una corona perecedera. La renuncia es también un heroico valor humano y quien se siente llamado a vender todas las cosas por el reino de Dios no es menos heroico que los luchadores del estadio. He dicho esto porque el primero de los valores humanos que la gracia asume es la seriedad, y hoy en día, invocando un principio verdadero, se procede a veces con ligereza y dispersión que desintegra la unidad y autenticidad de la vida cristiana.

Pero descartado este riesgo, hay que insistir en nuestros días en este esencial principio de la congruencia de la gracia con la naturaleza. Hay que recordar también, para evitar malentendidos, que la Iglesia lo ha puesto en práctica desde los primeros tiempos, desde san Basilio el Grande y san Benito, desde las órdenes mendicantes y las de clérigos regulares, progresivamente ha dedicado incluso los esfuerzos de los consagrados a estado de perfección al cultivo y a la creación de valores humanos; realidades como el arte románico y gótico, o como la metafísica de Suárez, no existirían si no hubiese sido por el espíritu y la actitud de órdenes monacales o de clérigos regulares. La Iglesia siempre ha vivido prácticamente esta síntesis de la religión y de la vida, y más bien habría que reconocer que hoy estamos en situación de pobreza en el orden de la creatividad cultural y artística, comparando con épocas de plenitud de la civilización cristiana.

De esta verdad profunda de la regeneración y restauración de todo lo humano por el don divinizante

de la gracia, es símbolo viviente el Corazón de Jesús, símbolo del amor divino y humano, espiritual y sensible de Jesucristo. Ningún hombre es plena y seriamente humano si no es hombre de corazón, y sin el amor todo lo humano es vacío e inconsistente. Al revelarnos Cristo su corazón de hombre, de hombre de carne y hueso, al llamarnos a contemplar esta profundidad de su amor, nos manifiesta también la voluntad de Dios de restaurar y reasumir todas las cosas en el amor de Cristo.

El Corazón de Cristo, solución de toda dificultad

FINALMENTE, quisiera sugerir algo que me parece importante. El mensaje del Corazón de Jesús, símbolo expresivo de la persona que nos ama, creo que podría ser un camino de superación en la antinomia y la tensión, en el tremendo malentendido que se está produciendo hoy entre los cristianos. Nos referimos a la problemática sobre la dimensión horizontal o vertical del cristianismo. Si por horizontalidad se entiende, como se hace las más de las veces, un estricto inmanentismo, que es el fondo monista y panteísta, un cristianismo horizontal es un falso cristianismo que viene a coincidir con el ateísmo. Pero si por verticalidad entendiésemos –no se trata de una acusación, sino de la invitación a un examen de conciencia–, que nuestra caridad, que es lo más excelente como nos enseñó el Apóstol, sube desde mí a Dios, y a través de Dios pasa después a amar a mi prójimo, pensando que tal vez se da en mí esta iniciativa por la que subo a Dios como bien infinito desde el que descendo sobre mi prójimo, en este caso tal vez nos habríamos inconscientemente desviado de la verdadera doctrina del amor al prójimo por Dios y desde Dios. Porque la caridad no consiste, como nos advierte san Juan, en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios primeramente nos amó a nosotros.

Contemplemos a Cristo con su Corazón. El mismo es un símbolo viviente del amor eterno de Dios, que nos ama, y que tanto nos ha amado que nos ha dado a su Hijo. El corazón de carne del Hombre Dios expresa el amor por el que Dios Trino ha obrado la Encarnación, la Redención, la Iglesia, los sacramentos. Dios nos ha amado a nosotros, y Él, que nos ha amado, nos manda como su mandato nuevo que amemos a nuestro prójimo como Él nos ha amado. No hay verdaderamente amor cristiano al prójimo si no es amor teocéntrico y vertical; pero esta verticalidad ha de ser comprendida como un descenso del amor efusivo de Dios por Cristo a los hombres. La caridad tiene su centro no en nosotros, como si subiésemos a Dios y desde Dios fuésemos al prójimo;

tiene su centro en Dios que nos ha amado, en Cristo que ha muerto por nosotros y ha resucitado para nuestra salvación.

El mensaje del apóstol san Juan nos sitúa en la perspectiva verdadera desde la que podemos evitar el caer en la más extraña antítesis que caracteriza el problematismo de nuestro tiempo: la inconsistente antítesis entre la fe y la caridad. Por falta de una comprensión sencilla y sintética, que evitaría la antítesis, es hoy frecuente la polémica cuando se trata sobre la fe y la caridad. En esta cuestión tan fundamental no me propongo hacer comentario alguno. La lectura de la epístola primera de san Juan –capítulos 4 y 5– nos marcará el camino: «Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios; y todo el que ama, de Dios ha nacido, y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, en que envió Dios al mundo a su Hijo unigénito, para que vivamos por Él. En esto está el amor: no en que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió su Hijo como propiciación por nuestros pecados... Quien confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él... Nosotros amémonos, porque Él primero nos amó. Si alguno dice: amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ha visto. Y este mandamiento tenemos de Él: que quien ama a Dios ame también a su hermano.

«Todo el que cree que Jesús es el Mesías, ha nacido de Dios; y quien ama al que engendró, ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, en que amamos a Dios, y pongamos por obra sus mandamientos. Porque éste es el amor de Dios: que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son pesados. Pues todo el que ha nacido de Dios, vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino aquel que cree que Jesús es el Hijo de Dios?»

Releamos y meditemos este texto. Caerán ante la palabra apostólica todas las antinomias y malentendidos, todas las falsas antítesis entre la caridad vertical y el amor al prójimo, entre la fe en Cristo y la supremacía de la caridad. Las palabras de san Juan son una invitación a contemplar a Cristo venido en carne; a contemplar su Corazón abierto y conocer en este símbolo la caridad que viene de Dios sobre nosotros por el Espíritu Santo que se nos ha dado; a sentir que la exigencia y la posibilidad de amar a Cristo como Cristo nos ha amado nos viene desde el Corazón de Jesucristo.

Las apariciones a santa Margarita María y el magisterio de la Iglesia

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ

EN la carta apostólica *Inde a primis*, de 30 de junio de 1960, y como de pasada, escribía el papa beato Juan XXIII este juicio: «... el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, a cuya plena y perfecta constitución y a cuya difusión por todo el mundo en tanto grado contribuyeron las cosas que Cristo el Señor, mostrando su sacrosanto Corazón, manifestó a santa Margarita María de Alacoque...». Y añadía: «...y con tan singular honor apoyaron los romanos pontífices, con admirable unanimidad esta forma de culto religioso, que no sólo pusieron en claro su virtud y fuerza, sino que también declararon su legitimidad y promovieron su uso».

He aquí en estas breves palabras dos afirmaciones fundamentales que guían esta reflexión. La primera es que «la manifestación del Señor a santa Margarita María» se ha de considerar como la causa de la plena y perfecta constitución de la extendida devoción al Corazón de Jesús. Y observemos, sobre todo, el empleo de la palabra «manifestación» que es un término contrario al de ocultamiento o privacidad. Y no se nos puede pasar por alto tampoco que esta manifestación la hizo el Señor Jesús no sólo con palabras sino también de modo visual «mostrando su sacrosanto Corazón» porque, en efecto, la imagen del Corazón de Jesús, habrá de ser elemento esencial que centrará el núcleo de este culto.

Quien tuviera la más mínima duda de que la imagen del Corazón de Jesús es insustituible en esta devoción debería leer y meditar las palabras del gran papa León XIII en la primera encíclica acerca del culto al Corazón de Jesús –cuyo objetivo fue la consagración del mundo al Sagrado Corazón–, cuando escribe hacia el final de tan sustancial documento: «He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: el Corazón sacratísimo de Jesús con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En Él se han de colocar las esperanzas. A Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres».¹

La Iglesia recibe «otra señal» que ya no es meramente la cruz –instrumento de suplicio convertido

por Jesús en altar del nuevo y eterno sacrificio– sino esta misma cruz superpuesta a un corazón en llamas, esto es, como emanando de un amor ardiente –podríamos decir, pasional– que es el que lleva a Jesús a sufrir la muerte en cruz y todos los demás dolores de la pasión para nuestra salvación. El amor es, pues, la causa, y la cruz el efecto y el modo de manifestarlo. Esta «otra señal» contiene a ambos pues, como dice santa Margarita, el amor se manifiesta de modo particular en el sufrimiento. Ahora bien, esta imagen presentada por León XIII no está en ningún lugar más que en la revelación que la santa tuvo en su segunda aparición: «El divino Corazón se me presentó en un trono de llamas, más esplendoroso que el sol, y transparente como el cristal, con la llaga adorable, rodeada de una corona de espinas significando las punzadas producidas por nuestros pecados, y una cruz en su parte superior...».²

Pero es la presente intención poner especialmente de relieve la segunda de las afirmaciones del inolvidable papa Juan. En efecto, estas manifestaciones del Señor a santa Margarita –que se condensan en cuatro grandes apariciones desde 1673 hasta 1675– fueron apoyadas, dice, «con admirable unanimidad» por los romanos pontífices en un doble plano, el de declarar su legitimidad –sin la cual ninguna aparición tiene garantía de autenticidad– y poner en claro su virtud y fuerza, esto es, mostrar su inserción en el cuerpo doctrinal de la catequesis cristiana como algo especialmente necesario en los momentos presentes, y esto, con tal plenitud, que «promovieron su uso». Quiere esto decir que la devoción al Corazón de Jesús es, sí, de santa Margarita, pero es también de la Iglesia. Estar fuera de la devoción al Corazón de Jesús que nos transmitió santa Margarita, de parte del mismo Señor Jesús como «mensajera», es estar fuera de lo que ha enseñado la Iglesia en su más alto magisterio.

Es asombroso el grado de aceptación de esta devoción por parte de los papas hasta el punto de dedicarle monográficamente tres grandes encíclicas, la mencionada *Annum Sacrum* de León XIII (1899), la

1. León XIII, *Annum Sacrum*, n.13. Todos los pontífices se han referido reiteradamente a este texto leonino.

2. Carta CXXXIII, al padre O. Croiset, de 3 de noviembre de 1689.

Miserentissimus Redemptor de Pío XI (1928) y la *Haurietis aquas* de Pío XII (1956). La primera de estas encíclicas cita a la santa en una ocasión; la segunda en cuatro y la tercera en cinco. Siempre se refieren a las apariciones con palabras de objetiva manifestación de Jesús y nunca como meras «experiencias místicas» de la monja salesa. Este tan alto grado de aceptación, objetivación y recomendación no tiene parangón con ninguna otra revelación aceptada por la Iglesia. En realidad no tiene parangón ni siquiera con las apariciones –tan aprobadas– de la Santísima Virgen en Lourdes o Fátima.

Como quiera que la confirmación y análisis de esta devoción es ya insuperable después de tales encíclicas resta sólo como posible cuestión pendiente la de su actualidad. Con posterioridad al beato Juan XXIII cuya carta apostólica ha sido citada como itinerario de esta reflexión, es de destacar la también carta apostólica de Pablo VI *Investigabilis divitias* (1965) al cumplirse los doscientos años de la concesión por la Sede Apostólica, por el papa Clemente XIII, de la primera fiesta litúrgica en honor del Sagrado Corazón, sin dejar de considerar también –entre otros documentos– la carta *Disserti interpretes* del mismo año donde leemos: «deseamos que este culto resurja más cada día y sea estimado por todos como la excelente y auténtica espiritualidad actual».³ Y por parte del llorado gran papa Juan Pablo II, no han faltado múltiples enseñanzas de su magisterio que es más disperso pero muy constante en la recomendación de esta insustituible devoción⁴ «recibida por santa Margarita María»⁵ de la que dijo, poniendo, en re-



lación esta forma privilegiada de devoción y la tarea de la Iglesia, estas palabras: «Para la evangelización de hoy es necesario que el Corazón de Cristo sea reconocido como el corazón de la Iglesia».⁶ La Iglesia no podrá mostrarse a los hombres más que si se presenta con las características del Corazón de Cristo.

Es reconocido por todos que el más alto nivel de exaltación de esta forma de culto se halla en la citada encíclica de Pío XI. Prentendiendo sólo aquí poner de relieve el nivel de aceptación pontificia de las palabras que constituyen el núcleo de la revelación a la santa de Paray-le-Monial atenderemos a un texto sobresaliente. Escribe en esta encíclica el papa acerca de la necesidad de la reparación –fin esencial del documento pontificio– en una referencia incuestionable a las palabras oídas por santa Margarita:

«Ya que al presentarse Cristo a Margarita María y poner de manifiesto su infinita caridad, lamentóse juntamente, a la manera del que está triste, de tantas y tan grandes injurias, inferidas contra Él por los ingratos hombres, con estas palabras, que ojalá estuviesen grabadas en las almas piadosas y jamás se borrasen por el olvido: *He aquí, dijo, el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que les ha llenado de toda suerte de beneficios y que no sólo no ha encontrado agradecimiento a su infinito amor, antes bien olvidado, desprecio, contumelias y, por cierto, inferidas a veces aún por los que estaban obligados a un peculiar amor*».⁷

Estas son precisamente las palabras que transmite la santa visitandina como constituyendo la cuarta y última gran revelación del 16 de junio de 1675 –y que coincidiría con el día que ahora tal como lo pidió el Sagrado Corazón celebramos precisamente la fiesta del Sagrado Corazón. A juicio del padre jesuita José M^a Sáenz de Tejada esta última gran revela-

3. Doc. Cit. Núm. 2.

4. Véase *CRISTIANDAD*, núm. 885, abril de 2005, el artículo de Ignacio Azcoaga «La devoción al Corazón de Jesús en el pontificado de Juan Pablo II».

5. Carta entregada en Paray-le-Monial al Preposito general de la Compañía de Jesús Peter-Hans Kolvenbach, con ocasión de su peregrinación a esta pequeña ciudad el 4 de junio de 1999 y publicada al día siguiente en *L'Osservatore romano*. Es también preciosa la carta al arzobispo de Lyon de la misma fecha.

6. Homilía en la canonización de Claudio la Colombière S.I., plaza de san Pedro, 31 de mayo de 1992.

7. *Miserentissimus Redemptor*, n. 13.

ción «abre una nueva era en la religión católica, la religión del amor» y dicho autor citando a monseñor Bougaud añade: «Es sin contradicción la más importante de las revelaciones que han ilustrado la santa Iglesia, después de las de la Encarnación y de la Sagrada Eucaristía. Es la mayor efusión de luz después de Pentecostés».⁸ No les falta razón a los comentaristas citados.

¿Somos capaces de valorar adecuadamente estas palabras de Pío XI? ¿Puede alguien entender que ha de «grabar» en su alma estas palabras del Sagrado Corazón a santa Margarita si no son equiparables a las mismas palabras evangélicas? Comparables, dice monseñor Bougaud, a las palabras del diálogo entre el ángel Gabriel y la Virgen o a las de la institución de la Eucaristía.

Viene a la memoria las palabras de Jesús a sus discípulos el Jueves Santo tal como las refiere el evangelista san Juan: «Todavía muchas cosas tengo que deciros, mas no las podéis sobrellevar ahora. Pero cuando viniere Aquel, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa».⁹

Esta es la cuestión principal, las revelaciones del Sagrado Corazón se han de inscribir en la «revelación completa», en la verdad integral, *omni veritate, ἀληθεια πάση*. No se trata de una «novedad» sino de «toda la verdad» ya revelada en esencia pero no plenamente comprendida según las anteriores palabras de Jesús, que ha querido esperar el momento oportuno, el «ahora» de la historia de la humanidad, lo que podemos llamar «la plenitud de los tiempos», para hacer esta explícita revelación de amor y de la respuesta que espera de nosotros.

Esta respuesta se inscribe en tres planos inseparables entre sí. La consagración al Sagrado Corazón, la oración reparatoria y de consuelo hacia Je-

sús doliente de las injurias y menosprecios de los hombres –incluyendo de modo especial las almas consagradas que tanto le ofenden– y finalmente, tal como lo pusieron de relieve san Claudio la Colombière y santa Teresita del Niño Jesús y, más recientemente, santa Faustina Kowalska, el abandono confiado a su misericordia. En su primer acto de consagración escribe santa Margarita: «Pongo toda mi confianza en ti, porque aunque todo lo temo de mi malicia, todo lo espero de tu bondad».¹⁰

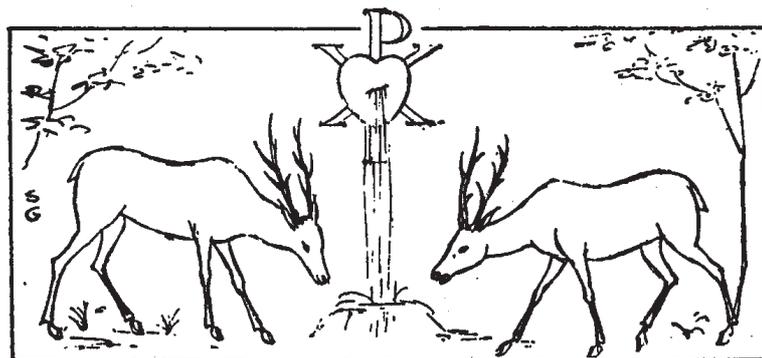
En conclusión, santa Margarita María de Alacoque es la que nos revela de parte de Dios, como un profeta para nuestro tiempo de apostasía, que el Verbo encarnado no sólo tiene amor divino y humano hacia nosotros sino también, como reiteradamente lo señala Pío XII en la tercera de las encíclicas citadas, amor de afecto, amor sensible, amor de compasión, esto es, el más inmediato y sensible de los amores humanos. Es así que entendemos mejor en esta devoción y culto lo verdaderamente cerca de nosotros que se halla Jesús, Dios y Hombre verdadero.

Si el evangelio de Juan es llamado, por su especial insistencia en que Dios es amor, el evangelio del amor, santa Margarita nos lleva el mensaje, nos transmite fielmente, aquellas palabras que penetran todavía más en el misterio del amor de Cristo, como una especie de quinto evangelio cuyo autor es exclusivamente el mismo Jesús que la eligió a ella como anunciadora con el especial encargo –que tanto la hizo sufrir– de darlo a conocer a toda la Iglesia. Y así lo ha reconocido la Iglesia. La devoción al Corazón de Jesús está en la Iglesia hasta tal punto que este Corazón divino es su propio corazón, según las bellas palabras de Juan Pablo II arriba citadas.

8. José M^a Saénz de Tejada, S.J., *Vida y obras principales de santa Margarita M^a de Alacoque*, Apostolado Mariano, Sevilla, 2003, p. 29.

9. Jn 16, 13 en Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, n. 5.

10. Se conservan cuatro redacciones, con pequeñas variantes, de este primer acto de consagración. Cf. Carta LIV a la hermana Felicia Magdalena de la Barge, del convento de Moulins. Puede verse en la obra del padre Tejada, pág. 159.



«Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones»

*Carta de santa Margarita María
a la hermana Juana Magdalena Joly
(10 de abril de 1690)*

No os podéis figurar, mi querida hermana, cuán agradable hace el adorable Corazón de nuestro buen Maestro que sea para mí vuestro ardor en darle a conocer y hacerle amar, y el trabajo que para conseguirlo os tomáis. Espero que no lo ha de olvidar jamás, siendo Él mismo vuestra eterna recompensa. Y al fin reinará este divino Corazón a pesar de los que se oponen a ello. Satanás quedará confundido con todos sus secuaces. Y serán felices aquellos de quienes Él se sirva para establecer su imperio.

Me parece que es semejante a un rey que no piensa en dar recompensas mientras lleva a cabo sus conquistas y triunfa de sus enemigos, pero sí cuando reina victorioso en su trono. El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones, destruyendo y arruinando el de Satanás. Me parece que lo desea tanto, que promete grandes recompensas a los que de buen grado se dediquen a ello con todo su corazón, según la capacidad y las luces que para ello les dé.

No temamos, pues, ni el trabajo, ni los sufrimientos que se encuentren en esta santa obra; antes tengámonos por dichosas cuando nos juzgue dignas de pasarlos por tan noble causa y aun toda clase de penas, contradicciones, calumnias y dolores. Cuanto más encuentro, más alentada me siento, y más esperanza tengo de que resulte en gloria de este amable Corazón, y para salvación de muchas almas. Pero es una devoción que no quiere ser forzada ni impuesta. Basta darla a conocer, con la unción de la gracia, los corazones que se ha destinado para sí. ¡Dichosos los que sean de este número!

Debo deciros con gran consuelo, que le tienen mucha devoción en estos lugares; muchos hacen

novenas [con velas encendidas] y reciben el efecto de sus peticiones, y aun hay quienes se ponen de rodillas por la parte de fuera de nuestra capilla.

En fin, mi íntima hermana, es preciso amar a este divino Corazón de tal suerte que no vivamos ni respiremos más que por Él y para Él. No os podéis figurar el consuelo que es para mí que os hayáis unido a mi querida hermana De Saumaise para procurar su gloria. Por más que digo que no quiero volver a escribir, no puedo dejar de hacerlo cuando se trata de hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, fuera del cual os confieso que todo me es suplicio [en este Sagrado Corazón se goza de una paz inalterable]. Todo se convierte en amor en este divino Corazón; hasta las más amargas amarguras. Hagamos en Él nuestra mansión actual y perpetua, y nada nos podrá turbar, con tal de que nos abandonemos a Él por completo. Dejémosle hacer y obrar en nosotras y por nosotras, según su deseo.

Y en cuanto a lo demás, os doy gracias por la corona y el libro que nos habéis enviado. Lo conservaré afectuosamente con permiso de la obediencia, por amor a ese amable Corazón, al cual suplico os dé parte en ella cuantas veces la rece. Pedidle para mí que me esconda tan dentro de Él mismo que viva sepultada en un eterno olvido y desprecio. Todos los tormentos y la misma muerte serían para mí dulce placer con tal de que Él reine. No quiero más consuelo en la vida que el progreso y el feliz éxito de esta devoción del Sagrado Corazón y que me den noticias de la misma. Dádmelas solamente cuando Él os lo inspire. Y estad persuadida de que aun cuando no os conteste siempre, no por eso os recuerdo menos en su presencia, pues no puedo dejar de hacerla.



¡El descubrimiento de que Dios tiene corazón!

LUIS CREUS VIDAL

No necesitan nuestros lectores les repitamos la dulcísima, y a la vez impresionante, historia de las revelaciones de Paray-le-Monial, y este inmenso rayo de luz sobrenatural, de consuelos eternos, esta manifestación inefable y santamente abrumadora de la expresión del amor divino que ha sido este estallido, en los tiempos modernos y difíciles de la Iglesia, al mostrarnos Jesucristo de un modo tan palpable que tiene corazón.

Y en divina y maravillosa cadena, el camino que esta inmensa manifestación supone hacia esta nueva idea-fuerza, capaz por ella sola de renovar la Iglesia: ¡CRISTO REY! Cristo, Rey del universo por ello, tanto más, de la sociedad; y, quiérase o no, Rey que ha de llegar a ser amorosa y victoriamente aceptado –tras haberla salvado– por la sociedad entera. ¡Inefable misterio, camino éste, que nos conduce necesariamente de las tiernísimas y humildes manifestaciones del amor de un Corazón manso y humilde, a la proclamación del mismo como Corazón de REY!

Como siempre, comenzaremos y basaremos nuestra labor en aquello más autorizado, y que, por tanto, incluye para nosotros más alta docencia: la voz de los papas.

Nos fijaremos en siete de ellas. Imposible sería, dentro de la brevedad de nuestros artículos, y nuestra escasa competencia teológica, acudir a mejor –y aún, osaríamos decir, a más prácticas– fuentes.

León XIII. – «Annum Sacrum», 25 de mayo de 1899

Es la primera. El preanuncio faustísimo del río de gracia que Dios va a mandar a la Iglesia. Ella lo abre todo. Por vez primera, y ya a partir de este momento, la devoción al Corazón de Cristo viene proclamada como lo que ha de ser: LA DEVOCIÓN CENTRAL DE LA IGLESIA.

Como en todos estos magnos acontecimientos, brilla ya desde el primer momento la acción de la Providencia. Y con una de sus notas distintivas: su preferencia en usar siempre los medios más humildes, para que se vea que ella es la verdadera autora de todo, y canal de los «abundantes ríos de gracia que alegran la Ciudad de Dios».

Si éste había escogido, dos siglos antes, a la humildísima Margarita María Alacoque como su primera anunciante y confidente, ahora, y desde ha-

cía tiempo, almas santas venían suplicando al Papa realizase la consagración entera del género humano, del mundo, al Corazón divino. Graves, y no infundados reparos, habían parecido hasta entonces oponerse a ello.

Vivía en Oporto una oculta religiosa, alemana de noble cuna, sor María del Divino Corazón, Droste zu Vischering (que ahora acaba de ser beatificada por Paulo VI y a la que CRISTIANDAD tantas veces se ha referido reverentemente), nacida precisamente en Münster. Y he aquí otro misterio, en la capital donde, en el siglo XVII, se consumara la Paz de Westfalia, triunfo, en definitiva de la laicización. Joven aún, ingresaría en 1889 en el Instituto de Religiosos del Buen Pastor, siendo destinada en 1894 a la entonces lejana y apartada ciudad de Oporto, en el Portugal poco cotizado en el concierto de las potencias.

En junio de 1897, sintió la sierva de Dios la voluntad de Jesucristo: se trataba nada menos de que acudiese al Sumo Pontífice para que éste consagrara el mundo al Sagrado Corazón. Pero hubo de pasar tiempo: precisamente el Papa estaba preparando su gran encíclica, la que iba a llevar el título de *Annum Sacrum* (por coincidir con el año de fin de siglo). Ya, apremiada de nuevo sor María por el Señor, volvió a escribir al Santo Padre: era el 6 de enero de 1899, día de la Epifanía, día, por tanto, de la «Manifestación».

Descuellan en esta admirable carta, en la que describía la visión del Corazón divino las palabras de Jesucristo que se le mostraba como un sol y le decía: «El brillo de esta luz iluminará todos los pueblos y naciones, y su ardor las calentará». Y añadía este supremo ideal ecuménico, que hoy nos hace estremecer por su aire de profecía: «... Quizá parezca extraño que pida Nuestro Señor la consagración de todo el mundo y no se contente con la de la Iglesia católica; pero su deseo de reinar y ser amado y glorificado y abrasar con su amor todos los corazones y con su misericordia, es tan grande, que quiere que Vuestra Santidad le ofrezca los corazones de todos...» Dícese que el Papa confió esta carta al cardenal Mazella, por ser prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y, tanto más gustoso cuanto que, este gran prelado, tenía, precisamente, fama, en el mejor sentido de la palabra, de «frío», es decir, poco propenso a la piedad sensiblera. Y el veredicto de tan severo y justo cardenal, en su comisión, fue éste: «¡Esta carta está

inspirada por Dios!» Y es de notar que la primera gran encíclica que iba destinada a promover y encender el fuego del amor al divino Corazón, ya vino providencialmente unida a la primera reivindicación oficial de los divinos derechos de Jesucristo a la soberanía del mundo.

«Voy a hacer el acto más grandioso de mi pontificado»

FRASE ésta estupenda y admirable en el gran papa cuya divisa malaquía, tan acertada, fuera de la «Lumen in Coelo»: y tanto más en su época —que tan a fondo tenemos estudiada en los primeros artículos de esta nuestra serie que tan paciente ha leído el lector—,* o sea, nada menos que, cuando el Papa, después de echar luz sobre todas las cuestiones sociales, la echa sobre aquel mundo, tan alejado pero precursor del nuestro: cuando, en Inglaterra, la era victoriana preside la expansión británica en el más dilatado imperio geográfico de todos los tiempos; cuando el fin de Bismarck y la nueva *Weltpolitik* desarrollan una Alemania que había de desafiar a todo el orbe coaligado y por dos veces; cuando Francia consagra el laicismo, y cuando Rusia, precisamente en su decadencia imperial, ciega y acéfala, prepara los caminos de un futuro Imperio rojo que habrá de conmovier el planeta entero.

«¡El acto más grandioso de mi Pontificado!»

¿Cabe una visión más sobrenatural?

Todo esto preparó la primera gran encíclica.

* El autor se refiere a una larga serie de artículos, más de sesenta, que había iniciado en el número de febrero de 1967 con el título general de «Al medio siglo de 1917. En la teología de la historia». El año de 1917 había sido el de las apariciones de la Virgen María en Fátima, pero también el año de la Revolución soviética. A partir de estos dos acontecimientos tan dispares Luis Creus analizaría, a la luz de la teología de la historia y teniendo siempre presentes las enseñanzas del padre Orlandis, la historia profana y religiosa de los siglos XIX y XX para destacar la acción providente de Dios sobre la humanidad.

Cuando el Papa santo y sabio veía, apenado, la apostasía universal contra Cristo, pero presentándosele, por lo mismo (señalándola como el símbolo del lábaro victorioso de Constantino), el augurio del triunfo sobre los enemigos de la Iglesia. Y levantando el estandarte grande: *¡In hoc signo, salus!* No nos cansaremos, ya avanzándonos, a unir la idea tiernísima del Corazón Sagrado, con la triunfante idea-fuerza de Cristo-Rey, de ver, en la misma, estrechamente unida a la devoción, la proclamación renovada de que Jesús es el Príncipe y Soberano Señor del mundo, así por herencia divina como por derecho, no menos divino, de conquista.



León XIII

León XIII. — «Tametsi futura», 1 de noviembre de 1900

TAN inmenso contenido exigió a la *Annum Sacrum* esta nueva encíclica, justamente considerada como la segunda parte de la primera: en ella —y setenta y cinco años atrás!— ya se insiste, mucho antes de que la proclamara total y oficialmente Pío XI, en la realeza de Cristo, heredero universal del Padre y Redentor del Mundo, haciendo ver más fácilmente a través de los tres gloriosos atributos o títulos que se le reconocen como CAMINO, VERDAD Y VIDA.

De un modo especial nos señala como Cristo es el Camino. Hacia Dios. Es necesario someterse a Él, como lo exige Él mismo, y, como si humilde y realísticamente lo estudiamos y reconocemos, nuestra propia dignidad humana.

Hace ver los males que siguen al colocar al hombre en la cumbre de todas las cosas. Sólo la obediencia a Dios y a su Ley —cuyo compendio es Cristo— puede hacer felices a los pueblos (¡y esto lo proclama el sabio Pontífice catorce años antes de la que había de comenzar siendo ya la primera gran guerra mundial!).

Y levanta valientemente su grito: Cristo es la verdad. ¡Ay del que se aparte de ella! Y la Vida. Ya que de Él, en órdenes totalmente diferentes, pero, en definitiva, Fuente y Creador de todo, proviene toda vida: la natural, y la de la gracia. Y la gloria. Locura pretender cultivar una moral que ignore a Cristo y la Iglesia. Y predice, precisamente, todo cuanto luego ha venido, y actualmente lamentamos.

Después de León XIII, ni san Pío («Ignis Ardens») –devotísimo del Corazón de Cristo–, ni Benedicto XV pudieron extenderse en nuevas encíclicas, absorbidos por las premuras de los tiempos que tanto hemos estudiado precisamente. Los de la Providencia iban a llegar con el pontífice formidable, grande entre los grandes, que ya hemos tenido ocasión de ponderar, querer, admirar y alabar en nuestros artículos: Pío XI.

**Pío XI. – «Urbi Arcano»,
23 de diciembre
de 1922**

DESDE la última encíclica, habían ocurrido grandes cosas en el mundo. Ellas han sido, precisamente, el objeto de nuestro actual largo trabajo: «1917, en la teología de la historia».

La Gran Guerra (la primera mundial), cuyo punto de culminación, como tanto hemos estudiado, fue el crítico 1917, había cambiado la faz del mundo. Habían, como tanto hemos ponderado, desaparecido los tres imperios tradicionales (Alemania, Austria y Rusia); momentáneamente, las democracias (Inglaterra y Francia) habíanse extendido y acaparado la tercera capa del orbe con inaudita hipocresía; la Revolución rusa había implantado, en forma irreversible, la invasión comunista en el mundo; en todas partes, surgían conflictos sociales; los Estados Unidos iban a convertirse en la primera potencial mundial; Japón (luego China), con la enorme Asia despertaba, y, próximos ya, en Europa, los enormes y tremendos fenómenos del fascismo y del nacional-socialismo, presagiaban el inmenso trastorno de lo que había de ser la segunda gran guerra mundial y todo cuanto después ha venido. Mas siempre, a compás y como triste consecuencia de cuanto ya había denunciado, especialmente León XIII, proféticamente, en sus encíclicas, resumido en esta triste palabra y doctrina: el LAICISMO.

Mas la Providencia velaba, y acababa de mandar a su Iglesia el formidable papa, Pío XI, «Fides Intrepida». Y que era una conjunción de fuerza en lo que llamamos naturaleza y gracia.

Era el hombre enérgico por naturaleza. Una vía del Monte Rosa, en la aguja del Lyskamm, llevaba el nombre del que había sido el joven alpinista Aquiles Ratti. Que, más adelante, alternándolo con su misión de sabio e investigador en las Bibliotecas Vaticanas, había de demostrar su coraje manteniéndose nuncio en Varsovia ante el alud de las fuerzas comunistas, y bendiciendo a su vencedor, el ilustre general Weygand.



Pío XI

El arzobispo de Milán, electo papa, se asomaba por primera vez, tras los tristes tiempos de la Puerta Pía, el exterior de la gran basílica, dando su bendición «urbi et orbe» (lo que también hoy nos estremece, como anuncio del actual ecumenismo). Y, ¡cosa admirable!, aquel grande hombre, verdadero titán del pontificado, había de ser el *papa sobrenaturalista* por excelencia. Nadie como él, repleto de energías naturales, ha visto y comprendido cuán inerte e inútil se halla la sociedad humana para curarse, ella misma, de sus propios males. El papa optimista y alpinista de las alturas, sentía como nadie la hediondez de las bajezas. Y nadie como él, supo poner confianza, *totalmente exclusiva*, en las so-

las y *únicas* fuerzas sobrenaturales.

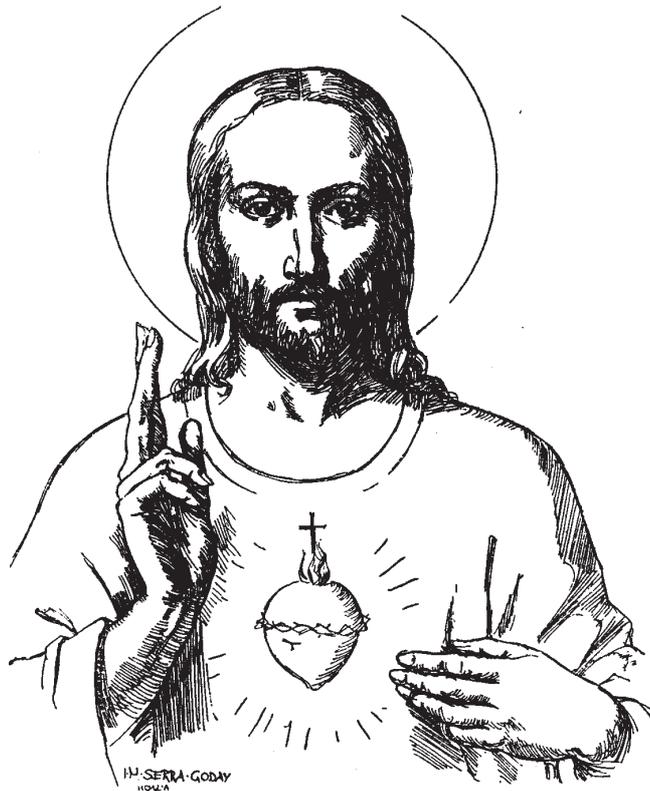
**La gran revolución de Pío XI.
Su rejuvenecimiento de la Iglesia**

PRECISAMENTE por esto fue que, como «estrella de su pontificado», promovió, con estallido, lo que podríamos llamar la «escuela de santa Teresa del Niño Jesús». Y no vio mejor camino para la Iglesia que el de recomendar el de la «infancia espiritual», convencido de la absoluta impotencia de los remedios humanos.

Hoy hablamos siempre de revolución. Todo ha de ser revolucionario.

Y nos olvidamos de la santa revolución, *del rejuvenecimiento* que infiltró Pío XI en la Iglesia, sobre todo desde 1925. Y si hemos de ser sinceros, exclamaríamos, hoy que tanto presumimos de «modernos»:

¡Pero si precisamente la gran revolución, el gran



rejuvenecimiento de la Iglesia, fue, exactamente el de la década de los veinte! ¡«Aggiornamento!» Mucho se ha celebrado esta palabra.

Pero, ¿cabe mejor «aggiornamento» que el que ya debíamos a Pío XI? ¿Ha habido otro mejor en la historia de la Iglesia? Porque, a decir verdad, muchas veces hoy, mirando alrededor nuestro, creemos que en muchas cosas parecemos haber vuelto atrás; ¿no seremos retrógrados, presumiendo de nuevos, de audaces, de modernos?

¡Qué celestial empujón, qué maravilla, Pío XI! Y, por encima de todo, coronándolo todo, su mayor descubrimiento, la mayor audacia del Papa grande, proclamando esta sublime idea-fuerza: ¡CRISTO REY!

Ante este mundo deshecho, laicizado, el Pontífice (como antaño lo hiciera en las cumbres de los Alpes), clavaba su estandarte: ahora, el de la bandera de la ¡REALEZA DE CRISTO! Y, sobre el laicismo, la incredulidad y la conjura del Infierno, tremolando una bandera: en la que, para él, Sagrado Corazón de Jesús y Cristo Rey serán una sola divina cosa.

Que solo la aceptación del amor –el Corazón– y de su divino e inefable dominio –la realeza– podían sanar esta triste humanidad, al borde del abismo.

¡«La paz de Cristo, EN EL REINO DE CRISTO»!

No en vano en su explanación, en el inicio de su encíclica, el Papa exclama con el Profeta: «Esperábamos la paz, y este bien no vino!», lamentando la absoluta falta de cumplimientos de tantas falsas promesas espejismo de la primera posguerra: quiebra de todo –lo hemos visto en nuestros artículos– pero absolutamente de todo: en lo moral, en lo social, en

lo político, hasta en lo intelectual. No digamos en lo religioso.

Y, cosa realmente aún más notable, que nos causa especial emoción: ya en dicha exhortación nos habla de una primera intención suya de convocar un concilio ecuménico: pero declara que aún no era llegada la hora (la misma arrastrada «Cuestión romana» que el gran Papa había de superar, era un fatal e infecundo estorbo). Pero ello no es obstáculo para que termine –para comenzar siempre, otra vez–, con el mismo celestial eslogan ecuménico que, éste sí, lo es, y lo ha sido, y lo será siempre: «¡y oirán mi voz, y se formará un solo redil, y un solo Pastor!» (Jn 10,16). Pío XI había ya desbrozado el camino. Nos lo señalaba. Y su santa energía iba a dar su fruto. ¿Cómo?

Con la encíclica (osaríamos decir, una de las mayores, entre las mayores de la historia de la Iglesia) que preparaba, en aquellos tiempos en que Europa apenas acababa de reponerse de las tragedias y ruinas de la pasada gran guerra; cuando los fascismos asomaban; cuando el comunismo se arraigaba irreversiblemente, cuando Asia despertaba, cuando el mundo todo ya se transformaba tras aquel aún reciente 1917 trascendental...

Con aquella inmortal encíclica, que comentaremos y gustaremos D. m. en nuestro próximo artículo:

LA ENCÍCLICA *QUAS PRIMAS*, que nosotros, atrevidamente, rogando humildes se nos perdone la audacia, ¡osamos proclamar como la auténtica «CARTA MAGNA DE CRISTO REY»!

Santa Teresa de Lisieux y la devoción al Sagrado Corazón en nuestro tiempo

JOSÉ FZ. DE RETANA, S.I.

FIADA en la promesa de su fundador, la Iglesia va superando una tras otra todas las herejías. Sin embargo, siempre quedan restos de ellas en la vida de los fieles. Pasaron ya muchos siglos de la herejía pelagiana, pero son muchos los que siguen creyendo que la santidad es asunto de puños. Sólo cuando avanzan en la vida espiritual se persuaden que es, sobre todo, obra de rodillas.

En muchas de estas personas, sobre todo en la vida religiosa, la conversión gira sobre dos goznes: el culto al Sagrado Corazón y la devoción a santa Teresa del Niño Jesús. En ambos un denominador común: la confianza.

Pero la confianza no podía ser más que un indicador. En frase de Pío X, Teresa es la mayor santa de los tiempos modernos. Pío XI diría más tarde de la devoción al Sagrado Corazón que es la norma de vida más perfecta. ¿Podrá la santa carmelita ignorar esta devoción? Lectores superficiales, no sabemos con qué intención, no han vacilado en afirmarlo. Fácil cosa es probar la falsedad de este enunciado. Nosotros vamos más lejos.

Presentamos a santa Teresa del Niño Jesús como un modelo acabado y perfecto de esta devoción y especialmente para nuestros días.

En el alma de Teresa Martin hay una disposición primitiva que será siempre fundamental: el amor de Dios. Pero el Dios que ama Teresa con todo su corazón no es un Dios abstracto, el dios de los filósofos y de los sabios. Es el Dios hecho hombre: El Verbo Encarnado. Contemplando su evangelio aprende la esencia del amor. A nuestra generación pagada de sus progresos técnicos, pero que no sabe encontrar paz, le sale al paso y le dice: lo propio del amor es abajarse. Nadie hasta ahora había dado una definición tan profunda. San Juan había dicho: «Dios es amor». Teresa de la conducta de Dios deduce: lo propio del amor es abajarse. Ella por eso será «un granito de arena».

Este amor no es en ella un sentimiento, una emoción, una ternura de corazón compatible con todas las debilidades, todos los caprichos de la infancia. Es en ella algo del orden de la voluntad mucho más que del orden sensible. Cristaliza en una docilidad perfecta a la voluntad de Dios que le permitirá decir:

«Desde los tres años no he negado nada a Dios».¹

En esta fórmula negativa, pero de contenido positivo, se define una situación psicológica de esencia mística. Se declara que toda la iniciativa de esta conducta pertenece a Dios. Así Teresa, desde el primer ejercicio de su amor a Dios, ha sabido que su decisión no era más que una respuesta, pues ella había sido amada primero.

Pero ¿qué amor es éste que ha obsesionado a Teresa durante su vida? Ella misma nos lo dice en carta de 21 de junio de 1897 al *abbé* Bellière:

«¡Ah!, querido hermano, desde que se me ha dado comprender el amor del Corazón de Jesús, confieso que he arrojado de mi corazón todo temor».²

Teresa de Lisieux siente, pues, en ella esa llama de amor devorador. Mística profunda, sabe que todo cuanto es y cuanto tiene es un don de su divino Esposo. El clima es indicado para el deseo espontáneo de entrega y de consagración. Una consagración que sólo puede hacerse al Amor. Tal es su «Acto de ofrenda al Amor misericordioso», que llevará siempre sobre su pecho. En ella pide al Padre, apoyándose en que siendo Jesús su Esposo todos los méritos de Él son suyos, que no le mire ya sino a través del Corazón de Jesús ardiendo de amor. Y más adelante insiste en que lo que les mueve a la consagración no es el reunir méritos para el cielo, sino consolar al Sagrado Corazón. La entrega total y la intención reparadora hacen de ella una fórmula perfectísima.

La santa carmelita intuye como san Ignacio las maravillas que haría Dios en las almas si éstas no les pusieran impedimentos. Y Teresa sabe que Dios le llama a una gran santidad. Pronto pisotea el mundo y las criaturas. Es cota fácil de superar en la vida religiosa. Pero hay otro pedestal que derribar: el amor propio. Ella nos dirá del suyo que lo tenía exagerado, sólo porque a la edad de tres años no quiso ganar cinco céntimos que su madre le ofrecía por besar el suelo. A él atribuye en su humildad el no volver a caer en la misma falta. Muchas veces, como

1. *Manuscritos autobiográficos*. Ms C, folio 35 r.

2. Cf. o. c., Ms A, folio 70 r - 74 r.



los que preceden a su profesión, no pasan de ser primeros movimientos. No importa. Teresa ha entendido a la perfección el dicho de san Agustín: «el abandono es el fruto delicioso del amor». Hasta qué punto lo penetró Teresa nos lo dice con elocuencia su carta de fin de abril de 1890 a su hermana Sor Inés:

«¡Oh, cómo desea (el grano de arena), ser reducido a nada, desconocido de todas las criaturas, pobre, pequeño, no desea ya nada, nada más que el olvido...! ¡Nada de desprecios, ni injurias, sería demasiado para un grano de arena! Sí, deseo ser olvidada y no sólo de las criaturas, sino también de mí misma. Quisiera de tal manera ser reducida a la nada que no tenga ya ningún deseo...».³

Nos resulta costoso interrumpir la cita, pero lo hacemos para seguir leyendo unos días después:

«Que el grano de arena esté siempre en su sitio, es decir a los pies de todos. Que nadie piense en él;

3. Cf. o. c., Ms C, folio 22 r - 22 v.

que su existencia sea por decido así ignorada..., el grano de arena no desea ser humillado. Esto es demasiado glorioso pues habría que ocuparse de él. No, desea otra cosa: SER OLVIDADA, TENIDA POR NADA. Pero desea ser vista por Jesús» (4).

¿Pero dónde se esconderá Teresa para lograr sus deseos? Ella misma nos lo dice glosando la frase de san Agustín, en una poesía que titula *Abandono*:

El abandono me entrega
En tus brazos dulce Esposo
y el pan de los elegidos
Me da y con él me conforto.
Gustándolo, ya otra cosa
En el mundo no ambiciono,
que una mirada divina
De los más divinos ojos.
Y después de sonreírte
Me recuesto y me abandono
En tu Corazón, diciéndote
Que aun dormida, yo te adoro.⁵

Cuan perfecto fuese este abandono en el Sagrado Corazón lo proclama a los cuatro vientos aquella paz íntima que constituye como la herencia de Teresa y que es el fruto inmediato del alma que olvidada totalmente de sí no tiene ya nada que perder.

Aunque encerrada en su convento desde los quince años, Teresa Martín sabe lo que algunos teólogos quieren ignorar hoy. En el mundo existe el pecado. Y este pecado exige expiación. Por eso en ella junto al amor florece el sufrimiento. Es que —escribe a su hermana Celina— «existe un amor cuya única prenda son las lágrimas».⁶ Sus cartas son un tratado perfecto de la cruz. Tan identificada está su vida con el sufrimiento, que escribe al *abbé* Bellière:

«El sufrimiento unido al amor es lo único que me parece deseable en el valle de lágrimas. Es cierto que la cruz me ha seguido desde la cuna, pero esta cruz, Jesús me la ha hecho amar con pasión».⁷

Y al día siguiente, 14 de julio de 1897, descubre ingenuamente al padre Roulland el problema que el sufrimiento le plantea:

«Desde hace tiempo el sufrimiento se ha hecho mi cielo aquí abajo. Y me cuesta concebir cómo podré aclimatarme en un país en que reina la alegría sin ninguna mezcla de tristeza. Será preciso que Jesús transforme mi alma y le dé capacidad de gozar. Si no, no podré soportar las delicias eternas».⁸

4. Cf. o. c., Ms C, folio 36 r.

5. Carta de 18 julio de 1897 al *abbé* Bellière.

6. *Novissima verba*, 11.7.3

7. Folio 84 r».

8. Folio 84 r.

Pero el hacer de su vida un continuo sacrificio, un martirio de amor, es para consolar a Jesús. Alma intensamente mística, siente como suyos los sufrimientos de Jesús y necesita expansionarse. Por eso el consolar a Jesús será el tema preferido de sus cartas a Celina. Además para Teresa consolar a Jesús es salvarle almas. Sabe que el cristianismo no es una idea muerta. Es vida que se perpetúa en el Cuerpo Místico que es la Iglesia. Y aunque en su oración y sacrificios ocupen un lugar eminente los sacerdotes por ser los pescadores de almas, sabe también que la Iglesia no son sólo los curas y que Dios concertó el cuerpo dando mayor honor a los que más lo necesitaban. Por eso sus predilectos serán los infieles y los descreídos. Y como en la actual providencia no hay redención sin encarnación, vivirá íntimamente la noche de la fe. Esta será su forma suprema de reparación:

«Vivir tras ese muro que se alza hasta los cielos y que oculta el firmamento estrellado».⁹

Su inmolación es silenciosa. Sólo su priora y su confesor conocen sus sufrimientos. Por eso no es una revelación para su hermana Paulina oírle exclamar:

«Nunca hubiera creído que se pudiese sufrir tanto. ¡Nunca! ¡Nunca! No me lo puedo explicar sino por los ardientes deseos que he tenido de salvar almas...».¹⁰

Sólo nos queda escuchar de ella misma cuál fue el altar de su sacrificio:

Para contemplar tu gloria cara a cara y sin cen-
[dales
Pasar debo por las llamas de un incendio abrasa-
[dor.
Yo escogí por purgatorio tus entrañas paternas
Ese Corazón Sagrado, Volcán vivo del amor.¹¹

Al sorprender en Teresa el amor, la consagración y la reparación, nos hemos topado frecuentemente con el Corazón de Jesús. Es el tema preferido de sus poesías. En ellas encontramos con sorpresa que lo es todo para ella. Unas veces, como en «Mi cántico de hoy», dirá:

Ocúltame en tu pecho y allí no habrá temores
Del pérfido enemigo que ronda mi mansión
Que sea mi morada y hogar de mis amores
Tu santo Corazón.¹²

9. Acto de ofrenda, o. c., 318.

10. O. c., Ms B, folio 1 v.

11. O. c., Ms B, folio 1 r.

12. O. c., Ms C, 36 v.

Otras veces, como en «Vivir de Amor», la imagen es dinámica:

En tu gran Corazón mar de dulzura
Navega el mío a velas desplegadas
Ligera surco el mar con mi tesoro
Llevo de lastre amor, y amor de carga.¹³

La misma imagen del mar, ahora agitado, se repite en «Acuérdame mi Amor». Pero nos interesa más en ella ver cómo Teresa, mística profunda, nos señala cómo ha de realizarse nuestra respuesta al amor:

Mas si me das tu Corazón amado
Con Él te podré amar cuanto yo quiera
Con Él te sabré amar hasta que muera.¹⁴

Sabiendo lo que en la vida de Teresa representa el Amor, y oyéndola en la poesía «A mis hermanitos del cielo»:

Oh capullos perfumados recogidos en la aurora
De la flor el sol bello que os despliega, que os
[matiza y os colora
Es el Corazón divino. Sol ardiente del Amor.¹⁵

.. no es necesario multiplicar las citas. Sólo añadiremos que su poesía «Al Sagrado Corazón», larga de 16 estrofas de verso mayor, es una síntesis poética, mediocre de forma, profunda de inspiración mística, de su manera original entonces de ver esta devoción. Pero de esta aportación personal extraordinaria de Teresa a la devoción al Sagrado Corazón hablaremos más adelante.

Del examen de sus cartas se deduce que le eran muy familiares la vida y las apariciones del Sagrado Corazón a santa Margarita María. Una de sus tías había sido visitandina, y su hermana Leonia, tras varios intentos, profesó finalmente, en la Visitación de Caen.

Encontramos en ellas con frecuencia esta expresión de despedida:

«Queda muy unida en el Corazón de Jesús...».¹⁶

Es natural que sean sus cartas más íntimas las que aborden este tema que exige cierta temperatura espiritual. Se encuentra a menudo en la correspondencia con sus tíos, la familia Guérin. A su prima María Guérin, luego sor María de la Eucaristía, escribe:

13. Id., p. 652.

14. Id., p. 669.

15. O. c. Poesías, p. 715.

16. Cartas, 130, 136, 153, 187, 188, 201, 202.

«Estoy segura que mi pequeña María está muy adelantada en su Corazón».¹⁷

Y cuando más tarde, aquejada de escrúpulos, acuda en demanda de auxilio a Teresa ésta le contestará:

«Lo que más ofende a Jesús, lo que le hiere en el Corazón, es la falta de confianza».¹⁸

A su tía escribe para su santo:

«Es lo que pedía hace un momento (en la comunión) a aquel cuyo Corazón golpeaba al unísono del mío».¹⁹

Y al año siguiente, cuando la enfermedad de su padre llega a la cima insiste en la felicitación de año nuevo:

«Considerando el tiempo que acaba de pasar doy gracias a Dios, pues si su mano nos ha presentado un cáliz de amargura, su Corazón divino ha sabido sostenemos en la prueba y nos ha dado la fuerza necesaria para beber su cáliz hasta las heces».²⁰

Y cuando quiere agradecerle sus cuidados maternales desde la muerte de su madre:

«Yo sé muy bien que Dios ha puesto algo del amor que desborda su Corazón en el corazón de las madres...».²¹

Es natural que el Sagrado Corazón centre toda su correspondencia con su hermana Leonia. Cuando el 23 de junio de 1893 entra por segunda vez en la Visitación, Teresa le felicita:

«Jesús ha extendido su mano divina y tomando a su prometida la ha colocado sobre su Corazón, en el tabernáculo de su Amor».²²

Más tarde le expone su «Caminito» como algo muy del Corazón de Jesús:

«Cómo temer a Aquel que se deja encadenar por un cabello que vuela sobre nuestro cuello (Cantar de los Cantares, 4, 9). Sepamos pues retener a este Dios que se hace mendigo por nuestro amor. Diciéndonos que es un cabello lo que puede obrar este prodigio, nos enseña que las acciones más peque-

ñas, hechas por amor, son las que encantan su Corazón».²³

No podía faltar este tema en las cartas más íntimas de Teresa, las cartas a Celina.

«El que ama a Jesús encuentra en este Corazón único, que no tiene nada semejante, todo lo que desea. Encuentra en Él su cielo».²⁴

Su carta de 14 de octubre de 1890, cuando Celina peregrina a Paray en el segundo centenario de santa Margarita, entreabre una rendija para penetrar el profundo misterio de Teresa:

«Ruega mucho al Sagrado Corazón. Sabes, yo no veo el Sagrado Corazón como los demás. Pienso que el Corazón de mi esposo, es sólo mío, como el mío es de Él, y yo le hablo entonces, en la soledad de este delicioso corazón a corazón, esperando contemplarle un día cara a cara».²⁵

Consciente también de la eficacia de esta devoción, la siembra oportuna e importuna a sus hermanos misioneros. Escribe al *abbé* Bellière: matizándole perfectísimamente su manera personal de ver esta devoción:

«Cuando veo a Magdalena avanzar entre los numerosos convidados, regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado que toca por vez primera, siento que su Corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del Corazón de Jesús, y que, pecadora como es, este Corazón de amor, está no solamente dispuesto a perdonarle, sino aun a prodigarle los beneficios de su intimidad divina, a elevarla hasta las más altas cumbres de la contemplación».²⁶

Más tarde, el 18 de julio de 1897, le anima:

«Ah, ¿cómo haceros comprenderr la ternura del Corazón de Jesús, lo que Él espera de Ud?».²⁷

Y ocho días después insiste de nuevo:

«Hace tiempo olvidó Él sus infidelidades. Sólo vuestros deseos de perfección están presentes para regocijar su Corazón»... El Corazón divino se entristece más por las mil pequeñas indelicadezas de sus amigos que de las faltas, aun graves, que cometen las personas del mundo».²⁸

17. Cartas, 37.

18. Cartas, 71.

19. Cartas, 42.

20. Cartas, 78.

21. Cartas, 131.

22. Cartas, 126.

23. Cartas, 171.

24. Cartas, 109.

25. Cartas, 102.

26. Cartas, 220.

27. Cartas, 229.

28. Cartas, 231.

Acabamos de ver que lo mismo en sus cartas que en sus poesías, la expresión Sagrado Corazón representa unas veces la persona total de Jesús, pero iluminada siempre por la antorcha del amor. Otras veces, sobre todo en la comunión, ese Corazón golpea al unísono del suyo. La cosa es, pues, tan evidente que es necesaria mala voluntad o un desconocimiento total del epistolario y de las poesías.

El 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Trinidad, Teresa se ofrece como víctima de holocausto al Amor misericordioso. Ella misma nos dice en su fórmula el móvil de este acto de ofrenda:

«No quiero reunir méritos para el cielo, quiero trabajar por vuestro solo amor, con el único fin de agradaros, de consolar a vuestro Corazón Sagrado y salvar almas que os amarán eternamente.»²⁹

A fin de vivir en un acto de perfecto amor, ME OFREZCO COMO VÍCTIMA A VUESTRO AMOR MISERICORDIOSO, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando desbordar en mi alma, las olas de infinita ternura que se encierran en Vos y que así me hagan mártir de vuestro Amor, ¡Oh Dios mío!».³⁰

Analicemos la maniobra de Teresa. El Corazón de Jesús es un océano de amor. Pero las almas no se dejan invadir por este amor. Unos le rechazan, otros permanecen indiferentes. Teresa se ofrecerá como víctima, no para recibir los golpes de la Justicia, sino para sumergirse en el torrente de amor infinito represado en el Corazón de Cristo. Sabe que eso es el martirio. Pero todo eso es accesorio. Lo importante es que el Amor Misericordioso de Dios tenga al menos un alma donde pueda volcarse sin medida. Por eso ella no se inmola ni a la Justicia ni a la Misericordia. Su ofrenda será al AMOR.

Queda bien claro que el tema del Amor misericordioso es para nosotros el principio supremo de inteligibilidad de los manuscritos autobiográficos, al mismo tiempo que la llave de oro que nos abre el alma de Teresa. Es también el eje en torno del cual girará la devoción al Sagrado Corazón en adelante y la puerta grande por la que entrarán en Él todos los agobiados con trabajos y cargas.

Al terminar nuestro recorrido de los elementos esenciales de la devoción al Sagrado Corazón en santa Teresa del Niño Jesús, nos encontramos de nuevo en el punto de partida: la confianza. Su importancia en esta devoción la ha comprendido muy bien el pueblo cristiano al plasmarla en la jaculatoria milagrosa: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío».

No sólo el pueblo. Santa Margarita María, el apóstol

del Sagrado Corazón, es a la vez vocero infatigable de la confianza. De todos conocido es el «Acto de Confianza al Sagrado Corazón», de Claudio Colombière. ¿Qué extraño, pues, que Teresa, la doctora de la confianza, haya penetrado hasta lo más hondo del Corazón divino? Ya vimos que a su prima María Guérin le escribe para consolarla de sus escrúpulos: «Lo que más ofende a Jesús, lo que más le hiere en el Corazón es la falta de confianza».³¹

«La santidad —dice Teresa— no consiste en talo cual ejercicio virtuoso, sino en una disposición del corazón que nos hace humildes y niños en brazos de Dios, conscientes de nuestra flaqueza y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre».³² En esta confianza audaz pone Teresa uno de los fundamentos de la santidad y esta nota de audacia, que es como el coronamiento de las tres virtudes teologales, es también una de las cumbres más elevadas de la devoción al Sagrado Corazón. A él se refiere en aquellas atrevidas líneas, que su hermana sor Inés no se atrevió a publicar, pero que hoy el texto autógrafo nos permite saborear plenamente:

«Querida hermana, comprended por favor a vuestra hija, comprended que para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil es uno, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de ese Amor que consume y transforma. El sólo deseo de ser víctima basta, pero es preciso consentir en permanecer siempre pobre y sin fuerza, y esto es lo difícil, pues ¿dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu? Es preciso encontrarle muy lejos, dice el salmista. No dice que hay que encontrarlo entre las almas grandes, sino muy lejos, es decir en la bajeza, en la nada».³³

Tras esta síntesis de la devoción al Sagrado Corazón en santa Teresa del Niño Jesús, señalemos brevemente las aportaciones y matices con que ella la enriquece. Más cerca de nosotros en el tiempo, su modo de expresión está libre de ese barroquismo que se manifiesta en los escritos de otros devotos y que alcanza su máxima expresión en nuestro padre Hoyos. Nada de esto se encuentra en Teresa cuya prosa sencilla se lee con agrado. Aparece también su profundo humanismo y el lector se consuela al ver en ella las mismas luchas y la misma impotencia que él también experimenta. Por todo ello santa Teresa se hace amable. Ya lo había predicho ella cuando, al releer sus cuadernos en el lecho de muerte, decía a su hermana Paulina:

31. Cartas, 71.

32. O. c. Novissima verba, p. 417.

33. Cartas, 176, p. 341.

29. Cartas, Acto de Ofrenda, p. 444.

30. Cartas, Acto de Ofrenda, p. 445.

«Estas páginas serán muy edificantes...
Todo el mundo me amaré».³⁴

Sabe penetrar a través del Corazón toda la vida intelectual y afectiva de Jesús, pero evita la imposición machacona del símbolo y toda repetición innecesaria de la expresión Sagrado Corazón, que constituye para muchos un obstáculo de esta devoción. Conocedora profunda del Corazón de Dios, sabe que este culto es el tesoro escondido del Evangelio. Por eso el tratar de Él exige un clima de fervor e intimidad que no se da en todas las ocasiones. Se sirve también, para llegar al Corazón, de la Santa Faz. Si el rostro es el espejo del alma, la faz del más hermoso de los hombres será también reflejo de un Corazón de belleza infinita. A través del rostro penetró hasta lo más íntimo del Corazón de Cristo, como él mismo lo atestigua, el santo portero san Alonso Rodríguez.

Teólogo profundo, alcanza por un lado la esencia última de la criatura, su contingencia. Y al encontrarse con su nada comprende que todo ha de recibirlo. Por eso, el trampolín para su salto de la nada hasta el Corazón de Dios es su confianza. Una confianza tanto más audaz cuanto mayor es el profundo sentimiento de su miseria. Por otro lado llega a la definición misma del Dios de la revelación: Dios es Amor. Y al examinar la conducta del Dios hecho hombre en el Evangelio, deduce por una inducción tan completa como puede desear que lo propio del amor es abajarse. Ya está justificada su audacia. Cuando más deba abajarse Dios, más amor. Por eso ella no aspira a otra cosa que a ser un grano de arena escondido en la Santa Faz.

Las consecuencias de esta intuición teológica son fecundísimas. El no tener nada que ofrecer, no es un obstáculo, antes un estímulo, para una consagración que, hecha al Corazón de Jesús, es una consagración al Amor, que busca precisamente la nada. A este Amor responde Teresa no con una entrega de sierva como santa Margarita, sino de esposa, que supone mucha mayor intimidad y confianza.

La reparación, el coco de la devoción, al ir precedida por la confianza, la hace Él y nosotros ayu-

dados por Él. Así a la vez que se evita el peligro de propia suficiencia y de pelagianismo, se vence por el apoyo en Él el temor de nuestra carne flaca al sufrimiento. Esta reparación es ante todo para Teresa consolar a Jesús. Y esta mística eminentemente objetiva entiende que consolar a Jesús es salvarle almas. En primer lugar las de los sacerdotes, pescadores de almas, atendiendo así a la eficiencia. Después las de los ateos y paganos que viven la noche de la fe. Todo ello muy conforme con el sentido religioso de nuestros días.

Finalmente, Teresa, guiada única y exclusivamente por el mismo Jesús, cuando el Amor pida una víctima, no se inmolará en el altar de la Justicia, como la santa de Paray-le-Monial, sino en el de la Misericordia. Pero ¿cómo concibe ella la misericordia? Los grandes santos manejan conceptos mucho más ricos que los nuestros. El estudio profundo de san Pablo nos enseña que el concepto de Justicia de Dios, que él ofrece en sus cartas, está muy lejos del «sum cuique» que nosotros imaginamos. Lo mismo ocurre en Teresa. Su concepto de misericordia no es un concepto estrecho de comprensión, que presupone miseria y acude a su remedio. Teresa habla de una misericordia identificada con el Amor, amplia, preveniente, que atiende no sólo la desgracia sino los mínimos deseos del alma, misericordia que se reconoce hasta en el gesto creador y en toda iniciativa divina.

La puerta, que es la herida de ese Corazón que tanto ha amado a los hombres, no tiene ya las proporciones, enormes sí, pero limitadas que le señala la justicia. La misericordia dilatará hasta el infinito, no sólo la altura y la anchura del brocal, sino también la profundidad de ese inmenso abismo de Amor. Así, con esta proyección de infinitud, santa Teresa del Niño Jesús se nos brinda hoy, aun a los más miserables pecadores, como guía experimentado y seguro, al par que atrayente «*Ut possimus comprehendere eum omnibus sanctis, quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas et profundum: Scire etiam supereminentem scientiae caritatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem dei*».³⁵

34. O. c. Novissima verba, p. 414.

35. Eph. 3, 18-19.



El Corazón de Jesús, escuela del cristiano

JUAN PABLO II

CORAZÓN de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, ten piedad de nosotros.»

Así rezamos en las letanías al Sagrado Corazón de Jesús.

Esta invocación se refiere directamente al misterio que meditamos, al rezar el *Angelus Domini*: por obra del Espíritu Santo fue formada en el seno de la Virgen de Nazaret la Humanidad de Cristo, Hijo del Eterno Padre.

¡Por obra del Espíritu Santo fue formado en esta Humanidad el Corazón!

El corazón, que es el órgano central del organismo humano de Cristo y, a la vez, el verdadero símbolo de su vida interior: del pensamiento, de la voluntad, de los sentimientos. Mediante este corazón la humanidad de Cristo es, de modo particular, «el templo de Dios» y, al mismo tiempo, mediante este corazón, está incesantemente abierta al hombre y a todo lo que es «humano».

«Corazón de Jesús de cuya plenitud todos hemos recibido.»

El mes de junio está dedicado, de modo especial, a la veneración del Corazón divino. No sólo un día, la fiesta litúrgica que, de ordinario, cae en junio, sino todos los días. Con esto se vincula la devota práctica de rezar o cantar cotidianamente las letanías al Sacratísimo Corazón de Jesús. Es la oración maravillosa, integralmente centrada en el misterio interior de Cristo: Dios-Hombre. Las letanías del Corazón de

Jesús se inspiran abundantemente en las fuentes bíblicas y, al mismo tiempo, reflejan las experiencias más profundas de los corazones humanos. Son, a la vez, oración de veneración y de diálogo auténtico.

Hablamos en ellas del corazón y, al mismo tiempo, dejamos a los corazones hablar con este único Corazón, que es «fuente de vida y de santidad» y

«deseo de los collados eternos». Con el Corazón que es «paciente y lleno de misericordia» y «generoso para todos los que le invocan».

Esta oración, rezada y meditada, se convierte en una verdadera escuela del hombre interior: la escuela del cristiano.

La solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús nos recuerda, sobre todo, los momentos en que este Corazón fue «traspasado por la lanza» y, mediante esto, abierto de manera «visible» al hombre y al mundo.

Al rezar las letanías –y en general al venerar al Corazón divino– conocemos el misterio de la redención en toda su divina y, a la vez, humana profundidad.

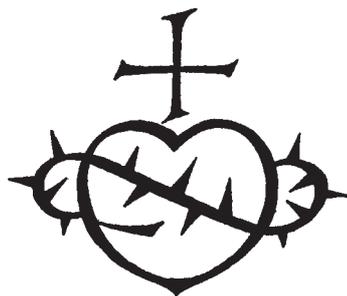
Simultáneamente, nos hacemos sensibles a la necesidad de reparación.

Cristo nos abre su Corazón para que nos unamos con Él en su reparación por la salvación del mundo. Hablar del Corazón traspasado es decir toda la verdad de su Evangelio y de la Pascua.

Tratemos de captar cada vez mejor este lenguaje. Aprendámoslo.



Juan Pablo II reza ante las reliquias de santa Margarita



«... al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar»

JUAN XXIII

LA liturgia propone hoy a nuestra veneración la luminosa memoria de santa Margarita María Alacoque, que recibió y difundió el testimonio del sacratísimo Corazón de Jesús. Nueva luz y llama vital suscitada por el Señor para contrarrestar, providencialmente, la frialdad de los tiempos, proponer de nuevo a los hombres la realidad del infinito amor de Jesucristo hacia nosotros, y abrir, así, una nueva época de gozo para todas las almas.

Un altar de este mismo templo, admirable obra de mosaico, representa precisamente, la importante aparición del Sagrado Corazón a la privilegiada religiosa de la Visitación; instituto ideado y dirigido por dos insignes seguidores de la perfección evangélica: san Francisco de Sales y santa Juana Francisca Frémiot de Chantal.

Siempre es altamente provechoso seguir los rasgos de la sabiduría amorosísima de Nuestro Señor Jesucristo en sus misteriosos y admirables llamamientos a las almas.

Margarita María Alacoque era una humilde monja, ajena a veleidades y pretensiones, de corazón sincero, abierto sin reserva alguna a las efusiones de la gracia. El Señor estimó estas disposiciones de angelical pureza, encantadora sencillez y absoluta renuncia a todo cálculo humano. Sucedió pues que, justamente mientras la fiel religiosa estaba ocupada en menesteres fútiles de por sí y casi inútiles – pero con todo el mérito de la obediencia– en el huerto del monasterio, recibió el favor de extraordinarias revelaciones en relación además con el sublime apostolado que el Maestro iba a pedirle: la devoción y glorificación de los misterios de caridad del Sagrado Corazón.

La respuesta al deseo divino fue inmediata; diligente y general la propagación del novísimo homenaje a Jesús, no faltando sin embargo oposición, como sucede siempre en el mundo, de las personas que buscan hacer prevalecer su personal criterio. Pero al fin triunfó en todo la caridad y el ferviente

amor por parte de las almas. La devoción al Sagrado Corazón ha traído beneficios incalculables a la Iglesia y a la humanidad. Bien puede afirmarlo nuestra época que tiene la ventaja de una comprensión más consciente y de un mayor arrojo sobre la época en que vivió la Santa.

Lo que no significa que ahora venga disminuida la tentación del antiguo adversario o que la fascinación del mundo sea menos insidiosa. Al contrario. Sin embargo conocen bien los fieles los caminos de la gracia, las infalibles ayudas dispensadas por el Redentor, la belleza y suavidad del recurso constante a la poderosísima intercesión de María, nuestra Madre, que tiene siempre abiertos sus brazos para nosotros, nos conforta y consuela y obtiene para todos nosotros, de su divino Hijo, los dones más aptos y preciosos.

Hay una frase –pronunciada por santa Margarita María en el momento de su edificante tránsito a la bienaventuranza eterna– que ha profundamente impresionado al Santo Padre ya desde su infancia, desde que en su propia familia ejemplarmente cristiana, Él oía hablar de la devoción al Sagrado Corazón y participaba en las piadosas prácticas que le atañen. Las palabras son éstas: «¡Oh, qué delicia morir después de haber tenido una constante devoción al Sagrado Corazón de Aquel que nos debe juzgar!».

Esta profunda sentencia recomienda ahora el Papa a todos sus hijos en el Señor. Ella dará por todas partes consoladores resultados, no sólo porque implícitamente implora gracias singulares, sino también porque educa los corazones para afrontar bien las necesidades de los actuales tiempos, vivificando anhelos y actos en el espíritu de Jesús, que es verdad, justicia, misericordia, elevación de todo sufrimiento. En una palabra: se eleva un himno constante y maravilloso a la Bondad divina.



Actas del II Concilio de Tarragona (1738) solicitando al papa Clemente XII la extensión para España del culto eclesiástico del Sagrado Corazón

«El precitado Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo expuso y propuso a este sagrado Concilio (se dice en sus Actas) las cosas siguientes, conviene a saber: –Que, en atención a que el Rey N. Señor tenía suplicada a Su Santidad la gracia de la concesión del rezo y misa del Sagrado Corazón de Jesús para estos sus reinos de España, y que al mismo fin habían pasado también sus rendidas súplicas a Su Beatitud muchos de los Sres. prelados, y que, experimentándose cuán piadosa y fervorosamente va extendiéndose el culto y veneración de los fieles en estos reinos, y especialmente en este nuestro Principado de Cataluña, a esta tan loable devoción, no debiéndose dudar que, obteniéndose la concesión referida del rezo y misa, sería medio el más conducente y eficaz para establecerse, con mayor progreso y consuelo de los fieles, este devoto y piadoso culto: le parecía que sería muy propio y correspondiente al celo del sagrado Concilio el interesarse concurriendo con sus reverentes preces a Su Santidad, a fin de obtener esta gracia de la Santa Sede.

«Decreto. - Luego de haberse formulado esta exposición y proposición, dicho Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, con aprobación del dicho sacro Concilio, decretó que se hiciese una representación a Su Santidad acerca de lo expresado y contenido en dicha exposición, alegando los motivos y razones que allí se contienen y expresan.

«Sigue la representación hecha por vigor de dicha resolución, y dirigida a N. Smo. Sr. el Papa (Clemente XII). – Beatísimo Padre: Reunidos en pleno sínodo, según costumbre, y deseosos de cumplir con la solicitud pastoral, que nos manda no solamente *velar sobre la custodia de nuestra grey*,¹ sino también salir a la defensa y cuidar del acrecentamiento de la honra de Dios, rogamos con el mayor encarecimiento a Vuestra Santidad se digne hacer extensivo a estos reinos de las Españas el culto eclesiástico del oficio y misa del santísimo Corazón de N. S. Jesucristo, persuadidos como estamos de que nada podría con mejor eficacia contribuir a la mayor gloria de Dios y salud de las almas. ¿Qué cosa, en efecto, más provechosa para los fieles se hallará, ni más agradable ni más acepta a nuestro Dios, que un culto especial de veneración tributado al sacratísimo

Corazón de su *Hijo amado, en quien él puso todas sus complacencias?*² Rehusó el Eterno Padre las *hostias y oblaciones* de la vieja ley: *adaptó* a su Hijo *un cuerpo humano*, en el cual el Corazón de por sí *ofreciese la víctima*, u ofreciese consigo mismo su propio cuerpo *en olor de suavidad*: y así fue como el Hijo desde el primer instante de su Encarnación clamó al Padre: *Dios mío, quise; y en medio de mi Corazón tengo tu ley*.³ Y, en verdad, fuerza nos es confesar que están obligados los nuestros al amantísimo Corazón del Hijo de Dios: *porque nos amó antes* que le quisiésemos;⁴ porque aunque después de muerto por nosotros, borró las culpas, o *nos ha expiado con su sangre*;⁵ porque de su pábulo sabrosísimo nos alimenta diariamente en el sacramento de su cuerpo, aun a trueque de recibir las injurias de hombres desalmados, *que no discernen sacrílegos el cuerpo del Señor*;⁶ y, en resolución, porque, si bien está en los cielos *sentado a la diestra del Padre*, no por eso deja de difundir benignísimamente por la llaga de su abierto costado las riquezas de su amor sobre toda la tierra, *intercediendo sin cesar por nosotros* cabe del mismo Padre.⁷ Bueno es, por lo tanto, y razón será que nuestros corazones, heridos con las heridas de tanto amor, y atraídos, arrastrados por los estrechos lazos de tanta caridad, se presten a honrar de todas las maneras este dulcísimo Corazón, y a venerarlo con nuevas y exquisitas invenciones, ya que *las suyas* también él *hizo notorias a los pueblos*,⁸ para más y más obligar nuestros corazones e inflamarlos de su llama divina. Ea, pues, Padre Santo, acoged bondadoso y recordad las piadosas preces de nuestro Católico Monarca, y las devotas súplicas de casi todos los prelados españoles, que en igual sentido y desde ha largo tiempo fueron elevadas a esa Santa Sede.⁹ Hallen eco en vuestra audiencia, y cima en vuestra anuen-

2. Matth. III, 17; XVII, 5: II Petr. 1,17.

3. Ps. XXXIX, 7-9: ad Hebr. X, 5-9.

4. I Ioann. IV, 10.

5. Cf. Ioann. XIX, 34: Apoc. 1,5.

6. I ad Coro XI, 29.

7. Ad Rom. VIII, 34.

8. I Paralip. XVI, 8.

9. Véanse arriba los años de 1734 y 1735, donde se encontrará la razón y el tiempo de estas devotas súplicas de casi todos los prelados españoles.

1 Cf. Luc. II, 8.



Dibujo de Ignacio M.^a Serra Goday sobre la imagen central superior del retablo del monasterio de Poblet, obra de Damià Forment (1529)

cia, los fervorosos deseos de los pueblos, que asaz se explican con tantos altares erigidos y tantas fiestas en los más de los lugares, o casi doquiera, solemnizadas en honor del Corazón sagrado. Nosotros, por nuestra parte, también os lo suplicamos en virtud de las razones que llevamos expuestas; y os lo suplicamos, seguros de que atenderéis las oraciones unánimes y ruegos vehementísimos de todos los que formamos este santo sínodo: todo el cual prostrado a los pies de Vuestra Santidad, implora de vuestra mano paternal, juntamente con esta gracia, la bendición apostólica.- Dios óptimo máximo guarde dilatados años a Vuestra Santidad para el felicísimo

régimen de su pueblo.-Tarragona, 13 noviembre de 1738.- Bmo. Padre, - de Vuestra Santidad - humilde y obedientísimo hijo, - el Concilio Provincial Tarraconense.- Pedro Arzobispo, Presidente.- En lugar † del sello.- Por mandado de dicho sagrado Concilio Provincial, - Ignacio Casanova, Notario y Secretario». ¹⁰

10. Está tomada esta traducción de los arts. II y IV de los «Apuntes históricos sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en España desde el año 1733 al 1741», que publicó el padre Fita en *El Mensajero...* (XVII, 313-325; XVII, 73-86).

Los providentes designios de Dios al revelar a los hombres la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA



Grabado a partir del óleo de Batoni procedente de la iglesia del Gesù, de Roma

¿Nació el culto al Corazón de Jesús contra el jansenismo?

EL padre Ramón Orlandis, S.I., en su artículo «¿Somos pesimistas?», publicado en nuestra revista *Cristiandad* en abril de 1947, constataba cómo en el entorno de la sociedad jesuítica barcelonesa de su tiempo no se entendía el Apostolado de la Oración, y afirmaba que ello se debía a una «lamentable incomprensión de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial, y de su fin providencial».

Manténía el padre Orlandis la convicción de que la devoción al Corazón de Jesús tendía a un fin que la hacía providencial para nuestro tiempo; y como

el fin es lo primero a considerar, cuando no se comprende la finalidad a la que se dirige la acción de Dios al revelar el misterio de su Corazón a los hombres, lógicamente, tampoco se comprenderá el sentido de su devoción, ni el de las revelaciones transmitidas para alcanzarlo. ¿Cuál es ese designio providencial cuyo desconocimiento hacía que tantos no comprendieran ya entonces las revelaciones de Paray-le-Monial y la devoción en ellas fundada? El padre Orlandis lo puso como lema y bandera de la revista *Cristiandad* que sus discípulos redactaban: «Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón.»

Advertía el padre Orlandis en la devoción al Corazón de Jesús que se predicaba en ciertos ambien-

tes en los años cuarenta del siglo pasado una selección omisiva de su mensaje, al minimizar o silenciar elementos esenciales de las revelaciones de Paray-le-Monial, que la dejaban devaluada. Veía cómo se iba extendiendo una corriente que, partiendo de considerar optativa la consagración pedida por el Corazón de Jesús, atenuando progresivamente la voz con que el Hijo de Dios se quejaba en Paray-le-Monial del desamor de los hombres, no quería insistir en su súplica de consuelo por este rechazo, ni en dar a conocer sus ansias de que los hombres, confiando sólo en su amor, le dejaran desbordar sobre ellos los torrentes de misericordia que ya no puede contener en su Corazón.

Si la minimización de estos puntos esenciales en la predicación de la devoción al Corazón de Jesús le parecía al padre Orlandis lamentable, tenía por más preocupante la incomprensión del designio providencial que Dios habría tenido al revelarnos la devoción, que se manifestaba en tachar de utópico, o sea, remitiendo al cielo, el cumplimiento de la trascendental promesa del Hijo de Dios de que iba a reinar en el mundo mediante la devoción a su Corazón. La incomprensión de este designio ya no se traduciría en una selección omisiva, sino en un abierto rechazo.

Rechazaban como ilusoria esta esperanzadora promesa que Margarita María reconoce que Jesús le repetía constantemente en sus momentos de desaliento, colmándole de inmensa alegría las palabras: «*ne craignes rien*», «*Je regnerai malgré mes ennemis*», palabras que están grabadas en mármol al pie de su sepulcro en la capilla de las apariciones de Paray-le-Monial.

Temieron algunos que este claro designio de Jesucristo de reinar en la sociedad humana por su Corazón pudiera ser mal entendido en sentido que, sin precisar, llamaban milenarista, y para evitarlo, optaron por interpretar que el anuncio de su reinado no debía entenderse literalmente como social en la tierra, sino que había que referirlo al cielo donde Cristo reinará con todos los bienaventurados por los siglos de los siglos, pues reinar en este mundo resultaba de impensable realización en las coordenadas políticas y religiosas de nuestro mundo moderno. ¿Cabía vislumbrar otro designio o finalidad a la devoción revelada en Paray distinta de la de su reinado social en el mundo por el triunfo de su divino Corazón? Sí, pero para ello había que sustituir el sentido literal y propio de los textos por otro traslativo y figurado, y relativizar su alcance, limitando su lugar y tiempo en función de la situación concreta y para la circunstancia del momento pasado en que se produjeron, sin proyectarlos a los nuestros. Comenzó a extenderse la idea de que la devoción al Corazón de Jesús tiene sólo una dimen-

sión individual, y que su fin fue un providencial antídoto a la herejía jansenista que amenazaba infiltrarse en la Iglesia en los tiempos de las revelaciones de Paray-le-Monial para alejar a los hombres del amor de Dios.

¿Reveló Dios el misterio del Corazón de su divino Hijo para contrarrestar la herejía jansenista?

LA tesis de estos críticos historiadores eclesiásticos sería: como sea que en el siglo XVII, época en que fue revelada la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, se extendía en la Iglesia el peligro de la herejía jansenista que presentaba a un Dios más juez a quien temer que Padre al que amar, la revelación de esta devoción fue el eficaz medio dispensado por la Providencia para contrarrestar tan grave peligro; no recatándose algunos en reconocer como, gracias a la nueva devoción, la herejía quedó reducida a mínimos. Se sustituía así la ocasión por su causa, y la devoción al Corazón de Jesús quedaba circunscrita a puntual antídoto al progreso de una herejía superada, y hoy felizmente inoperante.

Si se admite tal planteamiento, se impone una obligada conclusión: desaparecido el peligro jansenista, gracias a la nueva devoción, introducida en la Iglesia y admitida ya por todos su consoladora doctrina de que Dios es amoroso y misericordioso, carece de sentido mantener la devoción al Corazón de Jesús como devoción preceptiva, por lo que procedería relegarla al archivo de lo opcional, como una más de las venerables y obsoletas devociones que practicaron tan entrañablemente nuestros piadosos antepasados. Breve: la devoción al Corazón de Jesús, cumplida su misión, debe relegarse al baúl de los piadosos recuerdos agradecidos.

Dios es el Señor de la historia que la conduce al fin que su eterna Sabiduría ha dispuesto en su designio redentor, contando para ello con la libre cooperación u oposición de los hombres, pero modernos historiadores eclesiásticos prefieren explicar los acontecimientos determinándolos, o al menos condicionándolos necesariamente sólo a las circunstancias políticas, religiosas, sociales y económicas de su tiempo. Así ven en el jansenismo la causa y razón de la aparición en el siglo XVII de la devoción al Corazón de Jesús. Esta justificación nos parece inexacta, reductiva y desorientadora respecto a los designios de la Providencia redentora al revelarnos en un momento de la historia humana parte del insondable e inefable misterio que encierra la devoción al Corazón de Jesús y, en definitiva, desconocedora de su genuina esencia.

¿Combatían los jansenistas la devoción al Corazón de Jesús por jesuítica?

VARIAS SON las razones que alegan los que atribuyen a la devoción al Corazón de Jesús una finalidad antijansenista. La primera sería la acerba y continua oposición con que esta secta ya desde sus inicios combatió a la naciente devoción. Llama ciertamente la atención el hecho de que poco después de conocerse la noticia de las supuestas revelaciones de Jesús a una religiosa en Borgoña, los sabios y orgullosos jansenistas, enfrascados en sus disquisiciones sobre la gracia suficiente, y elevados a las cumbres de la contemplación del «puro amor», no sólo se ocuparon al punto de ella, sino que decidieron enfrentarse de inmediato públicamente. Sorprende tan denodado afán por combatir algo para ellos tan ruin y despreciable como las enfermizas visiones de una joven monja sobre un tema que tachaban de grosero y carnal, y por el que despectivamente calificaban a sus seguidores de *cordícolas*. ¿Por qué tan ilustrados jansenistas bajaron de sus alturas a combatir en la arena a estas humildes y casi desconocidas revelaciones?

De la conocida animadversión de Jansenio contra los jesuitas deducen algunos que este desafortunado ataque no se debía a que dieran mayor importancia a la devoción al Corazón de Jesús en sí misma, sino a que la tenían por devoción jesuítica y la veían como un instrumento creado por su enemiga la Compañía de Jesús con el que recuperar su cuestionado prestigio, y, teniéndola por tan poca cosa, creían haber hallado en ella un flanco débil por el que atacar a sus jurados enemigos. Tal explicación no cuadra con la historia.

Los sabios jansenistas de esta época en Francia conocían perfectamente que la Compañía de Jesús como tal, y en especial sus superiores, tanto en Lyon como en París y Roma, no sólo no eran entonces partidarios de la nueva devoción, sino más bien la frenaban y desaconsejaban en actitud de prudente reserva. Sólo un grupo de «verdaderos amigos del Corazón de Jesús», que habían conocido la devoción de sor Margarita María, como el padre Croiset, o Claudio la Colombière, como el padre Galliffet y sus jóvenes alumnos en Lyon, eran por entonces los infatigables y entusiastas apóstoles jesuitas de la devoción. Pero, por mucho que fuera el celo en pro de las revelaciones de este grupúsculo de jóvenes jesuitas, controlados en su entusiasmo por sus superiores, su limitado proselitismo no debía suscitar la atención ni concitar los públicos ataques de tan ilustres detractores.

Pero el hecho innegable e inexplicable es que todo el jansenismo concitó sin cesar sus más virulentos ataques contra el Corazón de Jesús, tanto en un prin-

cipio, cuando era prácticamente desconocida, como a lo largo del siglo XVIII, cuando la devoción se fue difundiendo y llegó a ser aprobada por la Iglesia. De no hallarse para esta conducta razones de orden natural, y partiendo de la raíz calvinista del jansenismo, raíz madre de la moderna Revolución, algunos, con el venerable obispo Torras y Bages apuntan razones de otro orden: «La Revolución fue su enemiga declarada, porque un poderoso instinto le hacía comprender que —la devoción al Corazón de Jesús— era la que debía acabar con ella».

Caída política, condena religiosa y ocaso del jansenismo

LA moderna devoción al Corazón de Jesús fue revelada a santa Margarita María en la Borgoña francesa de finales del siglo XVII, en pleno esplendor de la corte del Rey Sol Luis XIV, época y contexto en que el jansenismo tenía notable influencia en determinadas elites aristocráticas religiosas, culturales y políticas. De tal coincidencia temporal han querido deducir algunos una inexistente relación de causalidad.

Como dice Torras y Bages, «todos los errores y herejías, cuando no han podido alucinar la razón católica en la mentira torpemente manifestada, han tomado un disfraz católico». Así el jansenismo, versión atenuada del calvinismo, se presentó disimulando las estridencias de éste en un intento de penetrar en ambientes católicos. En Francia la secta jansenista, aliada con el galicanismo cortesano, siempre opuesto a Roma, estaba reducida a influyentes y discretos círculos aristocráticos, sin que sus miembros, celosos de haber sido escogidos, sintieran afanes de proselitismo entre los no predestinados. En el ámbito religioso la herejía jansenista se afirmaba en ciertos seminarios y en señalados monasterios regidos por prioras de familias ilustradas. Logró conformar un ambiente moral rigorista, pero de ahí no pasó. El fiel y sencillo pueblo cristiano no entendía las abstractas sutilezas de los teólogos jansenistas, ni le atraían sus duras doctrinas, por lo que nunca fue jansenista, sino entregado seguidor de misioneros populares de su tiempo como san Luis María Grignon de Montfort, que con sus canciones transmitía su confianza en el triunfo del Reino de Cristo traído por la Virgen María, y que habría de venir mediante la consagración a su Sagrado Corazón.

Luis XIV no quiso que secuelas calvinistas tomaran incremento en su reino, y por los motivos de unidad política y afirmación de su poder absoluto por los que había derogado en 1685 el Edicto de Nantes y sometido el poderío de los hugonotes franceses, decidió acabar con la aristocrática influencia

jansenista. Expeditivamente ordenó arrasar hasta sus cimientos su emblemática abadía de Port-Royal, sembrar de sal sus campos, dispersar a sus orgullosas religiosas, y desterrar lejos de la corte a sus refinados mentores.

El jansenismo como herejía había sido formal y definitivamente condenado por la Iglesia en 1713 mediante la bula *Unigenitus* del papa Clemente XI, y al ser extinguido políticamente en Francia por real orden, se fue difuminando paulatinamente, quedando, tras la muerte de Luis XIV, enquistado durante algún tiempo como secta residual bajo el amparo del cardenal De Noailles y sus contados obispos apalantes. Trasvasado el jansenismo político en Francia a otros partidos, y deshecho como herejía formal, sus tesis fundamentales casi desaparecieron, aunque su maléfico espíritu se refugió en el rigorismo, y se mantuvo presente en la administración de los sacramentos y en la enseñanza de la teología moral aún largo tiempo en ciertos ambientes de la Iglesia hasta el siglo XIX, aunque batiéndose siempre en retirada y sin peligro de grave recaída.

No existe tal finalidad antijansenista ni en los escritos de santa Margarita María ni en los procesos de su beatificación y canonización

TRAS este breve excursus sobre la historia e influencia de la secta jansenista, retomamos la pregunta inicial: ¿nació el culto al Corazón de Jesús contra el jansenismo? El padre Hilario Marín, S.I, prestigioso especialista sobre la devoción, nos da precisa y fundada respuesta, que prueba en tres hechos: el primero es el de que la afirmación o la mera insinuación de que la devoción al Corazón de Jesús sea un instrumento dispuesto por la Providencia de Dios contra el jansenismo es desconocida, tanto en los escritos autobiográficos, como en las cartas de santa Margarita María, en los que no menciona ni una sola vez el jansenismo, sino que en ellos se manifiesta el inmenso amor de Jesús a los hombres y los ardientes deseos de que se le corresponda y se le dé reparación por la mala correspondencia a Él, lo cual vale para todos los tiempos.

El segundo es que no existe ni mención de tal finalidad antijansenista en los procesos de beatificación y canonización de santa Margarita María. Tampoco se mienta el jansenismo en el memorial de los obispos de Polonia que pidió la fiesta del Corazón de Jesús, ni en la concesión particular de la misma y de su culto por Clemente XIII el 6 de febrero de 1765, ni en la extensión universal de su fiesta por Pío IX a toda la Iglesia el 23 de agosto de 1856, ni en los documentos de 24 de abril, 24 de junio y 19

de agosto de 1864 de beatificación de santa Margarita María, ni en la bula de su canonización de 13 de mayo de 1920, en que Benedicto XV termina con estas palabras expresivas de su finalidad reparadora: «Conviene que nos gocemos de que Dios... escogiera a su sierva Margarita María para establecer la nueva devoción al Corazón de nuestro divino Salvador. Desde dicha manifestación hasta el presente siempre ha ido en aumento el número de los que procuraron subsanar la ingrátísima deserción de los hombres».

El tercer hecho es el de que los trascendentes documentos posteriores a la instauración de la fiesta del Corazón de Jesús como universal en la Iglesia por Pío IX, *Annum Sacrum*, de León XIII, *Quas primas* y *Miserentissimus Redemptor*, de Pío XI, y *Haurietis aquas*, de Pío XII, presentan el culto al Corazón de Jesús, no como destinado al siglo XVII, sino como de actualidad actualísima, adaptado perfectamente a la naturaleza misma de la Iglesia y sumamente apto para remediar los males que ahora nos oprimen. Tras estas afirmaciones el padre Marín concluye: «Ciertamente estas apariciones vinieron en tiempo muy oportuno: cuando se enfriaba la caridad cristiana, mas no se puede probar que precisamente viniesen a remediar pura y exclusivamente los malos frutos de la herejía jansenista... por lo que no se puede decir que, desaparecida ésta, haya de desaparecer la devoción al Corazón de Jesús, o que deje de ser de actualidad».

El jansenismo no fue motivo ni la causa directa de la revelación de la devoción al Corazón de Jesús; el motivo y la causa los anunciaba la autorizada voz del papa Pío XI en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*:

«Puesto que en los pasados tiempos, y más aún en los nuestros, por intrigas de los impíos se ha llegado a rehusar el imperio de Cristo Señor nuestro, y a mover oficialmente guerra a la Iglesia, dando leyes y promoviendo plebiscitos contrarios al derecho divino y natural, y aun celebrando asambleas de los que clamaban “*No queremos que éste reine sobre nosotros*” (Lc 19,14); de la consagración que hemos dicho, brotaba con ímpetu de todos los devotos del santísimo Corazón una sola frase, que se les oponía vehementísimamente para vengar su gloria y afirmar sus derechos: “*Es menester que Cristo reine* (I Cor 15,25); *Venga a nosotros tu reino*”, y ratificando lo dicho por su predecesor León XIII... “Hoy se presenta a nuestros ojos... el Corazón sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En Él se han de colocar todas las esperanzas, a Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres”».

Consagración y reparación en el magisterio pontificio

FRANCISCO CANALS VIDAL

EN la historia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús nos hallamos ante escritos personales y confidenciales de almas santas que recibieron comunicaciones y mandatos divinos —y cuyas iniciativas fueron afirmadas por ellas mismas como cumplimiento de aquellos mandatos—, así como ante escritos oficiales del carácter de una encíclica pontificia. Debemos considerar el hecho de que la aparición en la Iglesia y en la liturgia de aquella encíclica no fue el resultado de estudios teológicos o de investigaciones sobre la historia de la espiritualidad, cual si su aparición en la Iglesia tuviese una historia humana: en momentos muy precisos de la difusión de esta devoción en la Iglesia y de su aprobación jerárquica e institucionalización litúrgica hallamos palabras de Cristo testimoniadas por almas santas que transmitieron a la Iglesia mensajes del propio Corazón de Cristo, acompañados de exhortaciones y promesas (las cuales fueron recibidas por la Iglesia, que las comunicó a los fieles).

La insistencia de algunos teólogos en que no pueden tomarse del mismo modo, como fuentes de la teología, las revelaciones «privadas» y los textos de la Escritura o los expresivos en la tradición de las revelaciones divinas «públicas» ha dificultado y condicionado, en los últimos tiempos, los estudios teológicos sobre la devoción al Corazón de Jesús. En realidad, a pesar de haber sido incluidas aquellas revelaciones privadas en las encíclicas pontificias y de haber sido alegadas como justificación y motivo de las enseñanzas de la Iglesia y aun de las institucionalizaciones litúrgicas del culto al Corazón de Jesús, se ha persistido en postular su heterogeneidad con las fuentes de la revelación pública.

Con esta actitud, evidentemente, nos encontramos con el hecho de que se hace obligatoria la exclusión de gran parte del contenido doctrinal de encíclicas pontificias como la *Annum Sacrum* de León XIII y, sobre todo, de la *Miserentissimus Redemptor*, de Pío XI. Más aún: no sólo puede sino que resulta obligado poner en duda el conjunto de enseñanzas pontificias o de afirmaciones sobre hechos y acontecimientos eclesiales relacionados con la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

Si aceptásemos o tuviésemos como probable este sistema de criterios, que parece tender hoy a estar vigente, pero que personalmente no veo como adquisiciones de un progreso teológico, sino más bien

como consecuencias de la presión ambiental de lo que llamaríamos «modas teológicas», tendríamos que dar por suprimida, en la teología, la totalidad del tema de la devoción al Corazón de Jesús, incluida su liturgia o las oraciones y modos de expresarla más comunes y aprobados. Por estos caminos han perdido actualidad entre algunos sectores las dos temáticas que centraban, en los momentos de vigencia pastoral y doctrinal del culto al Corazón de Jesús, su sentido y toda la orientación de sus prácticas: la reparación y la consagración.

El presente trabajo, que redacto con ocasión del próximo Congreso Internacional sobre el Sagrado Corazón de Jesús, que se celebrará en Barcelona el próximo mes de junio, se orientará precisamente al estudio de lo que sobre la consagración y la reparación se enseñó en el magisterio pontificio, especialmente de Pío XI en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*, doctrina que fue, en gran parte, asumida y de nuevo tratada en la encíclica *Haurietis aquas*, de Pío XII. Quien quiera objetar la ausencia, en épocas posteriores, de reafirmaciones doctrinales sobre estos contenidos, no podrá obtener de mí otra respuesta sino la de que el silencio no deroga la palabra, y que lo que ha sido afirmado categóricamente en documentos doctrinales de magisterio pontificio, que han tratado explícitamente de los temas centrales del culto al Corazón de Cristo, no puede probarse, en modo alguno, que deba considerarse caducado en posteriores décadas.

* * *

«Entre todo aquello que se refiere propiamente al culto al sacratísimo Corazón sobresale y debe ser recordada la piadosa consagración con la que nos ofrecemos al Corazón divino de Jesús con todas nuestras cosas, reconociéndolas como recibidas de la eterna bondad de Dios» (*Miserentissimus Redemptor*, encíclica de Pío XI, 8 de mayo de 1928).

En el documento destinado a tratar de la reparación, la otra dimensión del culto al Corazón de Jesús que junto con la consagración misma constituye todo su contenido y sentido, Pío XI quiso, pues, destacar de algún modo la primacía y suma excelencia del acto de consagración, por referirse más explícitamente a una actitud teologal y teocéntrica, a la que se ordena la reparación misma.

Esta orientación a la persona de Cristo en cuanto

Dios encarnado la había expresado con admirable claridad León XIII, en la encíclica referente a la consagración del género humano al Corazón de Jesús, con estas inolvidables palabras:

«Y porque el Corazón de Jesús es símbolo e imagen viva del amor infinito de Jesucristo, que está reclamando nuestra correspondencia, por eso es muy conveniente consagrarse a su augustísimo Corazón: lo que no es más que entregarse y obligarse a Jesucristo, pues que todo el honor, obsequio y devoción hacia el Corazón divino termina verdadera y propiamente en la misma persona de Jesucristo» (*Annum Sacrum*, encíclica de León XIII, 28 de mayo de 1899).

El propio Pío XI, después de aludir a los primeros que, respondiendo al llamamiento del Señor, se consagraron personalmente a Él (es decir, a santa Margarita María de Alacoque, a la que Cristo mismo, mostrándole su Corazón, le hizo sentir cuánto desea el Señor Jesús ver correspondido su amor redentor con la consagración total de sí y al padre Claudio la Colombière, maestro espiritual de santa Margarita, que con ella se consagró también al Corazón de Cristo) pasa a tratar de las consagraciones de las «familias privadas y asociaciones» y, finalmente, de «los magistrados, las ciudades y los reinos».

El papa Pío XI, en la encíclica citada afirma explícitamente que estas consagraciones no personales sino sociales y públicas se orientaban a que la Iglesia contrarrestase y compensase por ellas las actuaciones anticristianas e impías que tendían a rechazar la soberanía de Cristo sobre el género humano:

«Como en la época precedente y en la nuestra, por las maquinaciones de los impíos, se llegó a rechazar la soberanía de Cristo nuestro Señor, y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones populares contrarias al derecho divino y a la ley natural, y hasta hubo asambleas que gritaban: “No queremos que Éste reine sobre nosotros”. Por esta consagración la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús prorrumpía unánime oponiendo acérrimamente para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: “es necesario que Cristo reine, venga a nosotros tu Reino”. Lo que trajo como consecuencia feliz que todo el género humano, que por derecho nativo posee Jesucristo, único en quien todas las cosas se restauran, al comienzo de este siglo (xx) se consagrara al sacratísimo Corazón por nuestro predecesor León XIII, con aplauso del orbe cristiano».

Como en este documento de Pío XI se manifiesta tan explícitamente el destino providencial de la devoción al Corazón de Jesús, y el deseo de Jesucristo de suscitar y alentar la esperanza de los cristianos en la restauración de todas las cosas en Él, que des-

de Pío X había sido proclamada como la finalidad de la acción pontificia y el fin al que debían converger las actividades de los católicos, no queremos dejar de citar unos párrafos absolutamente explícitos sobre esta actitud:

«Comienzos tan faustos y agradables Nos, como ya dijimos en nuestra encíclica *Quas primas*, accediendo a los deseos y preces reiteradas y numerosas de obispos y fieles los completamos y perfeccionamos con el favor de Dios cuando, al término del Año Jubilar de 1925, instituímos la fiesta de Cristo Rey como solemne celebración en todo el mundo cristiano.

»Cuando hicimos esto, no sólo declaramos el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica, y sobre cada uno de los hombres, sino que también presentíamos el júbilo de aquel día faustosísimo en que el mundo entero, espontáneamente y de buen grado, aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey».

El papa Pío XII, al comienzo de su pontificado, quiso referirse al cuarenta aniversario del acto de León XIII de consagración del universo al Corazón de Jesús como una coincidencia providencial que le invitaba a orientar toda su acción pontificia a la proclamación de la realeza de Cristo y al anuncio del culto al Corazón de Cristo con esta orientación de servicio a Cristo Rey. En esta misma encíclica, la *Summi Pontificatus*, de octubre de 1939, expresa un iluminado juicio sobre la corriente de devoción al Corazón de Jesús cuyo sentido providencial ratifica con estas palabras:

«De la difusión y del arraigo del culto al divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona no sólo en la consagración del género humano al declinar el pasado siglo, sino también en la introducción de la fiesta de la realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor de venerada memoria, han brotado inefables bienes para innumerables almas —“un impetuoso río que alegra la Ciudad de Dios” (cf. Ps 45,5)».

El testimonio pontificio sobre el río que alegra la Ciudad de Dios confirma e impulsa el movimiento espiritual que no puede ser minimizado ni puesto en duda sin inmediato enfriamiento de la piedad e incluso confusión y equívoco en el campo de la fe. Las cavilaciones antes aludidas sobre aspectos tan fundamentales de la teología y de la espiritualidad católicas no han conducido sino a la debilitación de la piedad y al oscurecimiento de la claridad del mensaje que trae consigo la devoción al Corazón de Jesús, mensaje que podríamos resumir en una invitación al espíritu de reparación orientado a la reafirmación de la consagración a la persona de Cristo, Rey del universo.

El mensaje reparador se sitúa de forma inmedia-

ta en una perspectiva interpersonal: cada uno de nosotros es invitado a vivir trabajando por mantenerse, saltando sobre los siglos, en intimidad con Cristo sufriente que, en el huerto de Getsemaní y en la cruz, culmina la vivencia de la soledad y del desamparo en que los hombres dejaron a su Salvador. Cristo, que dijo que no había venido a salvar a los justos, sino a los pecadores, siente un íntimo dolor por la desconfianza de los pecadores obstinados en la no aceptación de su misericordia redentora y la frialdad de los que se consideran justos y no sienten la necesidad de la confianza en su misericordia porque creen poder justificarse ante Dios en la soberbia de su propia justicia.

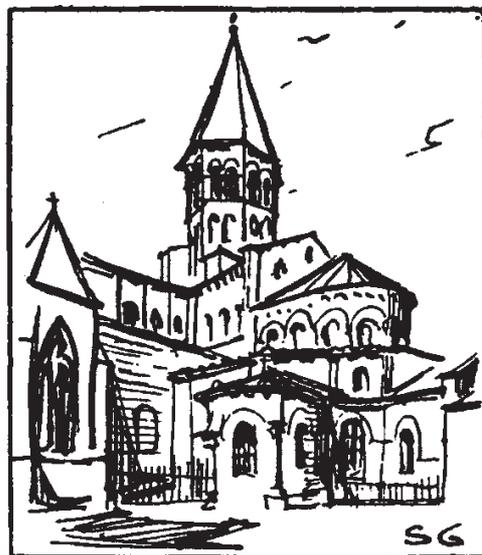
Jesús era contemporáneo de toda la humanidad, y en los sentimientos dolorosos sentidos en el huerto de Getsemaní y en la crucifixión le servía de consuelo la previsión de todas las actitudes humanas de quienes sintieron compasión por su sufrimiento y orientaron su vida a consolar su Corazón. Todas las dificultades y cavilaciones seudofilosóficas que ponen obstáculos a esta contemporaneidad de Cristo, con los que desprecian su amor y con los que se proponen acompañarle y consolarle con su fidelidad no pueden diluir este mensaje sublime de la reparación a que son invitados por Cristo y su Iglesia los cristianos devotos del Corazón de Jesús.

El llamamiento a la reparación mantiene su urgencia frente a toda falsa filosofía y a toda pedantería seudoteológica. Hemos de atenernos a los escritos de los santos y a las enseñanzas y llamamientos de los pastores de la Iglesia. Hemos de ser fieles también a la insistente ordenación del central acto de la reparación al acto final y perfectísimo de la consagración; es decir, hemos de vivir el esfuerzo de intimidad con Cristo sufriente con ánimo ferviente de acatamiento y reconocimiento de la soberanía de Cristo sobre el universo entero y sobre todas las di-

mensiones culturales, sociales e históricas de la realeza de amor del Corazón de Jesús.

La inseparabilidad del espíritu de reparación con el designio de consagración nos ha de recordar siempre que la voluntad de Cristo de reinar sobre todos los hombres es impulsada por la infinita efusión de caridad por la que el mismo reinado de Cristo sobre el mundo es el único camino por el que Dios puede comunicarnos misericordiosamente sus bienes de todo orden. La humanidad sólo en Cristo puede encontrar toda plenitud humana. Un pretendido humanismo vuelto de espaldas a la soberanía de Dios es frustración y fracaso en el mismo orden humano. El programa del reinado del Corazón de Cristo es para la humanidad, por el contrario, la apertura del horizonte en que todas las cosas humanas pueden alcanzar su plenitud y encontrar el camino hacia su consumación. En el Reino de Cristo por su Corazón se nos propone a los hombres el camino hacia la paz mundial y hacia el definitivo progreso o culminación en el orden social, económico y cultural. Jesucristo es —como recordó León XIII— el único en quien todas las cosas se restauran.

En el envío de estos escritos preparatorios, expresivos del espíritu con que nos proponemos afrontar el futuro congreso sobre el culto al Corazón de Jesús, queremos expresar sin vacilaciones ni equívocos la orientación sincera de las tareas y contenidos de este próximo congreso a lo que esencialmente pertenece a la devoción al Corazón de Jesús tal como la siente la Iglesia y la propone a los fieles católicos en sus actitudes de reparación y de consagración, impulsando totalmente las relaciones personales que vivamos por Cristo en su Corazón inspiradas por las invitaciones mismas que Cristo personalmente comunicó e inspiró a sus apóstoles, los transmisores de sus mensajes e invitaciones a la Iglesia y a sus fieles devotos.



Los Ejercicios de san Ignacio, la devoción al Corazón de Jesús y la idea de Cristo Rey

FRANCISCO J. QUINTANA, S.I.

QUE haya relación íntima entre los Ejercicios de san Ignacio de Loyola y la devoción al Corazón de Jesús, es cosa que se podría afirmar sin temor aun antes de estudiar a fondo ambos asuntos, con sólo considerar unos cuantos documentos.

Santa Margarita María Alacoque, en carta del 10 de agosto de 1689, decía al padre Croiset: «Pero está reservado a los padres de la Compañía de Jesús dar a conocer el valor y utilidad de este precioso tesoro (de la devoción al Sagrado Corazón), del cual, cuanto más se saca, más queda por sacar. En ellos, pues, está enriquecerse abundantemente con toda clase de bienes y gracias, porque con este medio eficaz que Él les ofrece es como podrán desempeñar perfectamente el santo ministerio de caridad a que están destinados».

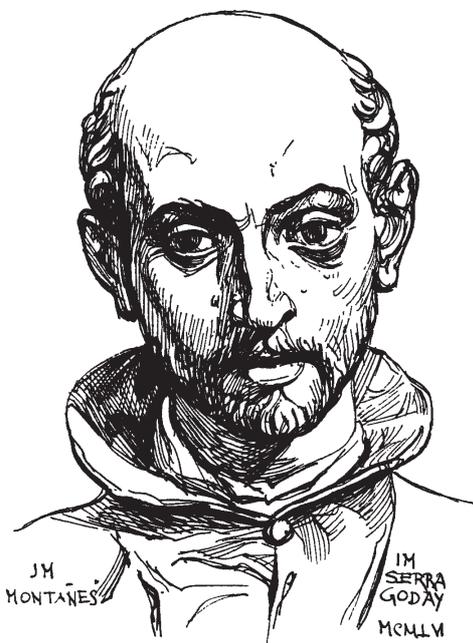
El 15 de agosto del mismo año, después de indicar la eficacia que dará el Corazón de Jesús a las palabras de sus fieles amigos para mover los pecadores, añade: «Y esto es especialmente para la santa Compañía de Jesús, a la cual se le ofrecen estos favores con objeto de darle medios convenientes para desempeñar digna y perfectamente las funciones de su ministerio de caridad para gloria de Dios en la conversión de las almas».

En la conocida revelación en que se mostró a santa Margarita la Santísima Virgen acompañada del padre La Colombière, después de manifestar esta bondadosa Madre que a los padres de la Compañía de Jesús estaba reservado dar a conocer la utilidad y valor de la devoción al Corazón de Jesús, añadió: «Y a medida que ellos le dieran ese placer, este divino Corazón, manantial de bendiciones y gracias, las derramará con tanta abundancia sobre las funciones de su ministerio, que producirán frutos que sobrepujan a sus trabajos y esperanzas, y lo mismo en lo tocante a la salud y perfección de cada uno en particular».

Indiquemos ahora otro linaje de documentos.

Hay tres preciosos del padre Bernardo F. de Hoyos. El primero es de 31 de julio de 1735, en que, apareciéndose san Francisco Javier con san Ignacio, éste «en algunas palabras formadas —escribe el padre Hoyos—, e infundiéndome otras especies intelectuales, me certificó lo siguiente: que la divina Providencia quería para la Compañía la gloria de que sus hijos fuesen los que promoviesen y propagasen el culto del sacrosanto Corazón de Jesús; que por ellos se conseguiría de la Iglesia la solemnidad deseada, y que por ellos sería extendida; que el mismo Santo con mi director, san Francisco de Sales, estaban encargados de este asunto por los hijos e hijas de las dos religiones».

Parecido favor recibió el año siguiente. «Después de comulgar, vi entre resplandores de gloria —son sus palabras— a nuestro amado hermano y primer discípulo del Corazón Sagrado, san Juan Evangelista, acompañado de san Francisco de Sales y de nuestro padre san Ignacio. Estando yo asombrado de la santidad que entendía resplandecía en estos tres santos, se me declaró cómo eran éstos los tres a cuya cuenta corrían las glorias del



Corazón Sagrado de Jesús: del santo evangelista, por haber sido privilegiado en descansar sobre el Corazón santísimo, en donde se le descubrieron sus excelencias, teniendo desde entonces este amante apóstol particular devoción con aquel Corazón de su Maestro, en quien bebió las luces y las llamas de su amor. De nuestro santo Director en su Orden y de N.S.P. en su Religión, por haber sido estos dos santos los dos amantes divinos que al más vivo copiaron en sus corazones el ardor seráfico del Evangelista: san Francisco de Sales en lo dulce, que fue el distintivo de su amor, y san Ignacio en lo fuerte, que fue la divisa de su ardiente caridad. Luego me miró N.S.P. con sus dulces y benignos ojos, como insinuándome la complacencia que tenía en aquellos de sus hijos que cooperaban a este asunto gloriosísima de propagar las glorias del Corazón Sagrado, que

era peculiar a la Orden de la Visitación y a la Compañía de Jesús: como al contrario, pidiéndole por aquellos sus hijos que, o con buen celo, o por otros motivos ponían dificultades a esta santa idea, conocí lo que al Santo le desagradaba esto en la severidad y como indignación que a ese tiempo vi en sus majestuosos ojos».

Y, en fin, este mismo año, o el anterior, pues no se sabe la fecha, «el día de nuestro padre san Ignacio —añade el padre Bernardo— se me dio a entender cómo por su medio dispensaba este día a sus hijos el Corazón de Jesús particulares gracias: y vi en el mismo Sagrado Corazón de Jesús la complacencia que tiene en el Santo y en su religión, entre otros títulos, por este de ser escogida para promover este culto, de lo que tuvo noticia nuestro padre san Ignacio entre los secretos fines a que le declaró el cielo que la fundaba: y nuevamente entendí la complacencia de nuestro padre san Ignacio en que sus hijos se empleen en asunto tan de la gloria de nuestro Capitán Jesús y tan propio de su Compañía».

Una idea parecida a las de santa Margarita acerca de los bienes que esta devoción traería a la Compañía indica el padre Cardaveraz en su conocida carta al padre Juan de Loyola: testimonio de mucha autoridad, por las casi continuas comunicaciones extraordinarias del Corazón de Jesús con el Padre, aun en el acto mismo, según parece, en que esta carta escribía. Dice, pues: «El demonio hace todos sus esfuerzos para que los nuestros no tomen con el debido celo el asunto; y si una vez logramos la felicidad de que nuestro amor Jesús gane de veras para sí los corazones de muchos de los nuestros, que pueden y no hacen, se verán efectos prodigiosos en todos los fieles».

De todos estos documentos se concluye: 1) Que nuestro Señor ha escogido la Compañía para establecer principalmente por ella en todas partes la devoción a su Corazón divino. 2) Que cuando Él resolvía fundar en su Iglesia esta orden religiosa, uno de los secretos fines que brillaban allá en su mente divina era la devoción al Corazón de Jesús, y que de esto ya tuvo noticia nuestro padre san Ignacio. 3) Que esta devoción es un medio eficazísimo dado por nuestro Señor, con el cual la Compañía podrá llenar con la perfección que Jesucristo desea el fin de su sagrado Instituto.

Por otra parte, sabemos que los Ejercicios son la planta sobre que está edificada la Compañía; el molde en que san Ignacio formó sus primeros compañeros y en que quiso que la Compañía formase siempre a sus hijos; el soplo de vida que presta vigor y lozanía a este cuerpo; la médula de todo nuestro Instituto, como admirablemente lo prueba el padre La Palma.

Si, pues, la Compañía está, como quien dice, hecha para la devoción al Corazón de Jesús, porque este fue uno de los secretos fines para que la instituyó el Señor, y Dios, como artífice perfectísimo, siempre acomoda los instrumentos al fin; si, por otra parte, la devoción al Corazón de Jesús viene como nacida a la Compañía, pues hemos visto que es un medio eficazísimo para realizar su fin con toda la perfección que Dios quiere de ella; si, pues, tan proporcionadas están entre sí la devoción al Corazón de Jesús y la Compañía, y lo más íntimo y el molde y el alma y la vida de la Compañía son los Ejercicios, síguese que entre estos y la devoción al Corazón de Jesús han de existir muy internas y naturales y admirables relaciones.

La devoción al Corazón de Jesús es la devoción a Jesucristo amante. Jesucristo es, pues, el todo en esta devoción. En ella todo es amor a Jesús, todo nace de este amor, todo se endereza a él. Y así dice santa Margarita que el fin que Dios se propuso al revelar la devoción y en torno del cual giran todos los demás frutos espirituales es un amor pronto y grande a la persona adorable del Redentor, como se nota enseguida leyendo la biografía de las personas que se han distinguido en la devoción al Sagrado Corazón. Ni es extraño. En la primera revelación principal del Corazón de Jesús a santa Margarita, leemos: «Es esta devoción como el esfuerzo supremo de su amor, que quiere favorecer a los hombres en estos últimos siglos con este linaje de redención amorosa, para sustraerlos al imperio de Satanás, que pretende arruinar, y para colocarlos bajo la dulcísima libertad del imperio de su amor, el cual quiere restablecer en los corazones de todos los que abracen esta devoción». De manera que, omitiendo otras consideraciones acerca de esta revelación estupenda, según ella nuestro Señor pretende:

I) Arruinar el imperio de Satanás.

II) Establecer su propio imperio, pero éste ha de ser un imperio de amor y de libertad dulcísima nacida del mismo amor.

III) Para que en cada uno de los individuos se realicen estos planes, nuestro Señor exige como condición que se abrace la devoción al Corazón de Jesús. Establecer, pues, en los corazones una vida de amor a nuestro Señor Jesucristo, un reino de caridad, he aquí el fin de la devoción al Corazón de Jesús y a la par su más rico y precioso fruto: fruto, notémoslo bien, que nace de la misma naturaleza de este culto, pero mucho más de la voluntad libérrima de Dios, que ha querido vincular precisamente a este medio esta y otras muchísimas gracias, que constan por las promesas que en santa Margarita leemos.

Resumiendo, pues, tenemos que los Ejercicios, casi en su totalidad y como fundamento para todo,

van dirigidos por san Ignacio a entusiasmar al ejercitante con la persona de Cristo: si, pues, por otra parte vemos que la devoción al Corazón de Jesús no va a otra cosa que a crear una legión de almas verdaderamente amantes de Jesucristo, y que de hecho lo consigue por ser este su más principal efecto, ya que se ve si entre los Ejercicios y la devoción al Corazón de Jesús se da íntima relación.

Cristo amable

LA devoción al Corazón de Jesús es la devoción a Jesús, pero a Jesús en cuanto bueno, manso y humilde, mas sobre todo amador de los hombres hasta el extremo, y dadivoso con ellos casi hasta la prodigalidad: en una palabra, la devoción al Corazón de Jesús, como escribe el padre Froment, contemporáneo de santa Margarita, es la devoción a Jesús todo corazón. Lo cual se ha recogido y sensibilizado en la imagen del Salvador, bondadoso y amable, mostrando su divino Corazón herido, rodeado de llamas y llagado, a cuyo conjunto el pueblo cristiano llama con mucho sentido teológico «el Corazón de Jesús», como vemos también que lo hace a cada paso santa Margarita y la Iglesia en su liturgia: «Cor Jesu, miserere nobis». Esta idea (dicho sea de paso), puede quitar aprensiones en personas buenas, a quienes la Persona de Cristo les entusiasma, pero no esto del Corazón de Jesús. Es idea inexacta que separa el corazón de la persona. ¿Te agrada Cristo, y no te agrada «Corazón de Jesús»? Pero, ¿qué es «Corazón de Jesús», sino Cristo visto en la forma más encantadora, más simpática y a la vez más propia suya en que puede ser mirado?

Estos son, pues, los matices peculiares con que presenta a Cristo la devoción al Corazón de Jesús.

Y ¿cómo lo presenta san Ignacio? Veámoslo. La primera vez que le saca con su nombre es en el conocido coloquio de los pecados: «Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz». No se puede negar que al leer este coloquio, y mucho más al hacerla en los Ejercicios, se experimenta en el alma un sentimiento de simpatía hacia Cristo, de amor y de gratitud, que no es fácil definir.

Parecido efecto deja el coloquio de las meditaciones del infierno: «Haciendo un coloquio con Cristo nuestro Señor, traer a la memoria las ánimas que están en el infierno, unas porque no creyeron en el advenimiento; otras... haciendo tres partes... Y con esto darle gracias porque no me ha dejado caer en ninguna de éstas acabando mi vida. Asimismo como hasta agora siempre ha tenido de mí tanta piedad y misericordia».

Cristo Rey

HAY entre los Ejercicios y la devoción al Corazón de Jesús una relación en que quizá no se haya reparado tanto, pero que es muy digna de tenerse en cuenta: la idea de Cristo Rey o del reinado de Cristo, que tan marcadamente se ve en ambos.

En las revelaciones del Corazón de Jesús, éste aparece como rey, que quiere reinar. «Reinaré a pesar de todos mis enemigos», decía muchas veces a santa Margarita; «reinará, sí, reinará», repetía frecuentemente la Santa con una seguridad que sorprende. Porque es rey y quiere reinar, pide amor, culto y servicio, no solamente de las personas privadas, sino de las familias y de las naciones. Por eso desea que su imagen aparezca en las habitaciones de las casas, en las banderas de los pueblos y en los escudos de los príncipes. Por eso pide que se le erijan templos nacionales en que reciba los homenajes de los reyes, de los gobiernos y de las naciones. Por eso el movimiento de consagración de los individuos, de las familias, de las asociaciones, municipios, diputaciones, provincias y naciones al Corazón de Jesús, que tanto impulso va tomando en todas partes.

No entienden, por tanto, la devoción al Corazón de Jesús los que imaginan que este asunto es negocio de pura devoción individual; no es sino el negocio eterno del reinado real de Cristo, que a medida que adelanta el mundo hacia su término, parece quiere el Señor que sea más completo y extendido y con determinados caracteres que señalan manifiestamente una nueva perfección.

Tal es el aire con que presenta a Cristo la devoción al Corazón de Jesús: rey de amor, pero rey.

Ahora bien, respecto de los Ejercicios, creemos que sería ocioso gastar el tiempo en probar lo marcado que aparece este mismo carácter en Cristo nuestro Señor. Basta leer la meditación del rey temporal para convencerse de ello. Más clara que aparece allí esta idea de rey y de reino respecto de Jesucristo, difícilmente puede hallarse en otra parte.

Pues bien, obsérvese que ésta es la meditación central de los Ejercicios y como el principio y fundamento de la segunda, tercera y cuarta semanas, que son las más principales de los Ejercicios. Así que puede decirse que las tres últimas semanas de los Ejercicios van informadas de esta idea y de este espíritu. Esto mismo aparece claro en la meditación de «Las dos banderas», y en general todos sabemos que esta idea o esta manera de concebir a Cristo y su obra la llevaba nuestro padre san Ignacio en la sangre, y así la dejó grabada en donde quiera que pudo poner su sello, como lo está diciendo a voces aun el mismo nombre de Compañía de Jesús o como diríamos ahora, «la Brigada de Jesús», con que quiso que se llamase su orden.

La revelación del Corazón de Jesús en nuestro tiempo

El orbe católico ve en él su esperanza

JOSÉ TORRAS Y BAGES

EL héroe de la colosal y sempiterna lucha entre el bien y el mal, Jesucristo, o sea, la Sabiduría divina que formó y reformó el mundo, ha vuelto a manifestarse en la gran crisis religiosa de la moderna sociedad; empieza su obra de atracción, aquella manera peculiar suya de hacer que los hombres triunfen de la materia y del demonio y que consiste en allegárselos uniéndolos a sí íntimamente para alcanzar triunfo verdadero. Ya quiso en los principios de su gran misión, al aparecer en este campo de batalla que llamamos mundo, tomar un nombre que admirablemente indica su oficio en la tierra. Emmanuel, Dios con nosotros, le apellidó su madre, por lo cual, siempre que Jesucristo se ha manifestado a los hombres, éstos, con tal ayuda, han prevalecido. La nueva infusión de virtud divina en la sociedad debía consumarse, o a lo menos tener principio, en aquella Francia que derramó por toda la Cristiandad el veneno de la impiedad moderna; la que hizo tremolar en medio de la Europa el estandarte de Satanás, debía ser la que enarbolase la bandera de Cristo; de aquella Borgoña de donde salió el héroe de la civilización católica de la Edad Media, el insigne monje que hizo prevalecer en el mundo el elemento cristiano, el gran Bernardo, salió también la humilde religiosa destinada a presentar a los cristianos la nueva prenda de salvación, el maravilloso signo que debían tomar los nuevos cruzados. El abad de Claraval por providencial coincidencia debía ser el doctor que la Iglesia destinaría para explicar a los hombres lo que sea esta devoción, que desde el fondo de su claustro enviaba al mundo su paisana la maestra de novicias de Paray-le-Monial; aquél fue el alma, el móvil de las celebérrimas cruzadas, y ésta será la ignorada y oculta promotora de la nueva cruzada que ha de cristianizar la Europa. Preparábase la Revolución francesa, grande por su maldad, y germinaban ya sus semillas en aquella espléndida y corrompida corte, donde los brillantísimos rasgos de santidad que a veces cruzaban la densa atmósfera, sólo servían para hacer más visibles el orgullo humano y las flaquezas carnales que le siguen, y preparábase al mismo tiempo, muy lejos y en muy distinto lugar que aquélla, la ardentísima llamarada de amor divino destinado a contrarrestarla. Dios no duerme cuando el enemigo de los hombres vigila. El mismo año en que Lutero empieza públicamente

su diabólica misión en Alemania, que fue el de 1521, Dios nuestro Señor quebró la pierna a Ignacio en el castillo de Pamplona, para sanarle y, de soldado desgarrado y vano, hacerle su capitán, caudillo y defensor de su Iglesia contra Lutero; como siglos antes habían nacido en un mismo día en Inglaterra el maestro del antiguo racionalismo, Pelagio, y en África el doctor de la gracia, que venía a aniquilarlo para siempre, Agustín de Hipona.¹ Margarita de Alacoque estaba destinada a propagar lo que ya desde el principio del cristianismo existía: debía ser la que popularizaría la devoción augusta que había tenido ya apóstoles fervorosísimas y profetisas ilustres; debía publicar a la faz del mundo aquellos misterios del Corazón de Cristo que san Agustín² escudriñaba por los agujeros que taladraron el sagrado Cuerpo; hacer notorios al común de las gentes aquellos apasionados latidos que tan divinamente sentía santa Gertrudis³ al profetizar que Dios reservaba el hacerlos palpables a la sociedad para los tiempos modernos cuando el mundo estuviese ya caduco y yerto. El signo de la contradicción del mundo, que adorna a toda obra divina, no faltó a la nueva devoción. La hipocresía de los herejes y la pusilanimidad de muchos doctores le persiguieron cruelmente, los poderes seculares le pusieron obstáculos, y cuando empezaba a brillar a los ojos de los fieles la nefanda Revolución, hizo esconder otra vez este sagrado fuego bajo la humildad de la ceniza. La Revolución fue su enemiga declarada, porque un poderoso instinto le hacía conocer que era la que debía acabar con ella; así como los hijos de la Iglesia han

1. Alonso Rodríguez, *Ejercicio de perfección*, parte 3.a, trat. (I cap. I), citando al notabilísimo historiador P. Pedro de Ribadeneira.

2. «Per foramina corporis patent mihi arcana Cordis, patet magnum pietatis sacramentum, in manuali C. XXI.» Este hermoso texto se halla citado, entre otros, en las nutridísimas *Theses de Cultu Sacratissimi Cordis Jesu*, publicadas por los padres Martorell y Castellá, S.J.

3. Los sabios monjes de Solesmes han puesto a la magnífica edición de las «Obras restauradas y completas de las santas Gertrudis y Matilde» el nombre de *Revelationes Gertrudianae ac Melchitichdianae*, y en verdad que ambas no son sólo profetisas del hecho de la propagación del culto del Sagrado Corazón de Jesús, sino también la muestra más evidente, y hasta ahora no superada, de la nueva y suavísima forma de devoción de que hablamos en el texto.

sentido la inspiración misteriosa y sobrenatural que los llamaba a cobijarse bajo las amorosas alas del celestial Pelicano que alimenta a los suyos con la propia sangre.

En las presentes calamidades todos levantan los brazos al Sagrado Corazón, y es porque sus misteriosos latidos, que percibió santa Gertrudis, se comunican a toda la Cristiandad, haciéndose manifiestos como se reveló a esta Santa que sucedería, y habiéndose dicho también a la beata Margarita de Alacoque que en la nueva edad se manifestaría para aumentar del amor divino. Y estas revelaciones privadas de la grande hija de Benito y de la humilde hija de Francisco de Sales, no sólo la Iglesia las ha admitido, sino que se las ha apropiado, y ha creído oír en sus dulcísimas voces la poderosa del Omnipotente que revela sus propósitos a la humanidad muy diversamente y con distintos modos. Al orbe católico ha mandado celebrar la festividad del Corazón sagrado, y desde las modernas iglesias del Nuevo Mundo hasta

las antiquísimas del Viejo Continente, la voz respetable de los concilios provinciales ha exhortado eficazmente a los fieles a esta devoción como a principio de bienes y provecho espiritual. Y aquel magnánimo pontífice, que por tan largo espacio de tiempo acaudilló y fue cabeza del mundo católico, y destruyó en el terreno especulativo las gigantescas y flacas construcciones del liberalismo y de la Revolución, al lanzar desde lo alto del Vaticano a los cuatro puntos cardinales de la tierra los rayos de condenación y anatema a los principios fundamentales de una civilización anticristiana, considerando sin duda la desolación de la sociedad, que por unos momentos se había enamorado de un vano ídolo, con aquella su dulce y poderosa voz que hacía despertar a los aletargados, dirigiéndose a los fieles exclama: «En medio de las multiplicadas calamidades porque pasa la Iglesia y la sociedad civil, acójense todos a Jesucristo y a su Corazón dulcísimo, víctima de una ardorosa caridad para con nosotros, y eficazmente pí-

danle que con los lazos de su amor todo se lo atraiga, para que los hombres inflamados con su amor santísimo, anden en conformidad con los deseos de su Corazón.» Así hablaba en aquella inmortal encíclica *Quanta cura*, que, acompañada del *Syllabus*, dejó pasmados a amigos y enemigos de la Santa

Sede. Y la confianza en el Sagrado Corazón del valeroso Pío IX fue creciendo, y sus autorizadas enseñanzas al pueblo católico sobre aquella dulcísima devoción fueron cada día más apremiantes, hasta el punto de que, habiendo llegado ya la Iglesia a su completo abandono de los poderes terrenos, cuando no solamente dejaron de considerada como a madre, sino que la trataron como enemiga, en el colmo de la amargura y de la desolación, en medio de la noche más cerrada, convoca a todos los que sienten en su alma el amor de Cristo y solemnemente les intima su voluntad de que se ofrezcan y consagren a su Corazón, buscando allí la Iglesia el apoyo y refugio que el mundo ingrato le negaba.

Por lo cual, pocos años

después, cuando la heroína de la Revolución vino a quedar víctima vergonzosa de la misma, al caer la ilustre nación francesa en el abismo de todas las derrotas, quedando convertida, la antigua señora de las naciones, en esclava que ha de pagar duramente sus liviandades, en medio de sus infortunios, vuela reflexiva por sus multiplicadas humillaciones, hace solemne y nacional promesa de levantar en las alturas del monte de los mártires, donde comenzó la Compañía de Jesús, un templo dedicado al Sagrado Corazón. Aquel París, pues, centro y ombligo, como la antigua Atenas, del mundo civilizado, foco de donde han partido los rayos de ardientes concupiscencias que han consumido las antiguas costumbres cristianas, será también un día u otro, por más que la malicia humana a ello se oponga, la que hará llegar a las más apartadas naciones el eco del humilde y amoroso himno de regreso de la sociedad al seno del divino Redentor, de donde jamás debiera haber salido.



Imagen que corona el Templo Expiatorio del Tibidabo

El Corazón de Jesús, fuente de amor y de unidad familiar

MONSEÑOR EDUARDO GAGNON

QUISIERA compartir con vosotros mi profundo convencimiento de que la devoción al Corazón de Jesús y al Corazón de María no es, para los hogares cristianos, una devoción más entre otras mil, que se pueda aceptar o rehusar tranquilamente.

Porque entre el Corazón de Jesús y el sacramento del Matrimonio existe una conexión especial; el amor infinito e incomprensible de Dios se ha servido de dos medios para mostrarse «humano», sensible, palpable: la institución de la familia, y la Encarnación del Verbo.

Con ocasión de un reciente simposio para preparar una asamblea internacional sobre la tercera edad en 1982, el papa Juan Pablo II nos habló (había allí personas de diferentes religiones) y nos dijo:

«Mi pensamiento se dirige a todos los que están abrumados bajo el peso de la enfermedad o de la “inutilidad”, a los que llevan la carga de la soledad, del rechazo o del miedo. En la oración, y con amor fraterno, los confío todos al Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra».

Ahora bien, los problemas de los ancianos forman parte de los problemas de la familia moderna, y las palabras del Papa son un ejemplo más de su convicción profunda de que no existe solución a dichos problemas si no es el retorno a la fe, a la confianza y a la obediencia al gran misterio del Amor redentor.

¿En qué consiste el sacramento del matrimonio? No podemos comprenderlo si no comprendemos el amor del Corazón de Jesús. El amor conyugal debe ser reflejo del amor de Cristo, que garantiza a los esposos, a la familia, y al mundo entero, la posibilidad de reproducir el amor del Corazón de Jesús que se «encarna» nuevamente a través de los esposos.

Durante largos años de observar y escuchar en ese lugar privilegiado de encuentros que es el Comité para la Familia, he llegado a convencerme de esto: los grandes males de la sociedad de hoy son también males de la familia, y los males de la familia hay que achacarlos al ambiente contaminado en el que vivimos; esa contaminación impregna la atmósfera humana desde que empezaron a sentirse en el mundo los efectos del pecado original; pero hoy quizás hay un elemento nuevo: aquél del que habla el Señor en el Evangelio, cuando dice que los demonios expulsados del poseso retornan más nume-

rosos y con más fuerza que al principio. El Evangelio ha expulsado a los demonios que corrompen la familia en muchos países del mundo, pero desgraciadamente el demonio ha vuelto con más fuerza.

El veneno ha existido siempre, y es dañino sólo en la medida en que nos descuidamos en aplicar contra él el único antídoto válido: la revelación del amor de Dios. El mejor medio para rectificar las actitudes del corazón humano causantes de los males familiares es «sumergir» nuestros corazones en el Corazón de Jesús.

¿Cómo es posible que una palabra como «AMOR» haya llegado a tener un significado tan trivial y frágil como el que habitualmente tiene en el clima actual de erotismo e inseguridad? No hace mucho los poetas cantaban la eternidad del amor, su fuerza capaz de superar los obstáculos; ahora se entiende por «amor» un impulso sensible, un sentimiento sujeto a cambios; se cantan canciones como «Te necesito, te necesito», o «Amémonos, mientras dure el amor»; hoy se dice que comprometerse de forma permanente y perseverar fiel a la persona amada es contrario al espíritu moderno y a la necesidad de apertura continua a nuevas experiencias. Se ha llegado a decir en una revista seria de espiritualidad que para ser fieles a Dios no hace falta asumir compromisos permanentes como el del celibato sacerdotal o el del matrimonio indisoluble. Se abusa de las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la importancia del amor en el matrimonio, afirmando que el matrimonio puede deshacerse cuando «el amor muere», cuando el amor pierde el ardor inicial. Esta crisis del verdadero amor, fuente de tristeza y desánimo aun para familias buenas, va unida a esa mentalidad que sobrevalora el éxito material y el individualismo, que busca más la eficacia y la técnica que las fuerzas del espíritu, que propone como ideales de vida la fortuna, la actividad, el poder. Poco a poco, esta mentalidad relega al segundo plano los auténticos valores familiares: el amor como don de sí mismo, la generosa aceptación de la vida humana, la fidelidad, el espíritu de sacrificio. Las enseñanzas de la Iglesia se ven acosadas por la insistencia en la plena «realización personal» y por las presiones de la opinión pública.

Y añadamos que esta crisis del amor se debe un poco también a que las familias que han encontrado la felicidad y el verdadero amor no se atreven ape-

nas a presentarse como signos visibles de esa alegría familiar radiante que es fruto del sacramento del Matrimonio.

Los hombres de hoy no entienden el verdadero amor porque el modelo del Amor, el Amor de Dios, no es conocido. Ahora bien, quienes aman a Cristo y quieren que su amor sea conocido y correspondido en todas partes, desean vivamente la claridad y la audacia en la proclamación de la doctrina católica sobre el amor y la familia. Es uno de los motivos por los que el Papa obtiene una respuesta tan clamorosa cuando proclama las verdades más sencillas y fundamentales, verdades que muchos especialistas dicen ser «impopulares» e «inoportunas». El Papa piensa sobre todo en los padres y madres de familia, y en los jóvenes, abandonados como ovejas sin pastor, y por eso va proclamando por todas partes las verdades que iluminan los problemas esenciales de la vida humana y cristiana. Porque una de las razones principales de la mala preparación y de la ruptura casi inevitable de ciertos matrimonios, una de las razones por las que muchos jóvenes no ven la necesidad de «casarse por la Iglesia», es la ignorancia de lo que el matrimonio significa como sacramento, el no haber entendido qué es lo que convierte al matrimonio en algo sagrado, la falta de una presentación adecuada de este sacramento en el programa de catequesis y en las instrucciones prematrimoniales.

¡Cuántos se engañan creyendo que las dificultades familiares se pueden arreglar sólo con mejorar las condiciones sociales y económicas, olvidando que con frecuencia las familias tienen más peligros precisamente en las sociedades ricas!

Busquemos más bien la solución en aquello que constituye la grandeza y la nota característica de este sacramento: en su aptitud para reproducir y revelar el amor de Dios a los suyos.

El matrimonio, establecido por Dios al comienzo como una institución natural fundamental, fue luego elevado por Cristo a la dignidad de «sacramento». En el maravilloso proyecto del Creador, el matrimonio estaba destinado a ser un pacto de amor, y por tanto, el signo visible de la alianza de Dios con el pueblo elegido, y, más tarde, de la unidad entre Cristo y su Iglesia.

Ciertamente no es fácil hoy, en medio de tantas dificultades, ver el matrimonio como signo y sím-

bolo del amor de Dios. Parece difícil ver que la vida de los esposos, con todas sus miserias, pueda revelar, día tras día, el amor de Dios a los suyos, y la unión indefectible de Cristo con la Iglesia. Pero, aunque sea difícil, ahí sigue la revelación de la Sagrada Escritura para ayudarnos a descubrir el plan admirable de Dios.

Una atenta lectura de la Biblia nos muestra cómo el Espíritu Santo ha elegido muchas veces el amor conyugal para describir, y ayudarnos a comprender,

las características del amor divino. El tema de las bodas es, en los Libros Sagrados, como una clave de interpretación para entender los planes de Dios, para llegar al conocimiento perfecto de su amor; la fecundidad del amor conyugal y su inmanente belleza constituyen el tema de los cantos más bellos de la Biblia. El matrimonio es a la vez un «memoria», una actualización y una profecía de la historia de la alianza. «¡Este misterio es grande!», como decía san Pablo.

Para renovar la teología del sacramento del Matrimonio, mi tesis es que la devoción al Sagrado Corazón puede darnos la

clave. Durante veinticinco años fui profesor de teología moral, concretamente del sacramento del Matrimonio, y digo sinceramente que donde encontré más luz para entender este sacramento fue en la encíclica *Haurietis aquas*, de Pío XII. Y es que la devoción al Corazón de Jesús puede darnos la agudeza de corazón y de mente para captar el sentido de las páginas del Cantar de los Cantares, de los Profetas, de los Salmos, de san Juan, de san Pablo, en las que se describe el AMOR con todas sus exigencias, sus iniciativas y sus reacciones, con su fuerza interior capaz de superar todas las dificultades.

Se entiende así cómo el Esposo divino no se da por vencido jamás, cómo soporta todo –incomprensiones, olvidos, infidelidades, traiciones incluso– por el deseo de salvar el amor y acrecentarlo con el perdón. Este tipo de amor, capaz de comprender y crecer en las pruebas, es el que debe reinar siempre en la vida familiar, en los tiempos de alegría y abundancia y en los tiempos de debilidad y de crisis. Este es el amor cuya posibilidad también hoy han de demostrar las familias cristianas, fortalecidas con el sacramento del Matrimonio. Misión sublime y difícil, que lleva consigo la seguridad de que la gracia de Cristo no faltará a los miembros de la familia para crecer en la fe y la esperanza.



De hecho, si el matrimonio no fuese el lugar privilegiado del amor perfecto, no habría sido elegido por Dios como símbolo y representación eficaz de Su AMOR. Para los que han sido consagrados a Dios por el bautismo, y viven en gracia, la unión conyugal se convierte en un signo eficaz, una garantía de salvación y de gracia; y ese signo está inserto en el núcleo mismo de su amor humano, no es una añadidura externa.

En su encíclica sobre el Sagrado Corazón, Pío XII propuso magistralmente los elementos más útiles para comprender ese aspecto del amor conyugal y del sacramento del Matrimonio. Espigando el fundamento bíblico y patrístico del culto al Corazón de Jesús, va recordando la descripción del Amor, hecha por el Espíritu Santo sirviéndose de los autores inspirados del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, Dios emplea términos tomados del vocabulario conyugal y familiar, para describir la fuerza, la ternura y la persistencia de esa alianza de amor que Él quería establecer con su Pueblo y mantener incondicionalmente.

Son las mismas expresiones que ha usado la tradición de la Iglesia para describir los sentimientos de amor infinito del Corazón de Jesús cuando ofrecía su vida por nosotros. En el Antiguo Testamento pretendían ayudar a los fieles a superar, el miedo instintivo, y a hacerse una idea más atrayente del Dios que ama y quiere ser amado como padre y como esposo. Del uso de ese lenguaje deducimos que desde el comienzo el Creador quería hacer del matrimonio y la familia una representación, un modo de conocimiento, del amor de Dios a nosotros; vemos las relaciones humanas que Dios quería se diesen en la familia, ya antes de Cristo; vemos qué capacidad de amar dio Dios a la familia aun antes de que fuese redimida.

Todo esto tiene que hacernos reflexionar cuando nos vemos tentados a rebajar el nivel del amor conyugal o de la moral conyugal, precisamente después que la muerte y resurrección de Cristo nos han ganado y puesto a nuestra disposición gracias abundantes para superar las dificultades.

¡Cuántas veces he hablado con Pastores que venían al Comité de la Familia con diagnósticos completos y científicos sobre las dificultades de la familia hoy, para decir después que no veían una solución posible! La palabra *imposible* se emplea siempre que se trata de las exigencias de Dios para las familias, pero, ¿cómo podemos hablar de «imposibles» después que Cristo ha muerto y resucitado por nosotros, después de ver en el Antiguo Testamento lo que Dios espera de la familia para que sea símbolo de su amor? ¡Somos demasiado pusilánimes!

Y todavía más: para dar a su Amor por nosotros toda su grandeza y significado, Dios quiso asumir

una naturaleza como la nuestra, y amar con un corazón como el nuestro. Así la nueva alianza es más noble y sólida que la antigua, porque está rubricada con la sangre del Hijo de Dios. Del Corazón traspasado de Jesús brotan las gracias que nos santifican; en los sacramentos, Cristo resucitado –Hombre y Dios– nos hace capaces de amar como Él ama, con un amor que es a la vez corporal y espiritual; esto es importante, sobre todo para el amor que ha de transformar las relaciones vitales entre esposos, y entre padres e hijos.

El Amor divino, del cual el Matrimonio es signo visible, pasa a través del Corazón de Jesús: el amor con el que Dios ha amado a su pueblo elegido era enteramente espiritual, porque Dios es espíritu; pero el amor de Cristo, descrito en el Nuevo Testamento, se extiende también a los sentimientos y afectos humanos del Corazón de Jesús (HA 23,25). El Verbo de Dios asumió una verdadera y perfecta naturaleza humana, y se preparó un corazón de carne capaz, como el nuestro, de sufrir y ser traspasado. María ha dado a Jesús ese corazón humano con el que Él nos ama.

El amor del Corazón de Jesús es, pues, un amor que los cristianos pueden imitar en su vida matrimonial y familiar. El verdadero amor, con el de Jesús, empieza por obedecer el plan de Dios, y está dispuesto a aceptar sufrimientos y sacrificios por el bien de la persona amada. ¡Qué cobardes somos cuando, queriendo ser «misericordiosos» con las familias cristianas, no les presentamos todas las exigencias de la Ley de Dios! Recuerdo un texto de moral médica para los hospitales católicos de Canadá, que, después de exponer los textos del Concilio condenando el aborto, la esterilización y la contracepción, añadía: «Pero si esto, según el parecer del médico, va contra el bien de la persona, el sacerdote debe ser misericordioso» (1).

¡Como si las leyes de Dios no fuesen siempre misericordiosas, como si Dios pidiese imposibles, como si nosotros, permitiendo lo que Dios llama malo, no hiciéramos un mal tercio a lo que llamamos «amar con misericordia»! ¡Cuántos padres destruyen a sus hijos amándolos mal, dándoles demasiado, y equivocadamente! He sido obispo de una diócesis al norte de Alberta (Canadá), donde la gente era muy rica; los niños me decían: «Nuestros padres nos dan de todo, pero no nos aman, no se dan a nosotros, nunca nos han hecho el regalo de hacernos sentir que ellos necesitaban de nosotros, que necesitaban que nos sacrificásemos por ellos»...

El amor verdadero conserva su fuerza aun en medio de la turbación, de sentimientos de inquietud, de miedo, etc.; se manifiesta con las obras, con la atención a las necesidades de las personas que amamos, con la alegre aceptación de las obligacio-

nes laborales y los deberes familiares. Y se expresa también con las palabras, con el diálogo, comiendo juntos en la mesa familiar.

Los grandes regalos de Cristo a los suyos los ha anunciado en torno a una mesa: en la Última Cena se nos dio en la Eucaristía, y nos explicó el don del Espíritu Santo. Por eso, cuando administro la Confirmación en las parroquias, al hacer la homilía sobre los textos de la Última Cena que hablan del Espíritu Santo, digo a los padres: «Lo más hermoso que podéis hacer por vuestra familia es... ¡comer juntos! Tal vez esto no coincide con vuestras costumbres, y exige esfuerzos, pero, ¡comed juntos! Que el esposo y la esposa y los hijos estén juntos, porque precisamente en esos momentos podéis abrir fácilmente el corazón, como lo hizo Jesús en la Última Cena».

El amor necesita esto. El amor de Jesús se expresaba en palabras que animaban, consolaban, instruían, y, si era necesario, reprochaban a los que no respetaban los derechos del Padre. Y el amor de Jesús –nos lo dijo en la Última Cena y en la cruz– se demostró al dar su vida por los que amaba.

Esto último es, quizás, lo más opuesto a la mentalidad corriente hoy día. Sin embargo, ¿qué amor puede llamarse verdaderamente «amor», si no está dispuesto a dar la propia vida, sino que más bien está preocupado de conservarla a toda costa, de mejorarla en lo material, antes: que entregarla contribuyendo a la construcción de una sociedad donde haya más adoradores de Dios, que sirviéndole sean más felices?

Sólo el poder infinito del sacrificio de Cristo puede vencer esa oposición entre el amor cristiano y nuestra idea egoísta –a veces puramente materialista– de la vida. La familia cristiana tiene el privilegio de tener acceso directo a ese sacrificio de Cristo mediante el sacramento del Matrimonio, cuyo significado y eficacia se fundan precisamente en el hecho de que el amor de Cristo es un amor «conyugal».

Desde el cielo, Cristo «no cesa de amar a la Iglesia su Esposa, con aquel ardentísimo amor que palpita en su Corazón» (HA 49). Su amor, que a lo largo de los siglos ha fortalecido a los cristianos y los ha hecho capaces de obras maravillosas, que ha llevado a muchas almas generosas a renunciar a los placeres sensibles y a consagrarse a Él en la vida religiosa, sigue derramándose en las almas de los creyentes; y en gran medida, sin duda, para los que están unidos por el sacramento del Matrimonio y para sus hijos, fruto de su amor conyugal. Pues en el sacramento del Matrimonio el mismo Jesús viene a los esposos para amar a través de ellos y hacer sus corazones capaces de un amor aún mayor y más generoso.

Una familia que se consagra al Corazón de Jesús y que, por consiguiente, busca momentos de oración en común, encontrará en la Sagrada Escritura, un amor con las características de alianza permanente; encontrará en el Corazón de Jesús la fuente del amor que hace falta para las necesidades de cada día, del amor que lleva consigo la comprensión, la benevolencia, la ternura, el servirse mutuamente; la aceptación alegre de las diversidades de cada persona, la búsqueda de cierta igualdad, la estabilidad, la perfección y el realismo. No hay dificultad, por grande o imprevista que sea, capaz de destruir un amor así, porque es el amor de Cristo mismo.

Ante la propaganda para planificar los nacimientos, al ver cómo se intenta convencer a las familias para no tener niños, o los menos posible, pienso en las palabras de san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Rom 8,35-39).

Recuerdo una delegación de los Estados Unidos, que quiso convencer al Papa de que, si no se reducía a cero la tasa de nacimientos, habría guerras tremendas. Pero... «¡ninguna criatura podrá separarnos del amor que Dios nos tiene en Cristo Jesús, Señor nuestro!».

Lo más importante es predicar este amor de Cristo. Tal convencimiento me ha llevado, después de siete años en Roma, a pedir al Santo Padre permiso para recorrer el mundo como obispo ambulante, predicando a las familias y a los sacerdotes la buena noticia de la devoción al Corazón de Jesús; sin embargo, el Señor quiere que por ahora vaya despacito...

Diréis que mi ideal es demasiado elevado para el ambiente actual, que pocas familias están dispuestas a aceptar la revelación del Amor infinito y encontrar en él solución a sus problemas concretos. Y os respondo que todos los grandes papas de nuestro siglo han afirmado frecuentemente que la salvación al Sagrado Corazón es una devoción para los tiempos difíciles. Donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. El Señor vino para salvar al mundo perdido en el pecado; y desde el cielo, donde sigue ardiendo en el mismo amor que mostró en su vida mortal hacia el Padre y nosotros, el Corazón de Jesús piensa sólo en perdonar y sanar. Por eso, en sus promesas a santa Margarita María aseguró a las familias su bendición para ayudarlas a vivir unidas y contribuir a la salvación del mundo.

¿Por qué rechazar lo que Dios nos propone? Si existen dificultades en la vida de las familias, tengamos al menos la confianza, la audacia, de intentar volver a la devoción al Sagrado Corazón, para encontrar remedio en Él. A pesar de todo lo que se escribía hace cinco o seis años, la familia no ha muerto; sigue teniendo un papel importante. Esforcémonos para darle el puesto que le corresponde en la vida y en la tarea pastoral de la Iglesia.

El Corazón de Jesús, fuente de la vida de la Iglesia

ENRIQUE RAMIÈRE, S.I.

EL Corazón de Jesús quiere trabajar en nosotros, pero con nosotros, para producir fruto. Este fruto es la vida de Jesucristo que el Corazón del divino Salvador nos comunica y aumenta sin interrupción; es la semejanza del modelo divino que Él reproduce en cada una de las almas sobre las que ejerce su influjo. En una palabra, el Corazón de Jesús hace en el cuerpo místico del Salvador lo que el corazón de cada hombre hace en el organismo físico.

Por eso nada podría darnos más cabal idea de las funciones del Corazón divino considerado como fuente de la gracia que el examen de las funciones del corazón humano mirado como fuente de vida del cuerpo. La función propia del corazón, en el cuerpo humano, es regenerar el cuerpo que naturalmente tiende constantemente a descomponerse. En cada uno, pues, de los momentos de nuestra existencia repite el milagro hecho en nosotros en el primer momento de ella. ¿Cuándo empezamos a vivir? Cuando nuestra alma vino a animar nuestro cuerpo y a darle un ser nuevo, nuevas fuerzas, movimientos y tendencias que de si nunca habría tenido. Sólo Dios pudo hacer ese milagro; la vida, y sobre todo la racional, es un soplo de la vida de Dios; todo lo más que pueden hacer las criaturas es servir de conducto para transmitir el soplo divino.

Al poco de recibir la vida no era sino como una débil centella; nuestro cuerpo poseía, sin duda, en germen todos sus órganos y todas sus fuerzas; pero este germen estaba aún poco desarrollado; no habíamos nacido todavía completamente, y antes de llegar a la plena posesión de la existencia habían de deslizarse muchos años y acabarse una larga labor, es a saber: el corazón, órgano principal de nuestro cuerpo, término de nuestro nacimiento y perfección de nuestra vida.

Nosotros tomamos de la tierra y del aire sus elementos nutritivos; el reino mineral, vegetal y animal nos ofrece a porfía alimentos, como tributo que Dios les ha mandado pagarnos. Los tomamos, los introducimos en nuestro cuerpo; pero ¿cómo se transformarán en nuestra sustancia? Nunca han tenido vida alguna, o si poseían la vegetal o animal la han perdido para pasar a nuestro cuerpo. ¿Cómo, pues, podrán formar parte de un cuerpo humano?

Claro está que lo que en el primer instante de nuestra existencia se hizo respecto de todo nuestro

cuerpo se ha de repetir con esas partes del mismo; esto es, animar lo inanimado; lo que no es más que planta desmenuzada o carne muerta, se ha de convertir en cuerpo vivo y humano. Este milagro se realizará en el corazón y por el corazón. Los alimentos pasan, es verdad, antes de llegar a él por diversas transformaciones que los preparan, más o menos inmediatamente, para recibir la vida; pero aún no tienen vida, cuando llegan al corazón. Tienen ya toda la liquidez de la sangre; pero no ni su calor vivificante, ni su brillo rojo, ni su virtud regeneradora; el poder de vivificar el cuerpo se lo dará el corazón. Con todo, no lo hará por su propia virtud. El alma que anima al corazón es la única que ha recibido de Dios el maravilloso poder de dar la vida al que todavía no la poseía.

Y a fin de que la vida material nos presentara un símbolo más palpable de la vida espiritual, la primera de esas vidas no se comunicará a la sangre más que por su contacto con el aire del cielo, imagen sensible del Espíritu de Dios. Pero el corazón la pondrá en contacto con el aire y en nuestros pulmones, al tiempo en que por la aspiración hiciéremos entrar en ellos el aire vivificante, y el corazón será también quien atrayendo después hacia sí esta sangre, desde entonces llena de vida, la distribuirá con una maravillosa impulsión por todos los miembros que ha de reparar y acrecentar.

Tal es la función del corazón en el organismo humano. El corazón material de Jesús ejercióla también en lo que atañe al cuerpo natural del divino Salvador; por su virtud los alimentos con que se alimentaba el Verbo Encarnado, no sólo adquiría una vida humana, sino también una dignidad verdaderamente divina, formando parte substancial de un compuesto divino. Nuestro corazón eleva los elementos puramente materiales a la dignidad del ser racional; transformación por cierto muy maravillosa; pero ¿cuánto más maravillosa es aún aquella por la que el Corazón de Jesús eleva una materia vil al orden divino!

Razón, pues, tuvimos de afirmar, cuando considerábamos las prerrogativas del Corazón divino, que, aun a estas luces es digno de toda nuestra adoración.

Mas no perdamos de vista que hay hemos de considerar atentamente la función que el Corazón de Jesús, órgano del amor del divino Salvador, ejerce en su cuerpo místico, la Iglesia. Ahora bien, esta fun-

ción es del todo parecida a la que ejercita en el cuerpo físico del Salvador su corazón considerado como órgano material. Ni el cuerpo natural del Verbo Encarnado, ni su cuerpo místico recibieron al nacer su entero desarrollo.

Desde entonces posee, sin duda, el alma de ese cuerpo todas sus fuerzas; pero ¡qué poco desarrollado está todavía el cuerpo! No falta ninguno de sus miembros esenciales; pero ¡cuánto tendrá que crecer para cumplir su fin! Jesucristo, que es al mismo tiempo cabeza y corazón del cuerpo divino, María, san José, la familia de Juan Bautista, algunas almas santas que suspiraban por el reino de Dios, forman, al principio, la Iglesia, cuerpo que ha de cubrir un día la tierra y llenar los cielos. ¿Cómo podrá crecer

y adquirir nuevos miembros? Del mismo modo que crece nuestro cuerpo.

Irá a través de los siglos, como vamos nosotros a través del espacio, y tomará elementos de todas las sociedades humanas, a las que transformará en su divina sustancia.

Las sociedades están embrutecidas, corrompidas; ha se apoderado de ellas la muerte, y apenas ha dejado vestigios de la vida divina que Dios había depositado en su seno. Precisamente se ha de llegar a ese estado para que la virtud de Dios se muestre con mayor magnificencia en su regeneración.

(De la obra *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*)



Altar central de la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre (París)

Venga el reino del Amor así en la tierra como en el cielo

ENRIQUE RAMIÈRE, S.I.

EN el libro intitulado *Las esperanzas de la Iglesia*, creemos haber probado que la sociedad humana, hoy tan descreída, ha de volver a Dios. Jesucristo tiene que tomar posesión del imperio que le ha dado su Padre sobre todas las naciones. Y ese reino de Dios, cuyo advenimiento pedimos todos los días, ha de venir al fin, para que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo.

La Iglesia es imitadora de Cristo. Como Él nació en la oscuridad; como Él, ha vivido en trabajos; como Él, bebe el cáliz de la pasión y se halla, por decirlo así, agonizando en la general apostasía de la sociedad humana.

Justo es que, como Él, antes de ser trasladada a los cielos, goce las alegrías de la resurrección en el teatro de sus combates. Esto esperamos con mucho fundamento, y todos los acontecimientos que vamos presenciando nos confirman en esta esperanza.

Mas aunque no la tuviéramos, debía cada uno de nosotros trabajar porque viniera cuanto antes el reino de Dios a la tierra, así como está cada cual obligado a pedirlo en la oración del padrenuestro. Todos somos soldados de Dios, y no hay más remedio que pelear por conquistar su reino. El triunfo es seguro en la gloria, aun en el caso de ser aquí vencidos los combatientes. Pero hay un triunfo seguro aun aquí en la tierra, que depende de nosotros, pues en nuestra mano está santificar el nombre de Dios, establecer su reino y cumplir su voluntad; y esto puede hacerlo cada uno en su propia persona, y alrededor de sí en el círculo de sus atribuciones, de suerte que lo mismo que desea y pide, puede diariamente ejecutado.

He aquí, pues, el apostolado de Jesús que, según lo exponemos aquí, se reduce a ejecutar en nosotros

las peticiones del padrenuestro. Según el catecismo del Concilio de Trento, las palabras «así en la tierra como en el cielo», se refieren a cada una de las tres peticiones primeras. Pedimos pues que venga a nosotros el reino de Dios, para que reine en la tierra

como en el cielo. Y ¿cómo reina en el cielo? Con un imperio todo de amor. Allí se verifica la perfecta unión de los miembros de Cristo con su Cabeza. Allí triunfa el Espíritu Santo, que ha logrado vencer todas las resistencias humanas y unir a todos los escogidos con su Dios y Señor, comunicándoles todos los pensamientos, afectos y goces del Padre y del divino Verbo, e introduciéndolos en la sociedad íntima y amorosa de la Santísima Trinidad.

Tal es el reino de Dios en el cielo. Luego su reino en la tierra ha de ser una cosa parecida; es decir, un estado felicísimo en el que, cediendo los hombres sin resistencia a los impulsos del Espíritu Santo, se amarán en Jesu-

cristo y se comunicarán mutuamente con una generosidad sin límites todos los bienes que del Corazón de Jesús recibieren.

Si tal ha de ser, en la medida que sólo Dios conoce, el Reino de Cristo consumado en la tierra, ya sabemos lo que nos toca hacer a cada uno para preparar su venida. Es menester trabajar en ese sentido hasta donde alcancen nuestras tuerzas. Y como nos consta que Dios no quiere reinar sino por amor y por el corazón, cualquiera que promueva la piedad para con el Corazón sagrado que es todo amor, cooperará, cuanto puede una criatura, a la venida del reino de Dios.

(De la obra *Alianza de amor con el Corazón de Jesús*)



Dibujo original de santa Margarita

El Corazón de Jesús es la ley de Dios viva

JOSÉ TORRAS Y BAGES

Cor Jesu sacratissimum: miserere nobis.

Carísimos:

Próximo ya el mes que los cristianos piadosos suelen dedicar al Sagrado Corazón de Jesús, no queremos dejar de exhortar vuestra piedad, hablándoos brevemente de esta devoción reservada por la Providencia divina a los tiempos actuales de la Iglesia. No en vano nuestro Santísimo Padre Pío X ha hecho añadir a la plegaria que después de la misa dirigimos a la Inmaculada Virgen María la deprecación: Corazón Sacratísimo de Jesús, tened misericordia de nosotros.

Porque los corazones miserables abundan; nuestros corazones son miserables. El corazón humano es según lo que ama. El amor ennoblece o degrada según sea su objeto. El corazón que ama las vanidades mundanas, el lujo en el vestir, las alabanzas humanas, los lugares encumbrados, no puede ejercitarse en el verdadero amor; porque ni el lujo ni la vana pompa son una verdad, sino una ilusión pasajera como las nubes del cielo. El corazón que ama las delicias sensuales, los placeres viles de la carne, el fango de la impureza, es un corazón manchado. Quien ama las riquezas, quien es esclavo de la codicia, quien adora el oro y el dinero, tiene un corazón metalizado, duro, incapaz de las suavísimas emociones del corazón; tiene un corazón estrecho y esclavo, dentro del que no cabe un amor grande.

La misión de la Iglesia con respecto a los hombres es la de enseñarles a amar, y por esto nos pone como ejemplo el Sagrado Corazón de Jesús; y el mes a Él consagrado ha de dedicarse a la contemplación del verdadero amor. Quien sepa amar es un perfecto cristiano; pero la ciencia del amor, la más dulce de las ciencias, es difícil de adquirir, si no hacemos el aprendizaje en el Corazón de Jesús. En esta escuela del Sagrado Corazón todo nos habla de amor: las palabras, los sentimientos, las obras de Jesús, tienen la virtud de encender el amor en el corazón de los hombres.

Jesús, aun invisible, sacramentado en la Hostia Santa, tiene el privilegio de encender nuestros corazones; y si en su presencia, en el sagrario, contemplamos y meditamos su vida y doctrina, saldremos aventajados en la ciencia del amor.

Él, en primer lugar, nos enseña a purificar nues-

tro corazón. Con su palabra y ejemplo destruye nuestros vanos amores. Arguye contra la riqueza de torpe, peligrosa y engañadora; a las delicias de la carne, de groseras; a las grandezas humanas, de vanas y falaces. Y nos enseña que la verdadera sabiduría consiste en el eterno e indestructible amor de Dios.

El culto al Sagrado Corazón, el culto del amor, no es una invención o composición humana de naturaleza sentimental. Es una sublime filosofía fundada en la Verdad y en el Evangelio, y que nos enseña que toda la vida humana, para ser perfecta, se ha de resolver en el amor.

Un santo es un cristiano perfecto, es el hombre que lo hace todo por amor, no movido por intereses personales; es el hombre que mira por los demás y no por él mismo, al modo como Jesús, nuestro dulcísimo Redentor, lo hizo todo por amor. Movido por el amor se encarnó en las purísimas entrañas de la Virgen, haciéndose hombre como nosotros; predicó continuamente el amor, y murió por amor a los hombres.

Claro que no todos están llamados a esta perfección suma; pero es preciso predicarla, como la predicaba san Pablo a los gentiles y a los judíos, como la han predicado los santos, ya que si todos los cristianos no están llamados a esta perfección suma, todos deben estar convencidos de que en esto consiste la perfección, y nuestro ministerio sacerdotal consiste en desarraigar a los hombres de la tierra y hacerles enamorar del cielo.

La vida, incluso entre los cristianos, está hoy en día materializada; la gente vive aturdida en los placeres y vanidades. Placeres y vanidades, he aquí la única aspiración de muchos; por esto conviene despertarles y enseñarles la vía del amor cristiano poniéndoles ante sus ojos la persona sacratísima de Jesús y su adorable Corazón, que nos enseña el tenor de vida que debemos llevar: amar a Dios y al prójimo y desprendernos de cuanto contraría este amor. De manera que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es como el compendio del Evangelio, incluye en sí toda la Ley cristiana, ya que, como nos enseña el Catecismo, todos los mandamientos de la Ley de Dios se encierran en dos: amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo por amor de Dios. El Corazón de Jesús es el Evangelio en acción; o lo que es lo mismo, el Evangelio es un eco del Corazón de Jesús; el Corazón de Jesús es la Ley de Dios viva, en su interior no hallaréis más



que el amor a Dios y a los hombres. Una unidad sublime de amor.

Aprovechad, pues, este mes del Sagrado Corazón de Jesús para recogeros en la presencia divina y contemplar las excelencias del amabilísimo Hijo de la Inmaculada Virgen María e Hijo eterno del Padre celestial. Todo lo que es amable despierta amor en nuestro corazón; si lo amable no es estimado es porque no es conocido; y si Jesús no es amado de los hombres es porque no le conocen el corazón. Por esto Él nos muestra su corazón, diciendo a los cristianos: *Mirad el Corazón que tanto ha amado a los hombres.* Y en el Evangelio nos invita a su amor, diciendo: «Venid a Mí los que necesitáis reposo; y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y comprenderéis que mi yugo es suave y ligera mi carga.»

Corazones engañados, corazones desamparados, corazones esclavos, corazones muertos, corazones nobles, corazones puros, corazones santos, juntaos todos al Corazón de Jesús, adoradle en la Sagrada Hostia, dirigidle vuestras humildes súplicas, haced

de su Corazón el molde del vuestro, y encontraréis una fuente de aguas de vida eterna que saciará vuestra sed hasta llegar al puerto de la inmortalidad, donde todos nuestros corazones amarán siguiendo el ritmo del Sagrado Corazón de Jesús.

Sacerdotes y seglares, justos y pecadores, todos cuantos sois cristianos, recordad las palabras de Jesús: «Venid a Mí todos.» Acudid, pues, a aquel generoso Corazón y recibiréis de él la gracia de la vida espiritual, el íntimo consuelo del corazón y la paz interior, que es el mayor bien que podemos esperar en este valle de lágrimas y el medio seguro de llegar al puerto de la felicidad eterna de la gloria, cuya única puerta de entrada es nuestro dulcísimo Jesús.

Y para implorar de la omnipotencia divina la gracia de esta piedad y excelentísima devoción, sobre todos vosotros, amados hijos y hermanos, os damos nuestra bendición en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Vich, 22 de mayo de 1912.

«Lo somni de Sant Joan», de Jacinto Verdaguer

MOSÉN Jacinto Verdaguer el más grande poeta catalán, cantor de la fe y de la tradición de las Españas, conocía bien el tesoro escondido del Corazón de Jesús y su progresivo desenvolvimiento a través de los santos que Dios ha ido eligiendo para darlo a conocer a los hombres en estos últimos tiempos. Es el tema de su teológico poema *Lo somni de sant Joan* («El sueño de san Juan») en que desarrolla poéticamente las confidencias a santa Gertrudis y santa Margarita reviviendo lo que conoció el Apóstol en la Última Cena. Recomendada su lectura como meditación, transcribimos unos fragmentos del original catalán, acompañados de una traducción castellana que quiere ser fiel al sentimiento y a la expresión del poeta.

*Se reclinava al sagrat Cor,
com trobador sobre l'arpa,
y amorosos batements
ressonen dins la seva ànima.
Amb música tan suau
sant Joan s'endormiscava,
los somnis que ha somniat
eren més dolços encara.*

Dice el poeta que, así como al salir el sol antes dora con sus primeras luces las cumbres de algunas montañas, desde las que luego se derrama la luz a todas las tierras, así el Corazón de Dios primero prende con su fuego algunas almas gigantes que en la noche son ya vislumbres del claro día que vendrá. San Juan ve llegar a estas almas enamoradas en procesión misteriosa como eslabones de oro que vienen a encadenar los corazones.

La Reina de estas almas es María, que refleja la luz del Sol como la luna entre las estrellas, consolando al mundo en su dolor.

*De les obres de Déu és la més bella;
fent girar cel y terra al voltant d'ella,
ne féu centre del món.
Lo sol mateix d'eix Sol és una estrella,*

* * *

Cual trobador sobre el arpa,
sobre el Corazón sagrado,
la cabeza Juan descansa,
los amorosos latidos
resuenan dentro de su alma.
Con música tan suave
el santo se adormecía,
y los sueños que soñaba
más dulces son todavía.

lo firmament es l'arc d'aqueixa Font

*que baixa a l'home l'aigua de l'altura.
Volent deïficar la criatura
son Cor li dóna Déu;
(...)*

*Humanitat, amb Cristo ressuscita;
Ell derogant la llei israelita
t'ha dat la llei d'amor.
¡Mira-la! no en taules de pedra escrita,
sinó amb sang meva, de ton Déu al Cor.*

Tras María desfilan los heraldos del Corazón de Jesús: entre otros san Pablo, san Agustín, san Bernardo, san Francisco de Asís, santo Tomás de Aquino, santa Gertrudis...

Comienza a alborear con los santos españoles: san Juan de la Cruz, santa Teresa, san Ignacio, san Francisco Javier, el padre Hoyos...

San Juan les ve pasar y le canta su don a cada uno. Todos nos traen una chispa de fuego del Corazón de Cristo, mas ninguno nos ha traído todavía la misma fragua encendida de amor: su Corazón.

*Lo cor de l'home de secor s'acaba
si no li dóna el Cor d'un Déu la saba:
Janseni baixa rius de glaç del pol;
per escalfar lo món que s'enfredora
no n'hi ha prou de les flames de l'aurora,
lo migdia li cal de vostre sol.*

* * *

De las obras de Dios es la más bella;
la hizo del mundo centro,
girando cielo y tierra en torno a ella.

Nuestro sol de ese sol es una estrella,
el firmamento es arco de esa fuente
que abaja al hombre el agua de la altura;
a quien dio Dios su propio Corazón
queriendo deificar la criatura.
(...)

Humanidad, con Cristo resucita;
Él deroga la ley israelita
y te da ley de amor,
en dos tablas de piedra ya no escrita,
mas con mi sangre en Corazón de Dios.

El corazón del hombre se reseca
sin la sabia del Corazón de Dios;
Jansenio trae ríos de hielo del polo;
a calentar el mundo que se enfría
no bastan ya las luces de la aurora
es menester ardor de mediodía.

El poeta se pregunta: en esta magnífica procesión ¿a quién se le habrá confiado el portar la custodia?

La elegida de su Corazón es una hija de san Francisco de Sales, Margarita del jardín de Chantal, pura criatura del palomar de Paray.

*Dins una alba de llum hermosa i clara
Jesus se li apareix de peus en l'ara,
amb ses llagues brillants com cinc estels;
de cada llaga un raig de flama ne brolla,
de son Cor és un riu que se n'adolla,
sembla en son Cos lo sol enmig dels cels.
(.....)*

*I diu, mostrant-li eix Astre sense bromes:
–Mira aquest Cor que tant ha amat els homes,
de qui sols rep escarnis y menyspreu!
li paguen tant amor amb sacrilegis,
amb freda indiferència els dons mes regis,
y amb més ingratitud qui mes li deu.*

*¡Mes, regnarà! –afegeix, i una flamada
li envia aqueix volcà que l'amor bada.
Son cor s'omple de foc y se'n consum,
i vessa après ses brases per la terra,
per extingir-hi amb tant amor la guerra,
per traure'n la foscor amb tanta llum.*

El creciente desarrollo y propagación de la devoción al Corazón de Jesús en la Iglesia, lo compara el poeta a un incendio que arrasa, y a un río que se transforma en mar, cuyas aguas mece, como en la creación primera, el Espíritu.

* * *

En aurora de luz hermosa y clara
Jesús se le aparece en pie sobre el altar;
sus cinco llagas brillan como estrellas
de cada llaga brota ardiente llamear,
del Corazón un río caudaloso,
resplandece en su cuerpo como sol celestial
(...)

y le dice, mostrándole ese Astro Sereno:
*¡Mira este corazón que tanto ha amado a los hom-
[bres!*

recibe sólo de ellos escarnio y menosprecio,
con fría indiferencia le rechazan sus dones,
le pagan tanto amor con sacrilegios,
y es más ingrato aquel que más le debe.

*¡Mas, reinará! añade, y una llama
le envía ese volcán que amor desborda.
Prende en su corazón que se consume,
y rebosa sus brases por la tierra,
para extinguir con tanto amor la guerra,
con su luz, disipar toda tiniebla.*

*De pit en pit l'incendi se propaga,
de convent en convent; lo que era aubaga
se fa solei als raigs del sagrat Cor;
se li aixequen altars y santuaris,
bells cors se li ofereixen per sagraris,
nobles heralds del regne de l'amor.*

*I creix lo riu de foc. Jordà que porta
aigua del cel a tota terra morta,
i viu la que s'hi rega i se refon:
i creix lo riu i és una mar que es vessa,
on l'esperit del Criador se bressa,
diluvi nou que ha d'abrigar lo món.*

Bajo el lema «Venga a nosotros tu Reino» Verdagner vislumbra: la lucha prevista en el Apocalipsis entre la Revolución anticristiana, y el Corazón de Jesús:

Adveniat regnum tuum

*Com dos gegants armats veu en la terra
l'Amor i l'Odi en guerra:
i l'Odi és la gran bèstia que sa copa
de fel allarga als pobles vells d'Europa,
que l'Amor ha format,
(...)
I cau de l'alta cima
lo món, i es mor, i es mor perquè no estima.*

* * *

Como el incendio se propaga al viento,
de pecho en pecho,
de convento en convento,
la antigua umbría, el Corazón Sagrado
la convierte en solano
y mediodía.

Se le elevan altares, santuarios,
corazones se ofrecen por sagrarios,
nobles heralds del reino del amor.
Crece el Jordán de fuego,
que a toda tierra muerta,
trae el agua del cielo
y deja convertida en feraz huerta.
y el río se hace mar y se desborda,
y el creador Espíritu
se mece entre sus aguas,
que cual nuevo diluvio,
han de cubrir el mundo.

Cual gigantes armados ve en la tierra
al Amor y Odio en guerra:
y el Odio es la gran bestia que su copa
de hiel alarga a la ya anciana Europa,
la que formó el Amor...

Cae de su alta cima el mundo,
y muere, y muere porque no ama.



San Juan llora. Sobre el altar permanece cerrado el libro, hasta que se abrió el sello séptimo. Un ángel toma incensario de oro y lo llena de fuego sagrado que arroja sobre la tierra para que arda en amoroso incendio:

*Ronca l'infern i a les estrelles llança trons i llampecs i núvols de venjança; mes una veu com iris de bonança fa el cel asserenar:
«Plegau, homes, la guerra, triunfe el sagrat Cor; del cel baixi a la terra lo regne de l'Amor».*

El Corazón de Jesús, ante la traición de Judas, desfallece y parece que deja de palpitar...

San Juan despierta. Ve a los apóstoles tristes tras el anuncio de la Pasión; para darles consuelo dice a Jesús en voz baja:

*—¿Voleu que diga als mortals amb quin amor Déu los ama?
¿Voleu que els mostre aqueix Cor com son niu a la niuada?*

* * *

Ruge el infierno y a las estrellas lanza truenos, rayos y nubes de venganza mas una voz cual iris de bonanza serena el cielo:
«Cese la lucha, hermanos, triunfe el Corazón de Dios baje del cielo a la tierra el reino del Amor».

*—De mostrar-los aqueix Cor, oh Joan, no es hora encara;
(...)*

Verbum caro factum est, digues als homes, per ara: bé poden passar mil anys meditant eixa paraula. Aprés de mil anys de nit, del meu Cor sortirà l'alba; aprés de l'albada el Sol, lo Sol de la Glòria santa. Batrà el Cor de tot un Déu al pit de la raça humana; son realme será el món, però son trono l'Espanya.

* * *

*—¿Queréis que diga a los hombres con que Amor su Dios los ama?
¿Que muestre ese Corazón como el nido a la nidada?
—De mostrar mi Corazón aún la hora no es llegada;
(...)
Verbum caro factum est, diles, con eso ahora basta; pues pueden pasar mil años meditando esas palabras. y tras mil años de noche mi Corazón será el alba y tras esa aurora, el Sol, el Sol de la Gloria santa. Pues el Corazón de un Dios latirá en la raza humana; sí, su reino será el mundo, pero su trono es España.—*

CONTRAPORTADA

«Que cada día se difunda más el culto al Sagrado Corazón de Jesús con la intensidad, profundidad y seriedad que a tan preciosa devoción corresponden»

Con vivo consuelo de Nuestra alma hemos tenido noticia del Primer Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús que se celebra en Barcelona, junto al Templo Expiatorio del Tibidabo, en estos días que conmemoran unas fechas jubilares tan estrechamente unidas a la historia de ese Santuario: han pasado cincuenta años desde que comenzó a propagarse por toda España la idea del Templo Nacional Expiatorio encomendada a la fiel y vigilante custodia de los beneméritos hijos de san Juan Bosco cuya venida a la Ciudad Condal, hace setenta y cinco años, vinculó la cumbre del Tibidabo a un recinto sagrado de gloria divina.

A cuantos han participado en estas jornadas de estudio y de piedad, Nos complace-mos en manifestarles Nuestro testimonio de paternal benevolencia junto con el ardiente deseo de que las conclusiones trazadas por los notables especialistas en los temas doctrinales y pastorales analizados, contribuyan eficazmente a que cada día se difunda más el culto al Sagrado Corazón de Jesús con la intensidad, profundidad y seriedad que a tan preciosa devoción corresponden.

El Templo Expiatorio en Barcelona, como el Cerro de los Ángeles en Madrid y el Santuario de la Gran Promesa en Valladolid, son jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español expresando sus sentimientos de amor y de reparación para con el Corazón de Jesús «*ut illi devotum pietatis nostrae praestantes obsequium dignae quoque satisfactionis exhibeamus officium*» (Oración de la Misa de su fiesta). Testigos son esos lugares de los raudales de misericordia y de gracia que el Señor derrama y de cuantas personas encuentran un remanso de paz y un refugio de salvación respondiendo a la llamada dulce de «venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré» (Mt 11,28). Que este fluir de almas hacia el Corazón de Jesús, liberal con todos los que lo invocan, fuente de vida y de consuelo, continúe siempre ininterrumpido en esos Santuarios!

[...]

Que la paternidad de Dios sea reconocida y vivida por todas las gentes; que more Cristo en los corazones corroborados en virtud por el Espíritu Santo; que con una caridad firmemente enraizada se contribuya a que llegue a todos los meridianos lo sublime y lo profundo del misterio de la caridad de Cristo para que se instaure completamente su reinado «de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz» (Prefacio de la Misa de Cristo Rey).

(Fragmento del mensaje de Juan XXIII al Primer Congreso Internacional del Corazón de Jesús, celebrado en Barcelona en octubre de 1961)